BLANCO VILLALTA

ANTROPOFAGÍA RITUAL AMERICANA



COLECCIÓN BUEN AIRE

COLECCIÓN BUEN AIRE



BLANCO VILLALTA

ANTROPOFAGÍA RITUAL AMERICANA



EMECÉ EDITORES, S A. - BUENOS AIRES

CRUZADA por siniestro anatema, inconfesable, la antropofagía permanece en el límite de los estudios científicos o de interpretación psicológica. Degradados hasta el salvajismo aparecen los pueblos que la historia señala como caníbales. Ligados a la materialidad más brutal, éstos van por las imaginaciones con la mirada oscurecida, los gestos pesados de animalidad, los labios, el pecho sangrientos.

El tema del canibalismo, confinado entre los malditos, asoma fugazmente su feo rostro en textos de antropología. El horror de su visión deja un resabio insistente. En los países americanos donde en época de la conquista blanca existían pueblos antropófagos, un discreto silencio se ha corrido sobre esos recuerdos, considerados denigrantes. La razón de las sociedades modernas no admite esas aberraciones. La razón depuradora, capaz de ordenar todo a su arbitrio, pretende humillar a los instintos; cuando no alcanza a darse una explicación adecuada a las formas establecidas como éticas, rehuye inquirir, condena.

La llegada de Freud, antecedida por otros precursores, ha ensanchado los arcos por donde se contemplan los paisajes infinitos del alma. En el mundo onírico, turbio y colorido, se conforman presencias, hechos y panoramas que simbolizan otras lejanas realidades. El problema sexual, tan celosamente oculto en el siglo fenecido, alcanzó, bajo la luminosidad de las nuevas concepciones, dignidad humana.

En otros órdenes, también el estudio del instinto ha dado provecho. No es vano el trayecto por el mundo subconsciente, cuyas fuerzas nos ordenan sin remedio.

Siempre algo se advierte en la explicación de los hechos irrazonados. Pensamos que las espigas, abiertas en la fecha prevista, son guiadas por esa fuerza oculta que viene de lo cósmico y posee la equilibrada armonía de los astros.

Nuevas indagaciones prueban de manera incontrastable que los pueblos antropófagos no han sido los más salvajes. Puestos a valorar los estratos culturales, se evidencia una verdad: rodeados de etnos rudimentarios que no alcanzaban aún jerarquía de agricultores, los caníbales habían adquirido ya un grado superior en las ciencias elementales, cosechaban los frutos de sus sembradíos, eran alfareros, poseían más delineadas conformaciones religiosas.

Frente a los pueblos *ge*, a los del Chaco o de las pampas, que jamás fueron caníbales, los tupiguaraníes comedores de hombres manifestaban en la vida material y en la del espíritu una superioridad extensa en la medida; los haidas, tsimshianes y cuaquíutles de la costa occidental del Canadá fueron siempre considerados grandes talladores y artistas en la música y el baile, sin que su rito antropofágico destruyese la alta opinión que su sana moral les hizo merecer. Fuera del continente, los fanes y niamniam de África, los maoríes de Nueva Zelandia, los hombres de las islas Fiyi y los batas de Sumatra se situaron en un lugar de privilegio con relación a sus vecinos.

Vistos desde ahora, que vamos avanzados en la senda siempre ascendente y de meta siempre lejana, aquellos primitivos conglomerados humanos, aquellas hordas, se nos figuran todas a un nivel poco diferenciado. Remontemos, no obstante, esa ruta incierta por la que nosotros también debimos pasar. Entonces nos será palmario advertir cómo existía una inmensa disimilitud entre los recolectores, los pequeños cazadores y aquéllos que no ignoraban el misterio germinal.

El nómade, urgido por la necesidad de procurarse alimentos mediante la recolección o la caza, no tenía vagar para distraerse en excesivas elucubraciones metafí-

sicas, su cielo no se hallaba poblado por las sombras del mito. Mas cuando los hombres cruzaron los umbrales que dan acceso a los taumatúrgicos campos de la siembra sintieron un vacío que era preciso colmar con seres protectores, con entidades propicias. Lluvia o sequía, abundancia o penuria. Debía implorarse. Los sacrificios sangrientos de adolescentes empañaron las aras. Detenido en su existencia semisedentaria, el agricultor observó el subyugante escenario del estelaje, el advenimiento de los cometas, el exacto paso de las partículas luminosas. Sus intuiciones acerca del alma y del más allá, sus experiencias mánticas, su miedo a la nada, a las fuerzas maléficas cernidas sobre él, fueron altares de una religión de esperanza.

En algunos núcleos de agricultores, pueblos cultos con relación a los que vivían en un estrato inferior, el ansia de perfeccionamiento se hizo patente. Mezclado con el deseo de conquista material, con la potencia militar de la tribu, con el inacallable instinto de la venganza, con la exaltación mística provocada por los vaticinios de victoria, los hombres triunfantes devoraron trozos de los héroes vencidos. Interpretaban así los mudos deseos de superación aflorados de la subconsciencia. Al apropiarse del flúido vital de los guerreros, de su materia heroica, de ese invisible pero existente germen anímico diluído en los plasmas, creían reforzar sus propias vidas, elevarse espiritualmente. Ansias de infinito.

La antropofagía, por su esencia espiritual, estuvo siempre unida a la religiosidad de esos primitivos agricultores, indisolublemente. En el transcurso de larguísimos ciclos, toda su vida mística giró en torno de la fiesta lustral. Cuando el símbolo substituyó a la ofrenda de sangre, el significado primero continuó latente; pues la evolución de los conceptos en el terreno inmaterial del misticismo es siempre tarda.

Lo equivocado de las apreciaciones sobre los pueblos caníbales está en tener por seguro que sólo bajos medios

de alimentación llevaban a los hombres a devorarse entre sí. En verdad, tan repugnante fin merecía el desprecio y la condena. Muy otro era el verdadero sentido. En todas las civilizaciones, en días de asedio, de extrema hambre, los hombres comieron a sus semejantes. Así en la heroica Sagunto, en Nuestra Señora del Buen Aire, en tantos otros casos que el *Deuteronomio* sintetiza en su amenaza: "Durante el sitio y el extremo al que tu enemigo te habrá reducido comerás el fruto de tu vientre, la carne de tus hijos y de tus hijas, que el Eterno, tu Dios, te haya dado." Estos episodios no pueden entrar en los círculos de la antropofagía mística.

Cuando las fuerzas abstractas fueron modeladas por los hechiceros, cuando los plasmadores de ídolos realizaron las gesticulantes efigies de los primeros dioses, los sacrificios humanos fueron asociados al culto de los númenes. Al inmolarse a las víctimas en la piedra ritual, su savia roja, donde misteriosas sustancias anidaban, era ofrecida a los señores inmóviles. Sus fríos cuerpos deformes, tintados del carmín aún hirviente, parecían asimilar nueva vida. Los corazones, mágicas fuentes, eran trozos supremos para el apetito de las deidades.

I

Ya Heródoto nos transmite noticias de canibalismo. El mundo antiguo estaba salpicado de núcleos humanos que tenían fe en ese medio de renovarse. Al ser iniciada la cronología cristiana, en África, la India, Irlanda, Escitia, señalábanse áreas dominadas por ese culto. Con el descubrimiento de América, de la Polinesia, los tambores del rito sangriento amilanaron el espíritu de los conquistadores.

Regiones desmesuradas para la concepción europea de la medida se sucedían sin que en ellas el cuadro de las comidas fúnebres dejase de quitar la entereza a las rodillas de los hombres blancos. Aquellos cuadros se mostraron en los escenarios de las islas del Paraná, en el Paraguay, en los contrafuertes andinos de espaldas al Chaco, en toda la marina del Brasil habitada por los tupiguaraníes, en las costas del mar al que los caribes dieron nombre, en el istmo de Panamá, en el país de los mayas, de los tlaxcaltecas y aztecas, en extensas zonas de la América septentrional.

Los europeos fueron configurando, trozo a trozo, la geografía del mundo nuevo, tomaron contacto con sus habitantes.

En medio del apacible paisaje del archipiélago, de la mansedumbre de los primeros naturales hallados, de las aves policromas que alegraban toda la vista, Cristóbal Colón, el primero, anotó la sombría presencia de los caribes, terror y asolamiento de las islas. En el resumen del diario de a bordo del Almirante, debido a fray Bartolomé de las Casas, se asienta, desde el mes de noviembre de 1492, el eco del miedo incurable que los antropófagos infundían a los isleños. Ya el 13 de enero, Colón no

dudaba de la existencia de aquéllos: "Juzgó el almirante que debían de ser los caribes que comen a los hombres. . ." Poco después, en carta fechada el 15 de febrero de 1493, dirigida a Luis de Santángel, dando cuenta del viaje descubridor, señaló:

"Así que mostruos no he hallado, ni noticia, salvo de una Ysla "Quaris", la segunda a la entrada de las Yndias, que es poblada de una gente que tienen en todas las yslas por muy ferozes, los quales comen carne humana. Éstos tienen muchas canoas, con las quales corren todas las yslas de Yndia, y roban y toman cuanto pueden; ellos no son más diformes que los otros, salvo que tienen costumbre de traer los cabellos largos como mugeres, y usan arcos y flechas de las mismas armas de cañas con un palillo al cabo, por defecto de fierro que no tienen. Son ferozes entre estos otros pueblos que son en demasiado grado covardes, mas yo no los tengo en nada más que a los otros."

En sucesivas expediciones, nuevas armadas ajustaron playas y acantilados, penetraron más hondo en los misterios de estas Indias Occidentales. Américo Vespucci, viajero tenaz y de afortunada aura, relata en su *Carta*, impresa en 1504, las peripecias que le sobrevinieron al entrar en contacto con las tierras nuevas. Entre los párrafos con que revive su primer viaje, éstos que siguen interesan por la descripción de los caribes temidos:

"Son de mediana estatura y muy bien proporcionados; su carne es de un color que tiende al rojo, como melena de león; creo que si anduvieran vestidos serían blancos como nosotros; no tienen en el cuerpo nada de vello, salvo el pelo de las cabelleras, largas y negras, especialmente en las mujeres, a las cuales hermosean; no son de cara muy bella, pues la tienen ancha, que quiere parecerse a la de tártaros . . . La causa de sus guerras no es la ambición de reinar ni de extender sus dominios ni desordenada codicia, sino alguna antigua enemistad de tiempos pasados. Cuando les preguntamos por qué guerreaban, no nos sabían dar otra razón sino que lo hacían para vengar la muerte de sus antepasados o de sus padres. No tienen rey ni señor ni obedecen a nadie; viven en entera libertad. La causa por la cual se mueven para hacerse la guerra es la muerte o la prisión de

alguno de ellos; entonces se levanta el pariente más viejo y va arengando por las calles para que se vaya a vengar la muerte de su pariente, y movidos todos de compasión se preparan para la pelea.

"Comen poca carne, excepto la carne humana; pues Vuestra Magnificencia sabrá que son en esto tan crueles que sobrepasan toda costumbre por bestial que ésta sea, pues se comen a los enemigos que matan o hacen prisioneros, tanto hombres como mujeres, con tanta ferocidad que sólo el contarlo es horrible, cuánto más verlo, como me acaeció innumerables veces en muchas partes. Se admiraron mucho oyendo decir que nosotros no nos comíamos a nuestros enemigos."

Al narrar su viaje tercero, apunta que en una tierra verde y amena, situada a cinco grados de la línea equinoccial hacia el austro, ocurrióle a la armada una tragedia. Estaban las proas frente a las posesiones tupiguaraníes, cosa ignorada por Vespucci, quien así escribe:

"Casi todos los días venían gentes a la playa, pero nunca nos quisieron hablar. El séptimo día fuimos con las lanchas y encontramos que habían traído con ellos a sus mujeres, y como saltásemos a tierra, los hombres mandaron a muchas de sus mujeres a hablar con nosotros; pero viendo que no se acercaban acordamos mandarles a uno de nuestros hombres que era muy esforzado, y nosotros, para tranquilizarlas, entramos a las lanchas mientras él se iba hacia las mujeres. Cuando llegó junto a ellas formaron un gran círculo a su alrededor, y tocándolo y mirándolo se asombraban. Estando en esto vimos venir una mujer del monte que traía un gran palo en la mano; se acercó por detrás de nuestro cristiano y cuando llegó a donde estaba, alzando el bastón le dió tan gran golpe que lo tendió muerto en tierra; en un instante las otras mujeres lo tomaron por los pies y lo arrastraron hacia el monte; los hombres corrieron a la playa y con sus arcos y sus flechas empezaron a tirarnos, metiendo tanto miedo a nuestra gente, pues las lanchas estaban ancladas en la arena, que a pesar de tantas flechas como caían en ellas ninguno acertaba a echar mano a sus armas. Sin embargo, les disparamos cuatro tiros de bombarda que no tuvieron efecto, salvo que al oír el estampido todos huyeron hacia el monte, donde estaban ya las mujeres haciendo pedazos al cristiano y en una gran hoguera que habían hecho lo asaban a nuestra vista, mostrán-

donos los pedazos y comiéndoselos. Los hombres con sus gestos nos daban a entender que así habían matado a los otros dos cristianos, comiéndolos, lo cual nos apenó mucho y más viendo con nuestros ojos la crueldad que tenían para con el muerto, lo que fué para todos una ofensa intolerable."

II

Si en la parte sur del continente al que Américo dió nombre veían los viajeros sobre las playas, bajo arbolados, el sobrecogedor cuadro de los autóctonos entregados con ojos de poseídos al macabro festín, en el imperio de Moctezuma hallaron transformados los ritos primitivos en liturgias refinadas, al nivel del mayor progreso alcanzado por el pueblo azteca. En el sur, las frondas, las anchas franjas de agua, los espacios carentes de fronteras, donde las grandes familias deambulaban a su antojo, sin reyezuelos caprichosos que castigasen a su gente, sin otra autoridad que el interés de todos expresado por los ancianos, los guerreros y los hechiceros; en los dominios del monarca azteca todo estaba ceñido por la ley, los muros de piedra, las castas. La observancia del culto exigía el exacto cumplimiento de rituales complicados. El espacio de los templos absorbió las expresiones de las creencias populares, que perdieron su espontaneidad primera. Al levantar las gradas de sus pirámides, los hombres del Anáhuac adquirían elevación cultural; el antiguo rito sangriento, cargado de su esencia mística, fué llevado a los altos templos. Sólo en solemnidades especiales se devoraban guerreros vencidos. Eran los hierofantes, encargados del culto a los dioses tutelares, los únicos que inmolaban a las víctimas ofrendadas a las entidades del panteón, excepto en el sacrificio gladiatorio sobre la piedra circular, cuando el condenado, vestido con los atavíos militares y apercibidas las armas, combatía contra una pareja de caballeros águilas y otra de caballeros tigres, ante cuya potencia sucumbía. Los hierofantes eran los intercesores entre los hombres y las fuerzas representadas por los númenes.

Ameno cronista cupo en suerte a los sucesos por los que Hernán Cortés y sus conmilitones apresaron la ciudad de México, rodeada del lago de Texcoco. El capitán Bernal Díaz del Castillo fué el elegido. En su *Verdadera Historia de la Conquista de la Nueva España,* el colorido y fuerza de sus descripciones conmueven con renovada emoción la momentaneidad de aquellas horas. Cuando el capitán asciende junto con Hernán Cortés las gradas del gran templo, el *teocalli,* la prosa del cronista logra las calidades de las obras que no pueden morir. Dice Bernal Díaz en el capítulo XCII de su *Historia:*

"Y cuando llegamos cerca del gran cu (*abreviatura del vocablo maya* yotochku, *templo*), antes que subiésemos ninguna grada dél, envió el gran Montezuma desde arriba, donde estaba haciendo sacrificios, seis papas (*sacerdotes, según los cronistas*), y dos principales, para que acompañasen a nuestro capitán Cortés, y al subir de las gradas, que eran ciento y catorce, le iban a tomar de los brazos para le ayudar a subir, creyendo que se cansaría, como ayudaban a subir a su señor Montezuma, y Cortés no quiso que llegasen a él; y como subimos a lo alto del gran cu, en una placeta que arriba se hacía, a donde tenían un espacio con andamios, y en ellos puestas unas grandes piedras a donde ponían los tristes indios para sacrificar, allí había un gran bulto como de dragón e otras malas figuras, y mucha sangre derramada de aquel día. E así como llegamos, salió el gran Montezuma de un adoratorio donde estaban sus malditos ídolos...

"Dijo que entrásemos en una torrecilla e apartamiento a manera de sala, donde estaban dos como altares con muy ricas tablazones encima del techo, e en cada altar estaban dos bustos como de gigante, de muy altos cuerpos y muy gordos, y el primero que estaba a la mano derecha decían que era el de Huichilobos, su dios de la guerra, y tenía la cara y rostro muy ancho, y los ojos disformes e espantables, y en todo el cuerpo tanta de la pedrería e oro y perlas e aljófar pegado con engrudo, que hacen en esta tierra de unas como de raíces, que todo el cuerpo y cabeza estaba lleno dello, y ceñido al cuerpo unas a manera de grandes culebras hechas de oro y pedrería, y en una mano tenía un arco y en otra unas flechas. E otro ídolo pequeño que allí cabe él estaba, que decían era su paje, le tenía una lanza no larga y una rodela muy rica de oro e pedrería, e tenía puestos al cuello el Huichilobos unas caras de indios y otros como corazones



Fracción de un mapa del Brasil. (De la "Cosmografía" de Guillermo Le Testu.)



Batalla entre tupinambaes. (De "Les Singularitez de la France Antarctique", de Andrés Thevet. S. XVI.)



Comida caníbal. (Andrés Thevet. S. XVI.)

de los mismos indios, y éstos de oro y dellos de plata con mucha pedrería azules; y estaban allí unos braseros con incienso, que es su copal, y con tres corazones de indios de aquel día sacrificados, e se quemaban, y con el humo y copal le habían hecho aquel sacrificio; y estaban todas las paredes de aquel adoratorio tan bañadas y negras de costras de sangre, y asimismo el suelo, que todo hedía muy malamente.

"Dejemos esto, y digamos de los grandes y suntuosos patios que estaban delante de Huichilobos, adonde está ahora señor Santiago, que se dice el Taltelulco, porque así se solía llamar. Ya he dicho que tenían dos cercas de cal y canto antes de entrar dentro, e que era empedrado de piedras blancas como losas, y muy encalado y bruñido y limpio, y sería de tanto compás y tan ancho como la plaza de Salamanca; y un poco apartado del gran cu estaba una torrecilla que también era casa de ídolos, o puro infierno, porque tenía a la boca de la una puerta una muy espantable boca de las que pintan, que dicen que es como la que está en los infiernos, con la boca abierta y grandes colmillos para tragar las ánimas. E asimismo estaban unos bultos de diablos y cuerpos de sierpes junto a la puerta, y tenían un poco apartado un sacrificadero, y todo ello muy ensangrentado y negro de humo y costras de sangre; y tenían muchas ollas grandes y cántaros e tinajas dentro de la casa llenas de agua, que era allí donde cocinaban la carne de los tristes indios que sacrificaban, que comían los papas, porque también tenían cabe el sacrificadero muchos navajones y unos tajos de madera como en los que cortan carne en las carnicerías."



III

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO empleó el adjetivo "verdadera" en el título de su *Historia,* para hacer recalcar que la del padre Francisco López de Gomara, aparecida en Zaragoza el año 1552, no lo era. El capitán Bernal Díaz del Castillo deseaba en su obra distribuir entre todos los conquistadores los méritos que López de Gomara acumulaba sobre la testa del marqués del Valle. Capellán, desde 1540, de la casa del conquistador de México, después que éste hubo tornado a la patria, López de Gomara escribió su historia de la epopeya cortesiana, con datos provistos verbalmente por el marqués del Valle y con la documentación copiosa que por otros conquistadores pudo haber. Le interesaron las costumbres y, por sobre todo, la religión de los mexicanos, cuya mentalidad americana se le aparecía como cosa extraña, impenetrable, marcado su calendario por horrendos sacrificios. Dedicó mayores vigilias al estudio de las formas religiosas de los pueblos de la Nueva España. La sólida cultura del sacerdote acentúa el valor de su obra, que ofrece páginas notables sobre el culto y la antropofagía de los mexicanos.

En la primera parte de la *Historia General de las Indias,* refiere López de Gomara las creencias de los naturales de la América Central, de la antigua Castilla del Oro y de la península yucateca.

EL DARIÉN

"A Diego de Nicuesa y Alonso de Hojeda, que fueron los primeros conquistadores de tierra firme de Indias, dió el Rey una instrucción de diez o doce capítulos. El primero, que les predicasen los Evangelios. Otros, que les rogasen con la paz. El octavo, que requiriendo paz y fe, fuesen

libres, bien tratados y muy privilegiados. El nono, que si perseverasen en su idolatría y comida de hombres y en la enemistad, los captivasen y matasen libremente; que hasta entonces no se consentía... Llegó a una aldea de cien casas y trescientos vecinos. Combatióla, y retiróse sin tomarla. Defendiéronse tan bien los indios, que mataron sesenta españoles y a Juan de la Cosa, segunda persona después de Hojeda, y se lo comieron."

CARTAGENA

"Pedro de Heredia, natural de Madrid, pasó a Cartagena por gobernador, el año de 32, con cien españoles y cuarenta caballos, en tres carabelas bien artilladas y bastecidas. Pobló y conquistó; mató indios y matáronle españoles en el tiempo que gobernó. Tuvo émulos y pecados, por donde vinieron a España él y un su hermano presos...

"Los hombres y mujeres desta tierra son más altos y hermosos que isleños... Son valientes y belicosos. Précianse mucho del arco; tiran siempre con yerba al enemigo y a la caza. Pelea también la mujer como el hombre. Una tomó presa el bachiller Enciso, que siendo de veinte años, había muerto ocho cristianos. En Chimitao van las mujeres a la guerra con huso y rueca; comen los enemigos que matan, y aun hay muchos que compran esclavos para comérselos. Entiérranse con mucho oro, pluma y cosas ricas; sepultura se halló en tiempo de Pedro de Heredia que tuvo veinte y cinco mil pesos de oro."

SANTA MARTA

"...Précianse de tener sus casas bien aderezadas con esteras de junco y palma, teñidas o pintadas; paramentos de algodón y oro y aljófar, de que mucho se maravillaron nuestros españoles; cuelgan en las puntas de las camas sartas de caracoles marinos para que suenen. Las señoras traen en las cabezas unas como diademas de plumas grandes, de las cuales cuelgan por las espaldas una chia hasta medio cuerpo. Parecen muy bien con ellas, y mayores de lo que son, y por eso dicen que son dispuestas y hermosas; no son menores las indias que las mujeres de acá, sino que como no traen chapines de a palmo ni de palmo y medio como ellas, ni aun zapatos, parecen chicas. La obra de las diademas tiene arte y primor; las plumas son de tantos colores y tan vivas, que atraen mucho la vista. Son éstos de Santa Marta caribes, comen carne humana, fresca y cecinada, hincan las cabezas de los que matan y sacrifican, a las puertas por memoria, y traen los dientes al cuello (como sacamuelas) por bravosidad."

"Los sacerdotes se casan todos, sino los que oyen pecados ajenos, los cuales dan penitencia según la culpa, y no revelan la confesión sin castigo. Echan las fiestas, que son dieciocho, como los meses, subidos en el gradario y sacrificadero, que tienen delante los patios de los dioses; y teniendo en la mano el cuchillo de pedernal con que abren al sacrificado, dicen cuántos hombres han de sacrificar, y si han de ser mujeres o esclavos, presos en batalla o no, para que todo el pueblo sepa cómo tiene de celebrar la fiesta y qué oraciones y ofrendas debe hacer. El sacerdote que administra el oficio da tres vueltas alrededor del cativo, cantando en tono lloroso, y luego ábrelo por el pecho; rocíale la cara con sangre, sácale el corazón y desmiembra el cuerpo. Da el corazón al perlado, pies y manos al Rey, los muslos al que lo prendió, las tripas a los trompetas, y el resto al pueblo para que todos lo coman. Pone la cabeza en ciertos árboles que allí cerca crían para colgarlas."

En su *Historia General de las Indias*, que mereció ser traducida al francés, al inglés y al latín, los capítulos finales describen escenas del misticismo mexicano, que aunque pueden ser consideradas por los no iniciados como tendientes a sorprender, llenas de desmedidas exageraciones, son testimonios verídicos; esto podrá comprobarse más adelante, con la lectura de fray Bernardino de Sahagún, el sapientísimo maestro en temas de etnología y religión de los pueblos de México. Escribe López de Gomara:

DE LOS SACERDOTES

"A los sacerdotes de Méjico y de toda esta tierra llamaron nuestros españoles papas, y fué que, preguntados por qué traían así los cabellos, respondían papa, que es cabello; y así, les llamaban papas; ca entre ellos tlamacazque se dicen los sacerdotes, o tlenamacaque, y el mayor de todos, que es su perlado, achcauhtli, y es grandísima dignidad. Aprenden y enseñan los misterios de su religión a boca y por figuras; mas no lo comunican ni descubren a legos, so gravísima pena. Hay entre ellos muchos que no se casan, por la dignidad, y que son muy notados y castigados si llegan

a mujer. Dejan crecer todos estos sacerdotes el cabello sin jamás lo cortar ni peinar ni lavar, a cuya causa tenían la cabeza sucia y llena de piojos y liendres; pero lo que hacían esto eran santones; que los otros lavábanse las cabezas cuando se bañaban, y bañábanse muy a menudo; y ansí, aunque traían los cabellos muy largos, traíanlos muy limpios; bien que criar cabellos, de suyo es sucio. El hábito de los sacerdotes es una ropa de algodón blanca, estrecha y larga, y encima una manta por capa, añudada al hombro derecho, con madejas de algodón hilado por orlas y rapacejos. Tiznábanse los días festivales, y cuando su regla mandaba, de negro las piernas, brazos, manos y cara, que parescían diablos. Había en el templo de Vitcitlopuchtli de Méjico cinco mil personas al servicio de los ídolos y casa, según en otra parte dije; pero no todos llegaban a los altares... Hay en cada espacio de los templos que está de las gradas al altar, una piedra como tajón, hincada en el suelo y alta una vara de medir; sobre la cual recuestan a los que han de ser sacrificados. Tienen un cuchillo de pedernal, que llaman ellos tecpactl; con estos cuchillos abren los hombres que sacrifican, por las ternillas del pecho. Para coger la sangre tienen escudillas de calabazas, y para rociar con ella los ídolos unos hisopillos de pluma colorada; para barrer las capillas y placeta donde está el tajón tienen escobas de plumas, y el que barre nunca vuelve las nalgas a los dioses, sino va siempre barriendo cara tras. Con tan pocos ornamentos y aparejo hacían la carnicería que después oiréis."

DESOLLAMIENTO DE HOMBRES

"El postrer día del mes primero, que llaman tlacaxipeualiztli, matan en sacrificio cien esclavos, los más cativos de guerra, y se los comen. Juntábase todo el pueblo al templo. Los sacerdotes, después de haber hecho muchas ceromonias, ponían los sacrificados uno a uno, de espaldas sobre la piedra, y vivos los abrían por los pechos con un cuchillo de pedernal; arrojaban el corazón al pie del altar como por ofrenda, untaban los rostros al vitcilopuchtli, o a otro con la sangre caliente, y luego desollaban quince o veinte dellos, o menos, según eran el pueblo y los sacrificados; revestíanse los otros tantos hombres honrados, así sangrientos como estaban; ca eran abiertos los cueros por las espaldas y hombros; cosíanse los que viniesen justos, y luego bailaban con todos los que querían. En Méjico se vestía el rey un cuero déstos, que fuese el principal cativo, y regocijaba la fiesta bailando con los otros desfrazados. Toda la gente se andaba tras él por verle tan fiero, o como ellos dicen, tan devoto. Los dueños

de los esclavos se llevaban sus cuerpos sacrificados, con que hacían plato a todos sus amigos; quedaban las cabezas y corazones para los sacerdotes; embutían los cueros de algodón o paja, y o los colgaban en el templo, o en palacio, por memoria; mas esto era habiéndolo prendido el Rey, o algún tecuitli; iban al sacrificadero los esclavos y cativos de guerra con los vestidos o divisa del ídolo a quien se ofrescían; y sin esto, llevaban plumajes, guirnaldas y otras cosas, y las más veces los pintaban o emplumaban, o cubrían de flores e yerba. Muchos dellos, que mueren alegres, andan bailando, y pidiendo limosna para su sacrificio por la ciudad; cogen mucho, y todo es de los sacerdotes."

SACRIFICIOS DE HOMBRES

"Por honra y servicio del ídolo de fuego regocijaban la fiesta que llaman Xocothueci, quemando hombres vivos. En Tlacopán, Coyouacán, Azcapuzalco, y otros muchos pueblos, levantaban la víspera de la fiesta un gran palo rollizo como mástil; hincábanlo en medio del patio o a la puerta del templo; hacían aquella noche un ídolo de toda suerte de semillas, envolvíanlo en mantas benditas, y liábanlo por que no se deshiciese, y a la mañana poníanlo encima del palo. Traían luego muchos esclavos de guerra o comprados, atados de pies y manos; echábanlos en una muy grande hoguera que para tal efecto tenían ardiendo; y medio asados, los sacaban del fuego, y los abrían, y sacaban los corazones, para hacer las otras solemnidades.

"Donde más cruelmente solemnizan esta fiesta es en Cuahutitlán; aunque no la celebran cada año, sino de cuatro en cuatro años. A las vísperas desta fiesta hincaban seis árboles muy alto en el patio, que todos los viesen, y los sacerdotes degollaban dos mujeres esclavas delante los ídolos en lo alto de las gradas; desollábanlas enteras y con sus caras, hendíanles los muslos y sacábanles las canillas. Otro día luego de mañana tornaban todos al templo a los oficios; subían dos hombres principales del pueblo a lo alto, y vestíanse los cueros de aquellas desolladas; cubrían sus caras con las dellas, como máscaras; tomaban sendas canillas en cada mano, y muy paso a paso bajaban las gradas, pero bramando. Estaba la gente como atónita de verlos bajar así, y todos a voz en grita decían: "Ya vienen nuestros dioses, ya vienen nuestros dioses, ya vienen."



Sacrificios en el segundo mes, llamado Tlacaxipehualiztli (desollamiento de hombres). De los "Primeros Memoriales" de Sahagún.

"Antes que amanesciese el día de la fiesta venían al templo todos los religiosos de la ciudad y criados de dioses, el Rey, los caballeros y otra infinita gente, en fin, pocos hombres sanos dejaban de ir. Salía del templo el gran Achcahuitli con una imagen pequeña de Vitcilopuchtli muy arreada y galana, poníanse todos en rengle, y caminaban en procesión. Los religiosos iban con las sobrepellices que usan, unos cantando, otros incensando; pasaban por el Tlatelulco; iban a una ermita de Acolman, donde sacrificaban cuatro cativos. De allí entraban en Azcapuzalco, en Tlacopán, en Chapultepec y Vicilopuchco, y en un templo de aquel lugar, que estaba fuera en el camino, hacían oración, y mataban otros cuatro cativos con tantas ceremonias y devoción, que lloraban todos. Volvíanse con tanto a Méjico, después de haber andado cinco leguas en ayunas, a comer. A la tarde sacrificaban cien esclavos y cativos, y algunos años doscientos. Un año mataban menos, otro más, según la maña que se daban en las guerras a cativar enemigos. Por festejar la carne de hombres que comían, hacían grandes bailes y se emborrachaban.

"Por el mes de noviembre, cuando ya habían cogido el maíz y las otras legumbres de que se mantienen, celebran una fiesta a honor de Tezcatlipuca, ídolo a quien más divinidad atribuyen. Hacían unos bollos de masa de maíz y simiente de ajenjos, aunque son de otra suerte que los de acá, y echábanlos a cocer en ollas con agua sola. Entre tanto que hervían y se cocían los bollos, tañían los mochachos un atabal, y cantaban sus ciertos cantares alrededor de las ollas; y en fin decían: "Estos bollos de pan ya se tornan carne de nuestro dios Tezcatlipuca"; y después comíanselos con gran devoción.

"En los cinco días que no entran en ningún mes del año, sino que se andan por sí para igualar el tiempo con el curso del sol, tenían muy gran fiesta, y regocijábanla con danzas y canciones y comidas y borracheras, con ofrendas y sacrificios que hacían de su propia sangre a las estatuas que tenían en los templos y tras cada rincón de sus casas; pero lo sustancial y principalísimo della era ofrecer hombres, matar hombres y comer hombres; que sin muerte no había alegría ni placer."

DE UNA FIESTA GRANDÍSIMA

"La fiesta que con más sacrificados solemnizaban en Méjico era de cincuenta y dos en cincuenta y dos años; y como a día de grandísima santidad, venían a ella de diez y de veinte leguas aparte los que no la celebraban en sus pueblos. Mandaba el achcahutli mayor que matasen con agua todos los fuegos de los templos y casas, sin quedar una sola brizna... Sacada, pues, a nueva lumbre, y hechas todas las otras cerimonias que se requieren y usan, tornaban aquellos sacerdotes a Méjico muy corriendo con los tizones o ascuas; poníanlas delante el altar de Vitcilopuchtli con mucha reverencia, hacían gran fuego, sacrificaban un cativo en guerra, con cuya sangre rociaba el sacerdote mayor el nuevo fuego, a manera de bendición. Tras esto llegaban todos, y cada uno llevaba lumbre a su casa, y los forasteros a sus pueblos. Luego, en siendo día, sacrificaban, en el lugar acostumbrado y con los ritos que suelen, cuatrocientos esclavos y cativos, si los había de guerra, y comíanselos."

LA GRAN FIESTA DE TLAXCALLAN

"A medianoche se revestía un sacerdote, y sacaba lumbre nueva, y santificábala con la sangre de un cativo principal, que degollaba, a quien decían hijo del sol, por haber muerto en tan bendito día. Íbanse los sacerdotes cada uno a su templo con de aquella nueva lumbre, y allá sacrificaban hombres a sus ídolos. En el templo de Camaxtle, que está en el barrio de Ocolelulco, mataban cuatrocientos y cinco presos de guerra, que tantas varas se pasó por la lengua el gran Achcahutli. En el barrio de Tepetiepac mataban ciento, y casi cada otros tantos en los barrios de Tizatlán y Quiahuyztlán; y no había pueblo, de veintiocho que tiene, donde no matasen algunos. En fin, dicen que mataban y comían los de Tlaxcallán y su provincia aquel día y fiesta de Camaxtle, que celebraban de cuatro en cuatro años, novecientos y aun mil hombres. Los sacerdotes se desayunaban con aquella bendita carne, y los legos hacían grandes banquetes y borracheras. Eran grandísimos carniceros éstos de Tlaxcallán, y muy valientes en la guerra. Tenían por valentía y honra haber prendido y sacrificado muchos enemigos, como quien dice haber vencido muchos campos, o tener muchas heridas en la cara, recebidas en batalla. Tal tlaxcalteca había cuando Cortés entró allí, que tenía muertos en sacrificio cien hombres, presos con sus propias manos."

IV

El monumento mayor de la etnografía del México prehispánico lo constituye la *Historia de las Cosas de la Nueva España,* de fray Bernardino de Sahagún. Al lado de capitanes no favorecidos por una educación siquiera mediocre, junto a toda suerte de aventureros ambiciosos y crueles, precipitados por el cauce de la conquista que erizaban sangrientas aristas, en que la templanza cedía lugar al ensañado batallar, al despedazamiento de quienes pretendían cerrarlo, al encono y al odio, España tuvo a hombres exentos de pasión, a constructores, a estudiosos y artistas. Fray Bernardino de Sahagún forma entre ellos, en la fila de honor. Su obra redime a la conquista de muchos pecados.

Entre los muchos trabajos sahaguntinos resplandece su *Historia de las Cosas de la Nueva España* con estructura singular. En los doce libros que la componen asiéntase la capacidad de su autor en la investigación lingüística, etnológica, en la arqueología y la historia de la Nueva España. Regido por un espíritu sereno, eminentemente científico, conoció, en años de dedicación, el complicado culto a las divinidades del panteón antiguo, penetró en sus misterios, en el conocimiento de la civilización y el alma mexicanas. Mejor se advierte la naturaleza de su magna obra en la enunciación por él mismo hecha: "... escribí doce libros de las cosas divinas, o por mejor decir idolátricas, y humanas y naturales de esta Nueva España: El primero de los cuales trata de los dioses y diosas que estos naturales adoraban; el segundo, de las fiestas con que los honraban; el tercero, de la inmortalidad del ánima y de los lugares donde decían que iban las almas desde que salían de los cuerpos, y de los sufragios y ob-

sequias que hacían por los muertos; el cuarto libro trata de la astrología judiciaria que estos naturales usaban, para saber la fortuna buena o mala que tenían los que nacían; el quinto libro trata de los agüeros que estos naturales tenían para adivinar las cosas por venir; el libro sexto trata de la Retórica y Filosofía Moral que estos naturales usaban; el séptimo libro trata de la Filosofía Natural que estos naturales alcanzaban; el octavo libro trata de los señores y de sus costumbres y maneras de gobernar la república; el libro nono trata de los mercaderes y otros oficios mecánicos, y de sus costumbres; el libro décimo trata de los vicios y virtudes de estas gentes, al propio de su manera de vivir; el libro undécimo trata de los animales, aves y peces, y de las generaciones que hay en esta tierra, y de los árboles, yerbas y flores y frutos, metales y piedras y otros minerales; el libro duodécimo se intitula *La Conquista de México*".

Lo más sorprendente de esta obra, cuyo manuscrito se terminó en 1569, es que fué escrita en lengua náhuatl. La versión romanceada, menor en extensión, es sólo paráfrasis del original. Tal dominio del náhuatl llegó a poseer el benemérito franciscano, que prefirió redactar su *Historia* en ella, y lo hizo con elevación literaria.

Fray Bernardino, natural de Sahagún, en la provincia de León, contaba sus años con los del siglo dieciséis. Estudió en la Universidad de Salamanca, profesó y tomó la ruta de las Indias. Llegó a Nueva España en 1529, ocho años después que Hernán Cortés venció a Tenochtitlán. En los conventos de Tlamanalco, de Xochimilco, de San Francisco de México, en el Imperial Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, en numerosos viajes que realizó por las tierras de antiguo señoreadas por los aztecas, tuvo oportunidad constante de interrogar a indios principales, capacitados en los temas que él investigaba. Con figuras pintadas en papeles y con explicación verbal, los indígenas "hábiles en las cosas de sus antiguallas" reconstruyeron ante el padre la historia de sus dioses, las

ceremonias ya abolidas, el sentido de la religión herida de muerte. Sus jóvenes alumnos de Tlatelolco, adelantados ya en el dominio del castellano y del latín, fueron sus colaboradores adictos.

El objeto material de su *Historia* fué dar a los ministros de la Iglesia cristiana un medio de conocimiento de las costumbres y religión de los mexicanos, por donde combatir los restos de su anterior fe, como él mismo lo dice: "Para predicar contra estas cosas, y aun para saber si las hay, menester es de saber cómo las usaban en tiempo de su idolatría, que por falta de no saber esto en nuestra presencia hacen muchas cosas idolátricas sin que lo entendamos; y dicen algunos, excusándolos, que son boberías o niñerías, por ignorar la raíz de donde salen —que es mera idolatría, y los confesores ni se las preguntan ni piensan que hay tal cosa, ni saben lenguaje para se los preguntar, ni aun lo entenderán aunque se lo digan—. Pues por que los ministros del Evangelio que sucederán a los que primero vinieron, en la cultura de esta nueva viña del Señor no tengan ocasión de quejarse de los primeros, por haber dejado a oscuras las cosas de estos naturales de esta Nueva España, yo, fray Bernardino de Sahagún, fraile profeso de la Orden de Nuestro Seráfico P. S. Francisco . . .". Mas luego, el interés del sabio por la lengua náhuatl y por el conjunto del pasado de los pueblos de México lo llevó por senderos diversos, en ninguno de los cuales flaqueó su voluntad de saber. Así llegó al término de su *Historia* precursora de los grandes estudios etnográficos y lingüísticos, de los que constituye un luminoso ejemplo.

Muchos otros trabajos realizó fray Bernardino, conservados algunos en forma incompleta, testigos, no obstante, de la vida laboriosa del sabio, entre ellos: *Colloquios y doctrina christiana con que los doze frayles de San Francisco enbiados por el Papa Adriano sesto y por el Emperador Carlos quinto convirtieron a los indios de la Nueva España, en lengua mexicana y española; Psal-*

modia Christiana; Exercicios Quotidianos en Lengua Mexicana; Vocabulario trilingüe, Castellano, Latino y Mexicano.

Totalmente libre de prejuicios raciales, sin ensayar de condenar la antigua religión en forma dogmática, sino de comprenderla primero, sin tomar partido preconcebido, Sahagún presenta su obra con méritos científicos y humanos. Nada podrá acentuar mejor su ponderable desapasionamiento que esta frase tomada del Prólogo de su *Historia General de las Cosas de Nueva España*, y ella asegura que las transcripciones de la misma que le siguen están ajustadas a la más estricta verdad:

"Es esta obra como una red barredera para sacar a luz todos los vocablos de esta lengua con sus propias y metafóricas significaciones, y todas sus maneras de hablar, y las más de sus antiguallas buenas y malas; es para redimir mil canas, porque con harto menos trabajos de lo que aquí me cuesta podrán los que quisieren saber en poco tiempo muchas de sus antiguallas y todo el lenguaje de esta gente mexicana. Aprovechará mucho toda esta obra para conocer el quilate de esta gente mexicana, el cual aún no se ha conocido, porque vino sobre ellos aquella maldición que Jeremías de parte de Dios fulminó contra Judea y Jerusalén, diciendo, en el Cap. 5º: Yo haré que venga sobre vosotros, yo traeré contra vosotros una gente muy de lejos, gente muy robusta y esforzada, gente muy antigua y diestra en el pelear, gente cuyo lenguaje no entenderéis ni jamás oísteis su manera de hablar; toda gente fuerte y animosa, codiciosísima de matar. Esta gente os destruirá a vosotros y a vuestras mujeres e hijos, y todo cuanto poseéis, y destruirá todos vuestros pueblos y edificios. Esto a la letra ha acontecido a estos indios con los españoles: fueron tan atropellados y destruídos ellos y todas sus cosas, que ninguna apariencia les quedó de lo que eran antes."

De las fiestas de los sacrificios que hacían en las calendas del primero mes, que se llamaba Atlcahualo o Quauitleoa

"En las calendas del primer mes del año, que se llamaba *quauitleoa,* y los mexicanos le llamaban *atlcahualo,* el cual comenzaba el segundo día de febrero, hacían gran fiesta a honra de los dioses del agua o de la lluvia llamados *Tlaloque;* para esta fiesta buscaban muchos niños de teta, comprándolos a sus madres; escogían aquellos que tenían dos remolinos en la cabeza y que hubiesen nacido en buen signo: decían que éstos eran más agradable sacrificio a estos dioses, para que diesen agua en su tiempo. A estos niños llevaban a matar a los montes altos, donde ellos tenían voto de ofrecer; a unos de ellos sacaban los corazones en aquellos montes, y a otros en ciertos lugares de la laguna de México. El un lugar llamaban *Tepetzinco,* monte conocido que está en la laguna; y a otros en otro monte que se llama *Tepepulco,* en la misma laguna; y a otros en el remolino de la laguna que llamaban *Pantitlan.* Gran cantidad de niños mataban cada año en estos lugares; (y) después de muertos los cocían y comían.

"En esta misma fiesta, en todas las casas y palacios levantaban unos palos como varales, en las puntas de los cuales ponían unos papeles llenos de gotas de *ulli* (*que es una goma negra, dice Sahagún*), a los cuales papeles llamaban *amateteuitl*; esto hacían a honra de los dioses del agua."

CAPÍTULO XXI

De las ceremonias y sacrificios que hacían en el segundo mes, que se llamaba Tlacaxipehualiztli

"En el postrero día del dicho mes hacían una muy solemne fiesta a honra del dios llamado *Xipe Tótec,* y también a honra de *Huitzilopochtli.* En esta fiesta mataban todos los cautivos, hombres y mujeres y niños; antes que los matasen hacían muchas ceremonias que son las siguientes: La vigilia de la fiesta, después de mediodía, comenzaban muy solemne areito (*voz antillana con que los cronistas designaban las fiestas de los autóctonos*), y velaban por toda la noche los que habían de morir en la casa que llaman *calpulco.* Aquí les arrancaban los cabellos de medio de la coronilla de la cabeza; junto al fuego hacían esta ceremonia. Esto ha-

cían a la medianoche, cuando solían sacar sangre de las orejas para ofrecer a los dioses, lo cual siempre hacían a la medianoche. A la alba de la mañana llevábanlos a donde habían de morir, que era el templo de *Huitzilopochtli*: allí los mataban los ministros del templo, de la manera que arriba queda dicho, y a todos los desollaban y por esto llamaban a la fiesta *tlacaxipehualiztli*, que quiere decir desollamiento de hombres; y a ellos los llamaban *xipeme*, y por otro nombre *tototecti*: lo primero quiere decir desollados, lo segundo quiere decir los muertos a honra del dios *Tótec*.

"Los dueños de los cautivos los entregaban a los sacerdotes abajo al pie del *cu*, y ellos los llevaban por los cabellos cada uno al suyo, por las gradas arriba; y si alguno no quería ir de su grado, llevábanle arrastrando hasta donde estaba el tajón de piedra donde le habían de matar, y en sacando a cada uno de ellos el corazón, y ofreciéndolo como arriba se dijo, luego le echaban por las gradas abajo, donde estaban otros sacerdotes que los desollaban. Después de desollados, los viejos que se llamaban *quaquacuiltin* llevaban los cuerpos al calpulco, adonde el dueño del cautivo había hecho su voto o prometimiento; allí le dividían y enviaban a *Moteccuzoma* un muslo para que comiese, y lo demás lo repartían por los otros principales o parientes; íbanlo a comer a la casa del que cautivó al muerto. Cocían aquella carne con maíz y daban a cada uno un pedazo de aquella carne en una escudilla o cajete, con su caldo y su maíz cocido, y llamaban aquella comida *tlacatlaolli;* después de haber comido andaba la borrachera.

"El señor del cautivo no comía de la carne, porque hacía de cuenta que aquélla era su misma carne, porque desde la hora que le cautivó le tenía por su hijo, y el cautivo a su señor por padre, y por esta razón no quería comer de aquella carne; empero comía de la carne de los otros cautivos que se habían muerto".

CAPÍTULO XXXII

De las fiestas y sacrificios que se hacían en las calendas del décimotercero mes, que se decía Tepeilhuitl

"En esta fiesta mataban algunas mujeres a honra de los montes o de los dioses de los montes. A la una de ellas llamaban *Tepéxoch*, a la segunda *Matlacue*, y a la tercera *Xochitécatl*, y a la cuarta *Mayáuel*

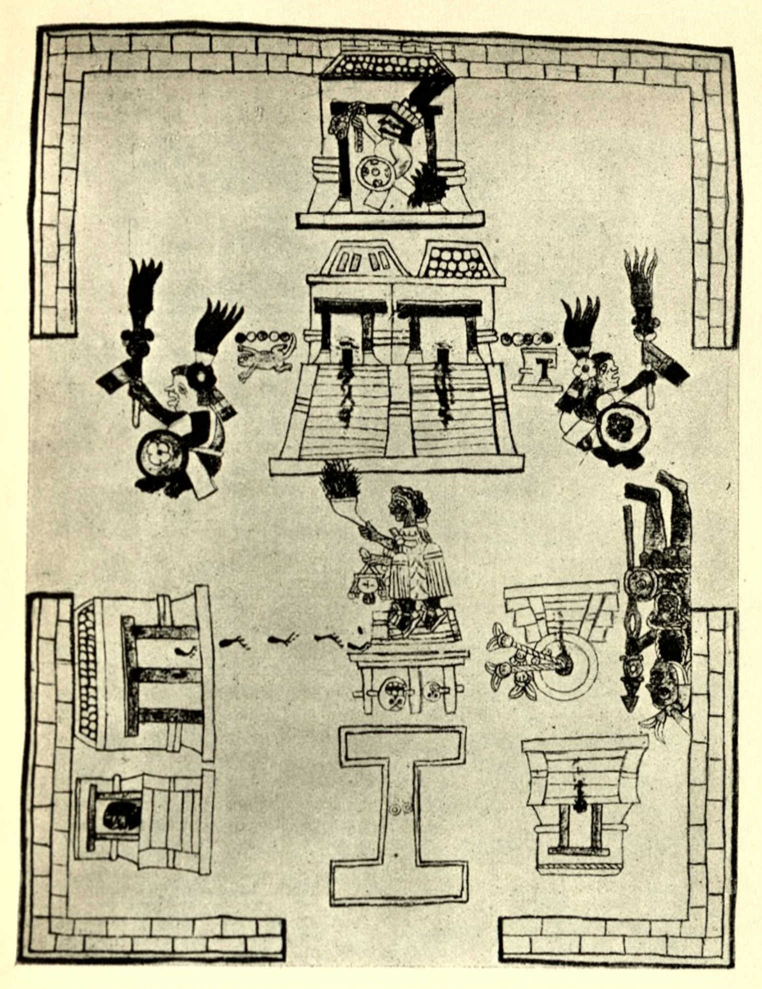
que era imagen de los magueyes. El quinto era hombre, y llamábanle *Milnáuatl*; este hombre era imagen de las culebras. Iban aderezados con coronas de papel, y todos los papeles con que iban aderezados iban manchados con *ulli* derretido; el mismo atavío llevaba el hombre que llamaban *Milnáuatl*, que era imagen de las culebras. A estas mujeres y a este hombre llevábanlos en literas; llamábase paseo de literas. Traíanlos como en procesión (y) llevábanlos en los hombros; hombres y mujeres iban cantando con ellos; los que llevaban las literas o andas iban muy bien aderezados; las mujeres con sus naguas y *huipiles* labrados y afeitadas las caras. Venida la hora del sacrificio, ponían en las literas a las mujeres y al hombre que habían de morir y subíanlos a lo alto del *cu*, y desque estaban arriba sacábanlos de las literas y uno a uno echábanlos sobre el tajón de piedra; abríanles los pechos con el pedernal, sacábanles el corazón y ofrecíanlos al dios *Tláloc*. Luego descendían los cuerpos, trayéndolos rodando por las gradas abajo poco a poco, teniéndolos por las manos, y llegando abajo llevábanlos al lugar donde espetaban las cabezas, allí les cortaban las cabezas y las espetaban por las sienes en unos varales que estaban echados como en lancera; los cuerpos llevábanlos a los barrios de donde habían salido, y otro día, que se llamaba *texinilo*, hacíanlos pedazos y comíanlos."

CAPÍTULO XLVIII

De la fiesta llamada Huauhquiltamalqualiztli, que hacían a los diez días del mes arriba dicho, que se hacía a honra del dios llamado Ixcozauhqui

"Cuando ya estaba cerca la fiesta adonde habían de matar los esclavos a honra del dios del fuego llamado *Ixcozauhqui*, aquellos que por su devoción tenían comprados esclavos para matar, y engordados como puercos para comer, haciendo demostración de ellos uno o dos días antes de la fiesta, aderezaban cada uno su esclavo, con los papeles y ornamentos del dios *Ixcozauhqui*. Esta demostración hacía (cada uno) con deseo de ser honrado y tenido de los otros por poderoso y devoto, y con deseo que se le aumentasen las riquezas con aquella devoción."

En la Relación de los edificios del gran templo de México, del mismo Libro segundo, se lee:



El gran Templo de Tenochtitlán. Esquema donde figuran diversas capillas, el tzompantli, estandarte de cráneos y la piedra gladiatoria, rodeados de la tapia de las culebras, el coatepantli. (Reproducido del "Codex Mendoza".)



Batalla naval entre tupinambaes. (Grabado de Teodoro De Bry, artista flamenco del siglo XVI.)

"El vigésimo octavo edificio se llamaba *Iztaccintéotl iteópan.* Éste era un *cu* dedicado a la diosa llamada *Cintéotl:* en este *cu* mataban a los leprosos cautivos, y no comían su carne; matábanlos en el ayuno del sol, que arriba se dijo". "El septuagésimo sexto se llamaba *Acatla yiacapan hueicalpulli;* ésta era una casa donde juntaban los esclavos que habían de matar a honra de los *Tlaloque,* y después de muertos, luego que los hacían pedazos y los cocían en esta misma casa, echaban en las ollas flores de calabaza; después de cocidos comíanlos los señores y principales; la gente popular no comía de ellos."





Solemnidades en el mes Panquetzaliztli, en honor de Huitzilopochtli. De los "Primeros Memoriales" de Sahagún.

V

OTRA obra meritísima, en que los ritos del antiguo México han quedado detenidos, es la *Monarquía Indiana* de fray Juan de Torquemada. Impar es el inteligente esfuerzo de Sahagún, cuya *Historia de las Cosas de Nueva España* rechaza todo parangón; no obstante, el posterior empeño de Torquemada ha colmado los veintiún libros de que consta su historia con noticias y descripciones a tono con la grandeza y el fervor de ese México de abstrusos designios.

El franciscano Juan de Torquemada penetró como Sahagún en el pensamiento de los indígenas por los arcos armoniosos de la lengua náhuatl. Fué guardián del convento de Tlaxcala, predicador, definidor y luego provincial de Nueva España. Hombre de muchas lecturas, dueño de una notable erudición renacentista, sazonó todas sus páginas con citas y comparaciones clásicas. A él tocó recopilar los escritos dejados por otros padres en los conventos de la orden. A principios del siglo XVII tuvo en su mesa un material catalogado sobre el que sería posible construir la obra por él acariciada.

En carta de Madrid, con fecha 6 de abril de 1606, obtuvo la venia requerida para escribir una historia. La autorización le fué otorgada por fray Bernardo Salas, de la orden de los frailes menores, comisario general de todas las Indias, *cum plenitudine potestates* en nombre del Rmo. fray Arcángel Mecina, general supremo de la orden, como reza el documento, que señala: "y encárgase, así por su suficiencia, como por la larga experiencia, que como tan gran Ministro, y Lengua de esos Naturales tiene, para poder averiguar, y sacar a luz muchos secretos de importancia, dignos de ponerse en Historia, y saberse

por todo el Mundo. Vidas de tantos Religiosos Santos, y Graves, que acabaron las suias como Fieles Siervos de Nuestro Señor..., como también de los nuevamente Convertidos, de sus Ritos, y Ceremonias, de sus Leies, Repúblicas, y Goviernos, del modo de su Conservación y Conversación, e de sus Dioses y Adoraciones".

Se agrega el pedido de que la obra, no bien concluída, sea enviada a Madrid, para ser allí impresa, ya que en Nueva España las dificultades y gastos para realizar un trabajo de tal naturaleza serían por demás grandes. En 1613 publicóse la historia, con este título: *Rituales y Monarchia Indiana, con el origen y guerras, de los Indios Occidentales, de las Poblaciones, Descubrimiento, Conquista, Conversión y otras cosas maravillosas de la mesma tierra.* De ella es el capítulo XIX, libro séptimo, que transcribimos:

De cómo se hacía el Sacrificio de Hombres, que eran muertos en servicio del Demonio

"Salían estos seis Ministros a este Sacrificio vestidos de diferentes ropas que las ordinarias, y en especial el Sumo Sacerdote, el que traía sobre los hombros una cortina, o tela, a manera de Dalmática, con unas flocaduras, por orla; en su cabeça una corona de ricas plumas verdes, que llaman Quetzalli, y amarillas; en las orejas Zarcillos de Oro, engastados en ellos unas piedras verdes, y debajo del labio, junto al medio de la barba, un cañutillo, hecho en suficiente, y hermosa proporción de una piedra azul, llamado Tentetl. Traían todos seis las manos, y rostros untados de negro mui ateçado. Los cinco dellos, que eran como Sacerdotes Menores, traían las cabelleras mui encrespadas, y rebueltas, con unas cintas de cuero, que les ceñían por medio de la cabeça y frente; traían en sus manos unas rodelas de papel pequeñas, pintadas de diversos colores, como representando salir a guerra, o batalla contra enemigos, como en realidad de verdad lo eran casi siempre los Sacrificados; traían vestidas Dalmáticas blancas, labradas de negro. Con este atavío, y adorno, que hemos dicho, salían, cuia vista ponía espanto, porque parecían venir revestidos de el Demonio, y untados con la tizne de sus calderas infernales, y bien

representaban, en sus negras, y malas cataduras, cuios Ministros eran. Puestos todos seis delante del Ídolo, hacíanle su acatamiento, y humillación, y poníanse luego en orden junto a la piedra del Sacrificio. Sacaban al que havía de ser sacrificado desnudo, en cueros, al qual con mucha presteça, y desenfado tendían, los cuatro dellos, sobre la dicha piedra, que como era puntiaguda, se le metía por las espaldas, y haciéndoselas doblar, le atesaba el pecho; el quinto Ministro le hechaba la corma, o argolla de madera, a la garganta, y afijávale la cabeça, para que por ninguna vía hiciese desdén, ni torcimiento en abrirle el pecho. Estando en este principio de tormento y pena este perdigado, y condenado a esta muerte, asido de pies y manos, y garganta, llegaba el Sacerdote Supremo con el cuchillo, o navaja y abríale con mucha presteça, y liberalidad el pecho, que casi no era oído, ni visto, con el exercicio y curso grande que tenía, y sacábale el coraçón, y assi baheando se lo mostraba al Sol, a quien ofrecía aquel calor, y vahos, y bolviéndose hacia el Ídolo, daba con él en el umbral de su Capilla, por la parte de fuera, y allí dejaba hecha una mancha de sangre, y caía el coraçón en tierra, de donde lo tomaban, y puesto en un Vaso mui pintado, hecho de calabaza, que llaman Xicalli, poníanlo delante del Altar, como ofreciéndolo al Ídolo, por la parte más principal de aquel cuerpo muerto, cuia Anima ya tenía en su prisión, y penas.

"Hecho este Sacrificio, daban con el cuerpo por las gradas del Templo abajo; y débese notar que si el sacrificado era de los presos en guerra, llegaba con sus deudos y amigos el que lo havía cautivado y preso, y llevávanselo con grandes regocijos, y solemnidad, y hacíanlo guisar, y con otras comidas hacían un mui solemne y regocijado banquete; y si el que hacía esta fiesta era rico, daba a todos los convidados mantas de algodón, y otras joias, y preseas de las que en su casa tenía."

VI

GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, en su *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano,* figura escenas del rito doloroso. Nos detienen aquéllas representadas en la Costa Rica de verdor mullido, en la Guatemala y Nicaragua ubérrimas, vecinas del Mar del Sur avizorado por Vasco Núñez de Balboa.

En la prosa del primer cronista del Nuevo Mundo, junto a la descripción de aguas, flora y fauna de esa reciente geografía, del elemento humano, la condena de los sacrificios se alza siempre. Léese en el breve capítulo IV del libro XLI:

DE LA FERTILIDAD DE LA TIERRA E GOBERNAÇIÓN DE GUATIMALA, E DE LAS PARTICULARIDADES DELLA EN GENERAL

"Esta provinçia de Guatimala es en la Tierra-Firme en la costa de la mar del Sur, e la gente della belicosa e ydólatras. Son flecheros e no tienen hierba; comen carne humana; la tierra es muy sana e fértil de muchos mantenimientos. Y en sus ritos e çerimonias hay muchas cosas que deçir, y en sus sacrifiçios e matrimonios diverssas costumbres e ritos diabólicos; porque donde hay ydolatria e se dexa de adorar e conosçer al verdadero Dios, ningún bien puede aver, quanto más mezclándose con este principal error sacrificar hombres e comer carne humana."

El capítulo primero del libro siguiente de esa *Historia* está dedicado a Nicaragua:

"Hay mucha copia de miel e çera, e mucha montería de puercos e venados e otras salvaginas e conexos e otros animales, e muchas e buenas

pesquerías, assí de la mar como de los ríos e lagunas: mucha abundançia de algodón, e mucha e buena ropa que dello se haçe, e lo hilan e texen las indias de la tierra; y es cadañero, porque cada un año lo siembran e cogen.

"Hay mucha moltitud de gente, assí en aquella provinçia de Nagrando, donde está la cibdad de León, como en otras de aquel reyno.

"Tenían libros de pergaminos que haçían de los cueros de venados, tan anchos como una mano o más, e tan luengos como diez o doçe passos, e más e menos, que se encogían e doblaban e resumían en el tamaño e grandeza de una mano por sus dobleçes uno contra otro (a manera de reclamo); y en aquestos tenían pintados sus caracteres o figuras de tinta roxa o negra, de tal manera que aunque no eran letura ni escriptura, significaban e se entendían por ellas todo lo que querían muy claramente; y en estos tales libros tenían pintados sus términos y heredamientos, e lo que más les paresçía que debía estar figurado, assí como los caminos, los ríos, los montes e boscages e lo demás, para los tiempos de contienda o pleyto determinados por allí, con paresçer de los viejos, *guegues* (que tanto quieren deçir *guegue* que viejo).

"Tenían sus casas de oraçión, a quien llaman *orchilobos*, como en la Nueva España, e sus saçerdotes para aquellos nefandos diabólicos sacrifiçios: e delante de cada templo de aquéllos un torrontero o montón de tierra a mano puesta, e tan alto como una lança de armas, delgado en lo alto e abaxo ancho, de la hechura que en las heras está un montón de trigo o çebada, e unos escalonçillos cavados en él, por donde sube aquel saçerdote del diablo e la víctima, ques el hombre o muger o muchacho que ha de ser allí ençima sacrificado o muerto en el conspecto e pressençia del pueblo..."

En el villorrio de Teoca, interrogados por fray Francisco de Bobadilla sobre temas de moral y religión, caciques y sacerdotes gentiles exponen, al contestar, conceptos curiosos:

"...É para esto partió de León e fué a la provinçia de Nicaragua, e llevó consigo a un Bartolomé Pérez, escribano público... Interrogó algunos indios para ver cómo sentían de la fe o de que setta o creençia eran, y en todo lo que más le paresçió que debían ser examinados. Y el primero fué un caçique llamado Chicoyatonal, al qual el dicho padre

reverendo le baptiçó, e llamándole Alonso de Herrera: e preguntóle si sabía que avía Dios e que avía criado al hombre e al mundo e a otras cosas, e a todo respondió que no sabía nada de aquello: antes se maravilló mucho de lo que le preguntaron. A un *guegue* prinçipal (porque como ya he dicho *guegue* quiere decir viejo), cuyo nombre propio era Çipat, le preguntó si quería ser chripstiano e dixo que no, e diósele a entender que avía parayso e infierno, e no aprovechó nada: antes dixo que no se le daba más yr a un cabo que al otro."

"...Hiço después aqueste reverendo padre juntar treçe caçiques e prinçipales e padres o saçerdotes de aquellos infernales templos.

"F.—¿En quién creéys, a quién adoráys?

"Y.—Creemos y adoramos a Tamagastad e Çipattoval, que son nuestros dioses.

"F.—¿Quién llueve e os envía todas las cosas?

"Y.—El agua nos envía Quiateot, ques un hombre, e tiene padre e madre, y el padre se llama Omeyateite, e la madre Omeyateçigoat; y éstos están en cabo del mundo, donde sale el sol en el çielo.

"F.—¿Adónde e como le pedís el agua a esse que deçís que os la envía?

"Y.—Para pedir el agua vamos a un templo que tenemos suyo, e allí matan e se sacrifican muchachos e muchachas; e cortadas las cabeças, echamos la sangre para los ydolos e imágenes de piedra que tenemos en aquella casa de oración destos dioses, la cual en nuestra lengua se llama *teoba*.

"F.—¿Qué haçéys con los cuerpos de los que assí se matan e sacrificáys?

"Y.—Los chiquitos se entierran, e los cuerpos que son de indios grandes, comen los caçiques prinçipales, e no come de ellos la otra gente.

"F.—¿A qué vays a essos templos u oratorios, e qué deçís e haçéys allá?

"Estos nuestros templos tenemos como vosotros los chripstianos las iglesias, porque son templos de nuestros dioses, e de allí les damos sahumerios, e pedimos de nuestros dioses que nos den salud quando estamos enfermos, e que nos den agua quando no llueve, porque somos pobres e se nos secan las tierras e no dan fructo."

En continuaçión de los ritos e cerimonias de los indios de Nicaragua, e de lo que más inquirió el dicho padre reverendo Fr. Francisco de Bobadilla...

"(A algunos caçiques e indios prinçipales e viejos.)

"F.—Esa carne humana que comés ¿cómo lo haçés, si es a falta de manjares, o por qué?

"Y.—Cómo se haçe es que se corta la cabeça al que ha de morir, e háçesele el cuerpo pequeños pedaços, e aquellos échanse a coçer en ollas grandes, e allí échase sal e áxi e lo ques menester para guisarlo. Después de guisado, traen cebollos de mahiz, e con mucha alegría golosa siéntanse los caçiques en sus duhos, e comen aquella carne, e beben maçamorra e cacao. É la cabeça no la cuesçen ni assan ni comen; pero pónese en unos palos que están fronteros de los oratorios e templos. Y esta es la çerimonia que tenemos en comer de aquesta carne, la qual nos sabe como de pavos o puercos o de xulo (*id est*, de aquellos sus perros) ques presçioso manjar entre nosotros; y este manjar de la carne humana es muy presçiado. Las tripas destos que assí comemos, son para los trompetas, a quien llamamos *escoletes*, e los que le tañen al caçique con las trompetas en tanto quél come en las fiestas, e cuando el señor se va a echar, como haçen los chripstianos a sus capitanes grandes. Estos *escoletes* lavan aquellas tripas e las comen, como la carne."

VII

En la selva oscura y soñolienta que los ríos de la cuenca del alto Amazonas dislocan, los clanes tupiguaraníes aumentaron su vigor durante décadas y décadas. Canoeros incomparables, de heroica e indomable fiereza, esperaron en ese crisol ardiente la hora de la expansión y la conquista. Aruacos y caribes, en olas sucesivas, los obligaron a descender hacia el sudoeste. El río Tapajoz los sintió afluir a sus márgenes. Los bosques en torno al Tapajoz y sus afluentes fueron el último estacionamiento de las grandes familias tupiguaraníes antes de precipitarse en las vías de su impetuosa conquista.

Más adelante, las huestes emplumadas, cuyos rostros tintaba el carmín guerrero, partieron en sus largas canoas monoxilas y sobre las veredas del bosque. Invadieron los infinitos territorios que limita el Atlántico. Por las playas, por las riberas de los ríos, por la fronda, los terribles tupiguaraníes comedores de hombres despedazaron a los que intentaron defender la tierra natal.

Fueron vencidos los hombres de habla *ge*, poseedores, en época precolombina, de ese trozo de mundo que va desde allí donde a la depresión amazónica sucede el planalto, hasta los contrafuertes meridionales de la Sierra do Mar y, sobre los paralelos, desde el océano a las proximidades de la meseta occidental brasileña.

Junto a los guaraníes, de elevada cultura material y espiritual, los *ge* aparecían como seres surgidos de una época remota. Ignoraban la siembra, la alfarería, el tejido; moraban a la intemperie o en abrigos rudimentarios. De rostro alargado, ojos horizontales, frente fugitiva, prognatos, contrastaban con los conquistadores de amarilla piel y ojos oblicuos. Tan amantes éstos del agua

y de la pesca como aquéllos de la pequeña caza y de los caminos de tierra.

El nombre *ge* sirve para englobar un extenso rimero de apelativos dados por los cronistas o por los clanes entre sí a diversas parcialidades de los dos grandes núcleos de esa raza. En los primeros documentos se menciona a los *ge* como tapuyas, y a ello se agrega el estado salvaje en que se hallaban con relación a los tupiguaraníes. No obstante, nombres que señalan grupos extensos de hombres de habla *ge*, con características especiales advertidas en época postcolombina, pueden ser empleados para establecer con mayor proximidad su antigua dispersión. En el estado brasileño de Bahía se encontraban los kamakanes, botokudos, kutasos y patasos; en el de Minas Geraes, los malalis, al oriente, y los coroados al occidente; en el de Paraná, entre los ríos Iguazú y Parapanema y hasta el territorio de las Misiones, la horda kaingang; y en el Paraguay, pasando el río Paraná, los guayanas.

En una primera sucesión de combates sin cuartel, los tupiguaraníes se establecieron en las marinas del océano y expulsaron a las hordas *ge* hacia el interior. Sobre las corrientes de agua se elevaron sus cánticos guerreros y ninguna otra voz cortó los ecos. Descendieron luego hasta la confluencia de los ríos Paraná y Paraguay.

Roto el impulso conquistador por el desmigamiento de los clanes en tan dilatados espacios, los tupiguaraníes cesaron de avanzar. Con doble empalizada de gruesos leños fortificaron sus villajes, compuestos de cuatro largas malocas. Cuidaron de sus cultivos y vivieron en la abundancia a que su ciencia agrícola les daba acceso.

Ellos hicieron conocer a los vencidos los beneficios de su cultura superior, el mundo metafísico de sus grandes mitos y su sapiencia en las suertes agoreras y en la magia. Sin embargo, su idealidad caníbal aterró a los *ge*. Aquellos que no habían caído en esclavitud huyeron de los invasores; quedaron dispersos por la meseta brasileña, en

las zonas que por estar distantes de las aguas no fueron buscadas por los canoeros.

Los *ge* no podían comprender qué causas misteriosas impelían a los empenachados combatientes a precipitarse como yaguaretés sobre los caídos en el campo de la lid, a desmembrarlos y comerlos ahumados en el bucán. Mayor espanto les causaba que en el horrible clamoreo del combate los pequeños guerreros tratasen de asirlos vivos, para luego, en fiestas prolongadas días tras días, sacrificarlos con una alegría y un fervor extraños, y que las mujeres y los niños participasen en esas comidas repulsivas.

Aunque con variantes en el rito y en la manera de ejecutar a las víctimas, todos los grupos de miembros de la familia tupiguaraní cumplían las fiestas de la renovación y la venganza. En esas ocasiones solemnes la aldea entera era partícipe, con exaltada convicción mística, en el acto lustral.

Los prisioneros, sin que importase que fuesen de su raza o no, eran conservados en las malocas, con relativa libertad. Trabajaban para sus amos y recibían mujeres por esposas, parientas, por lo común, de éstos. Cuando la jornada última de los prisioneros había sido señalada, durante cuatro o cinco días se sucedían los preparativos rituales. Música, danzas, cantos, borracheras acompañaban esos actos. En la noche postrimera, coros de mujeres bailaban en torno a la maza con que se ejecutaría a los condenados y, al amanecer, éstos recibían la muerte de manos de quienes los habían logrado en la pelea. Después, los cuerpos eran repartidos en la forma dispuesta por los ejecutores. Las más numerosas veces, un trozo minúsculo tocaba a cada participante, o bien un sorbo del líquido en que habían hervido las vísceras; no obstante, la fuerza mágica adherida al cuerpo del muerto era tal, que por menuda parte que se ingiriese bastaba para nutrir el espíritu.

Pasado el período de reposo, en que las energías tri-

bales desbordaron nuevamente, ejércitos tupiguaraníes se lanzaron por los senderos de la conquista. De las márgenes del río Paraguay, bandadas de guerreros policromos partieron hacia los Andes lejanos. Conocían por los indígenas del Chaco la existencia del Tahuantinsuyo riquísimo, y nunca el batallar ni el tamaño de una empresa amilanó a los terribles canoeros, comedores de hombres.

Otro móvil más íntimo influía en sus designios. Era el mismo que los traía desde muy lejos en sucesivas migraciones. Entre sus muchos mitos, debidos a su exacerbado misticismo y a su ágil fantasía, había uno que los obsesionaba: era el de la tierra donde no se muere. El Gran Abuelo, constructor del mundo con materiales ya existentes, tenía su morada vergel en recóndito sitio. El camino era revelado a los muertos, pues el acceso a esa tierra sin mal estaba expedito a los que en vida supieron ser heroicos, defendieron el hogar común, vengaron a los amigos. Algunos hechiceros alcanzaban en vida el paraíso de Maír, el Gran Transformador. Las leyendas lo aseveraban. En medio del baile ritual, cuyo ritmo marcaban los bastones de bambú y las maracas, se decía que a los magos era anunciado el lugar de las puertas deseadas. Cuando este milagro ocurría, grandes contingentes se sumaban al cortejo del mesías, y así, por veredas de hambre y de muerte, los iniciados se perdían en la selva y caían extenuados en manos enemigas. Generalmente se consideraba que más allá del océano se hallaba la morada feliz; se suponía también que tras las altas montañas de la cordillera andina se encontraba ese destino.

Guiados por el deseo de expansión y de conquista y por el sentimiento místico de la peregrinación, los tupiguaraníes vencieron la hostil dimensión del Chaco y subieron a las serranías del Alto Perú. Asolaron poblados chanes, gente de raza aruaca llegada hasta allí por la vertiente occidental de los Andes, y satisficieron con ellos el festín atávico. Asediaron luego la fortaleza del Gran

Señor. Llegó el año 1471, en que Tupac Yupanqui subió al sitial de sus mayores. El nuevo Inca luchó contra los temibles guerreros, a quienes no logró vencer. Los tupiguaraníes se establecieron en los contrafuertes andinos y fueron conocidos con el apelativo de chiriguanos.

Se tiene noticia de otras grandes migraciones tupiguaraníes hacia el Tahuantinsuyo, a principios del siglo XVI. En una de ellas, iniciada desde la costa del Atlántico, Alejo García y otros náufragos de la armada de Juan Díaz de Solís llegaron hasta las tierras ricas, juntaron cargas de oro que no les fué dado disfrutar, pues fueron muertos cerca del río Paraguay. Esta expedición se movió entre los años 1521 y 1526. Posteriormente, ya en período español, Juan de Ayolas y Domingo Martínez de Irala siguieron la trocha guaraní que conducía al imperio del Rey Blanco. En 1564, Nufrio de Chaves convenció a la fracción itatí de los tupiguaraníes del Paraguay para que lo acompañasen en aquella orientación; quedaron a poblar en el Alto Perú, cerca de sus hermanos. Se los designó, más adelante, con los nombres de guarayúes y pausernas.

La ceremonia caníbal era celebrada de distinta manera por los chiriguanos, de quienes se tiene información que diezmaron a los chanes para saciar sus convicciones. Una forma peculiar era aquella en que participaban los jóvenes, quienes daban caza con sus dardos a la víctima. Los guarayúes siguieron fieles a sus costumbres atávicas hasta muy avanzada la colonización blanca. Una variante en el acto lustral consistía en atar al prisionero a un árbol, aunque dejándole desembarazados los brazos, para que vengase su inminente suplicio arrojando piedras contra sus verdugos. El guerrero elegido para la ejecución, ornado con galas plúmeas, le quebraba la cabeza con una maza de dura madera.

En la crónica incaica se recuerda con amargo color la lucha contra los chiriguanos. Se los confunde con otros pueblos fuera de los límites occidentales del Tahuantin-

suyo, y con los más rigurosos epítetos se trata de hacerlos despreciables, puesto que inquietaban a los ejércitos andinos. Los *Comentarios Reales* de Garcilaso de la Vega traen el eco del cruento batallar de las legiones del Inca, arrostrando el oleaje de las hordas tupiguaraníes:

LIBRO VII, CAPÍTULO XVII

LA NASCIÓN CHIRIHUANA Y SU VIDA Y COSTUMBRES

"Como el principal cuidado de los Incas fuese conquistar nuevos reinos y provincias, assí por la gloria de ensanchar su Imperio como por acudir a la ambición y codicia del reinar, que tan natural es en los hombres poderosos, determinó el Inca Yupanqui, passados cuatro años después de haver embiado el exército por el río abaxo, como se ha dicho, hazer otra conquista, y fué la de una grande provincia llamada Chirihuana, que está en los Antis, al levante de los Charcas. A la cual, por ser hasta entonces tierra incógnita, embió espías que con todo cuidado y diligencia ascechassen la tierra y los naturales della, para que se proveyesse con más aviso lo que para la jornada conviniesse. Los espías fueron, como se les mandó, y bolvieron diziendo que la tierra era malíssima, de montañas bravas, ciénagas, lagos y pantanos, y muy poca della de provecho para sembrar y cultivar, y que los naturales eran brutíssimos, peores que bestias fieras; que no tenían religión ni adoravan cosa alguna; que vivían sin ley ni buena costumbre, sino como animales por las montañas, sin pueblos ni casas, y que comían carne humana, y, para la haver, salían a saltear las provincias comarcanas y comían todos los que prendían, sin respectar sexo ni edad, y bevían la sangre cuando los degollavan, por que no se les perdiesse nada de la presa. Y que no solamente comían la carne de los comarcanos que prendían, sino también la de los suyos propios cuando se morían; y que después de havérselos comido, les bolvían a juntar los huesos por sus coyunturas, y los lloravan y los enterravan en resquicios de peñas o huecos de árboles, y que andavan en cueros. Y que ésta era la común manera de vivir de la nasción Chirihuana."

El licenciado Antonio de León Pinelo, que vivió largamente en el Perú durante el siglo XVII, investigador de formidable erudición, llevó a término, en 1656, su obra



Guerreros tupiguaraníes conducen prisioneros hacia la aldea. (Según De Bry.)

VIII

Con el luctuoso episodio que marcó el término de la expedición y de la vida del piloto mayor Juan Díaz de Solís en 1516, los blancos se enfrentaron con la dispersión más austral de los tupiguaraníes, los empenachados guerreros comedores de hombres. No había transcurrido muy largo espacio desde que los canoeros, descendiendo desde la costa oriental del Paraguay, hicieron caer bajo su férula a los pueblos vecinos del Paraná y se establecieron en su delta. Fueron temidos como piratas y señores de las ondas del río.

Años adelante, en 1529, cuando la irascible e inconstante voluntad de Sebastián Gaboto hacía planear aves de malos presagios sobre el fortín de Sancti Spiritus, obra y apoyo de su conquista en marcha hacia el imperio del Rey Blanco, los guaraníes de las islas, ya en abierta pugna, sacrificaron a tres españoles correos de Gaboto. El piloto mayor, en su *Confesión* del 19 de julio de 1530, Luis Ramírez, en la carta a su padre, del 10 de julio de 1528, refieren la idealidad sangrienta de la raza de los ríos. Luego, con la armada del magnífico señor don Pedro de Mendoza, que penetró en el Río de la Plata en 1536, y cuyas huestes convivieron en la Asunción con los guaraníes, aguerridos aliados, las noticias sobre éstos son ya frecuentes.

La *Carta* de Francisco de Villalta, conquistador llegado en las naos de don Pedro, es una síntesis vigorosa y emotiva de los acontecimientos primeros —hambre, dolor, desesperanza y muerte— deparados a esa amarga empresa. Villalta no duda en afirmar al referirse a los carios, como designaban también a los guaraníes: "... he obieron de se descender a esta tierra de los Indios Carios

que en otras tierras llaman Caribes". Dice, al hablar del establecimiento de Nuestra Señora del Buen Aire:

"Llegado a la Isla que arriba digo, el Gobernador mandó poblar el pueblo de Buenos Aires ques de la otra vanda del Río que dicen del Paraná. Esta tierra se llama Cabo Blanco, es tierra despoblada porque en más de 60 leguas no ai Indios que sean amigos, si no son unos que se llaman en otras Indias Caribes; éstos comen carne humana, son enemigos de Cristianos i lo han sido todos de la parte."

En el relato de su viaje al Río de la Plata, celebrado por las amenas descripciones de pueblos, caracteres, paisajes y combates, Ulrico Schmidl concede a los guaraníes abundante espacio. Sus costumbres terribles impresionaron su pluma. El capítulo veinte se inicia con su arribo al país de los canoeros:

"(También) los Carios han comido carne humana cuando nosotros vinimos a ellos; como la comen lo sabréis en lo que sigue. Cuando estos susodichos Carios hacen la guerra contra sus enemigos, entonces a quien de estos enemigos agarran o logran, sea hombre o mujer, sea joven o vieja, sean niños, los ceban como aquí en esta tierra se ceba un cerdo, pero si la mujer es algo linda, la conserva un año o tres. Cuando entonces esta mujer en un poco no vive a gusto de él, entonces la mata y la come; (también) él hace una fiesta o gran función al igual como se hace allá afuera."

Álvar Núñez Cabeza de Vaca, segundo adelantado del Río de la Plata, detuvo su corcel en Nuestra Señora de la Asunción el 11 de marzo de 1542. El renombre de su heroica figura lo señaló para suceder a Pedro de Mendoza, muerto en el mar. Las historias del trayecto de años seguido por Álvar Núñez, desde la Florida hasta el Mar del Sur y la ciudad de México, en el que padeció la esclavitud, el hambre, todas las penurias, llenaban una importante medida en los comentarios de la conquista. Notables calidades de jefe demostró al frente de la marcha de su ejército desde el Atlántico hacia la Asunción, por tierra desconocida, enmalezada, que los ríos tajaban.

Los *Comentarios*, redactados por Pero Hernández, dan noticia de los desgraciados días en que transcurrió el gobierno de Álvar Núñez. En el capítulo XVI, *De cómo matan a sus enemigos que captivan, y se los comen*, se refiere a las modalidades de los tupiguaraníes del Paraguay:

"Esta generación de los guaraníes es una gente que se entienden por su lenguaje todos los que de las otras generaciones de la provincia, y comen carne humana de otras generaciones que tienen por enemigos, cuando tienen guerra unos con otros; y siendo de esta generación, si los captivan en las guerras, tráenlos a sus pueblos, y con ellos hacen grandes placeres y regocijos, bailando y cantando; lo cual dura hasta que el captivo está gordo, porque luego que lo captivan lo ponen a engordar y le dan todo cuanto quiere a comer, y a sus mismas mujeres y hijas para que haya con ellas sus placeres.

"Componen y aderezan tres mochachos de edad de seis años hasta siete, y danles en las manos unas hachetas de cobre, y un indio, el que es tenido por más valiente entre ellos, toma una espada de palo en las manos, que la llaman los indios macana; y sácanlo en una plaza, y allí le hacen bailar una hora, y desque ha bailado, llega y le da en los lomos con ambas las manos un golpe, y otro en las espinillas para derribarle, y acontesce, de seis golpes que le dan en la cabeza, no poderlo derribar, y es cosa muy de maravillar el gran testor que tienen en la cabeza, porque la espada de palo con que le dan es de un palo muy recio y pesado, negro, y con ambas manos un hombre de fuerza basta a derribar un toro de un golpe, y al tal captivo no lo derriban sino de muchos, y en fin al cabo, lo derriban, y luego los niños llegan con sus hachetas, y primero el mayor de ellos o el hijo del principal, y danle con ellas en la cabeza tantos golpes, hasta que le hacen saltar la sangre, y estándoles dando, los indios les dicen a voces que sean valientes y se enseñen, y tengan ánimo para matar sus enemigos y para andar en las guerras, y que se acuerden que aquél ha muerto de los suyos, que se venguen de él; y luego como es muerto, el que le da el primer golpe toma el nombre del muerto y de allí adelante se nombra del nombre del que así mataron, en señal que es valiente, y luego las viejas lo despedazan y cuecen en sus ollas y reparten entre sí, y lo comen, y ténenlo por cosa muy buena comer dél."

El rubio adelantado careció de la habilidad política que era menester para regir con éxito ese conglomerado de españoles sobrevivientes de la armada de don Pedro, avecindados en tierra de los guaraníes, entre la selva y el gran río, sin contacto con el mundo europeo. Esos conquistadores, para quienes la muerte y el dolor eran compañeros, así como la hambruna y la lid, vivían en una comunidad dominada por reglas un tanto elásticas, de acuerdo con las urgencias del vivir y la necesidad de mantenerse en paz con los naturales, cuyo odio les hubiera sido funesto.

Cuando llegó Álvar Núñez, Domingo Martínez de Irala era el jefe. Irala, anónimo remero, alcanzó por su entereza el poder, que debió ceder al enviado del monarca. La rigidez con que Álvar Núñez pretendió hacer variar de forma de vida a los hombres del Paraguay, su mala fortuna en la expedición por la que intentó llegar a los portales del imperio del Rey Blanco, las intrigas de los oficiales del rey amigos de Irala, dieron con el adelantado en la prisión.

Once meses permaneció en estrecho calabozo, mientras Irala y sus banderizos perseguían a los partidarios del adelantado y redactaban pliegos de inculpaciones con los cuales enviarlo a los tribunales de España. Por su parte, Pero Hernández y los otros amigos del desgraciado gobernador acusaron a Irala y a los oficiales del rey de cometer arbitrariedades, de haber ejercido coacción sobre los declarantes en el proceso incoado, de congraciarse con los indígenas, permitiéndoles cumplir sus antiguas costumbres, como se ve en el capítulo LXXXII de los *Comentarios*: *Cómo dieron licencia los alzados a los indios que comiesen carne humana.*

"Para valerse los oficiales y Domingo de Irala con los indios naturales de la tierra, les dieron licencia para que matasen y comiesen a los indios enemigos de ellos, y a muchos de éstos, a quienes dieron licencia, eran cristianos nuevamente convertidos."

No fué la única esta acusación. Hernando de Ribera, en su *Carta* de 1545, al referirse al castigo que Irala dió a las hordas agaces, dueñas de la margen occidental del río Paraguay, expone:

"Se hicieron muy grandes crueldades de niños, criaturas y mujeres, y los indios carios los comían cocidos y asados (a los agaces), en presencia del dicho capitán Vergara y los oficiales de vuestra magestad."

Hernández, tenaz impugnador del caudillo, relata en su *Memoria,* refiriéndose al mismo hecho militar:

"Luego como fué recibido Domingo de Irala con parecer de Alonso Cabrera e Garcí Venegas fué a las casas e pueblos de una generación de indios que se llaman Agaces, llevando en su compañía a los indios Carios, e dió de noche en ellos, e mató muchos de ellos, e los Carios comieron muchos de ellos en servicio (presencia) del capitán e oficiales."

En las informaciones, en las cartas de Indias, aparecen noticias sobre los tupiguaraníes, copiosamente. Son, no obstante, viajeros por tierras del Brasil en los siglos XVI y XVII, quienes mejor nos informan respecto a la raza de los ríos. Cronistas portugueses anotaron las particularidades de los terribles canoeros, comedores de hombres. En constante trato con ellos a lo largo de toda esa costa de la Vera Cruz, aprendieron su lengua, que fué elevada a la categoría de *lingua geral,* ya que era comprendida también por las tribus aculturadas por los tupiguaraníes.

Sincrónicamente con el momento de la invasión blanca, los tupiguaraníes señoreaban la mayor extensión de sus dominios. La nomenclatura de las parcialidades de esta vastísima familia llena mucho espacio. Pueden separarse nombres que abarcan sectores tribales, con los cuales es posible recortar en pocos trazos el dislocamiento de aquel mundo tupiguaraní.

Sobre la zona donde lindan las Guayanas francesa y brasileña vivían los emerillones, quienes, después de

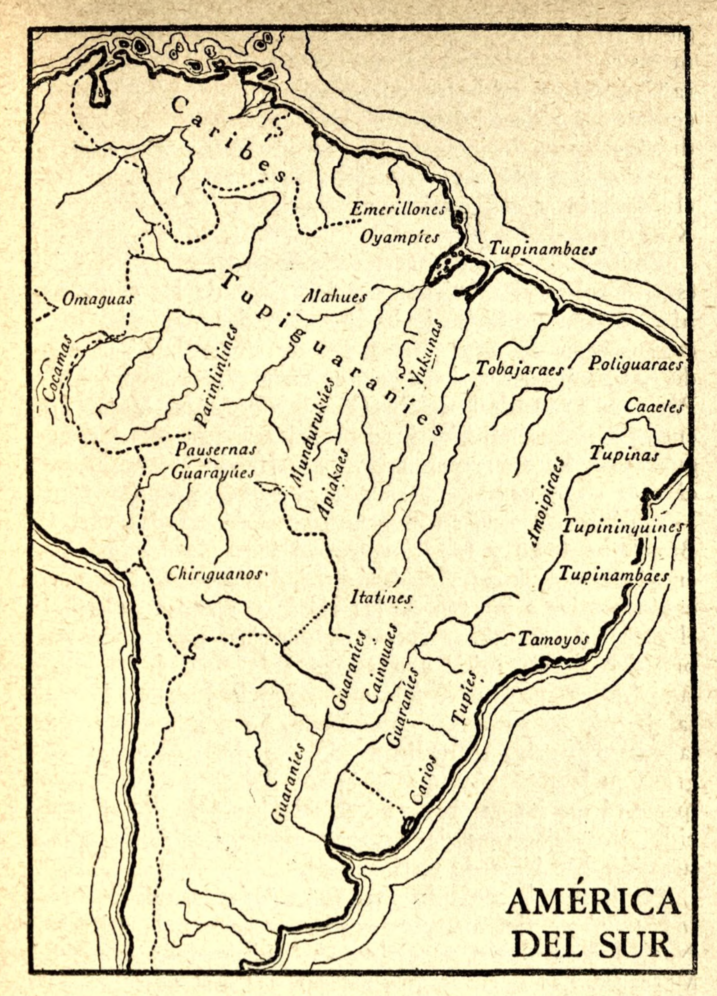
franquear el río Oyapok en el siglo XVII, expulsaron de allí a los caribes y a los aruacos. Detrás de ellos, y también cerca del océano, se establecieron los oyampíes.

En la boca del Amazonas, a orillas del río Pará, estaba una fracción de los tupinambaes; más al sudoeste, desde donde el Parnahyba desemboca en el Atlántico y hasta el Parahyba del norte, se hallaban los potiguaraes. Seguían luego los caeetés, que tenían como límite meridional el río San Francisco, a la vez frontera norte de los tupinambaes sureños, cuyas tierras se prolongaban hasta el río Camamú, más allá del cual se sucedían los villajes tupiniquines, aun sobre el actual estado de Espíritu Santo. Junto a ellos, y hasta el cabo Santo Tomé, habitaban los temiminoes, instalados también en algunas islas del Parahyba vecino; de allí, hasta la bahía Angra dos Reis, sobre la marina donde surgiría Río de Janeiro, vivían los tamoyos. Más al sur se escalonaban los tupíes y los carios, éstos últimos desde la barra de Cananea hasta las proximidades de la Laguna de los Patos.

Hacia el interior del continente, detrás de los carios, llamados asimismo guaraníes, por sobre las antiguas Misiones y en el Paraguay actual se extendían los guaraníes. Mucho más al poniente, en los contrafuertes andinos, eran señores los chiriguanos, y al norte de éstos, ya en las ramificaciones del Amazonas, se hallaban los guarayúes y los pausernas.

Alejados de la costa atlántica, otros núcleos tupiguaraníes desarrollaban su existencia, rezagados unos, repelidos por sus hermanos otros. En el río San Francisco, a espaldas de los tupinambaes del sur, estaban los tupinas y, ya en pleno sertón, los amoipiraes. En el alto Mearim, dentro del sertón del Marañón, vivían los tobajaraes, sin poder ver el océano; pues entre ellos y éste, el litoral estaba ocupado por los tupinambaes norteños.

La cuenca del Amazonas daba albergue a numerosos grupos tupiguaraníes. Para los canoeros, esos interminables senderos de agua circunscribían un mundo de elec-



Dispersión de tribus caníbales en América del Sur

ción. Al pie de los Andes, en el tramo inicial del Marañón peruano, estaban los cocamas. En una parte del Marañón, entre las bocas del Napo y del Yupurá, se sucedían las aldeas omaguaes. Del caudaloso Madeira eran dueños los parintintines, y los mundurukúes lo eran del Tapajoz. La ribera austral del Amazonas, seccionada por el Madeira y el Tapajoz, albergaba a los mahués, y el Xingú era de los yurunas.

Entre todos los viajeros, religiosos o seglares, que han escrito sobre el misticismo y los ritos de los tupiguaraníes, ocupa un sitio de honor el padre Andrés Thevet, cosmógrafo del rey Carlos IX de Francia. Es el autor de *Les singularitez de la France antarctique,* aparecida en París en 1558, de la celebrada *Cosmographie Universelle,* en 1575. Su material inédito relacionado con los tupiguaraníes ha sido analizado por Alfredo Métraux, especialista en el tema.

Andrés Thevet, en el transcurso de sus dos viajes al Brasil, en 1550 y 1555, interrogó a numerosos indígenas en diversas malocas. Con honestidad, sin tratar de fraguar cosmogonías a imagen de las clásicas, ajeno a su espíritu el deseo de asombrar con truculencias, ansioso de comprender y transmitir con apego a la verdad, ha escrito las páginas con que se inicia el conocimiento de la mentalidad de esa gran raza americana. La gracia de su estilo, la suave ironía, el realismo de sus descripciones hacen grata su lectura. Aunque el sabor del francés arcaico en que está escrita su obra va hacia lo insípido al ser traducido, no dejaremos de agregar algunos párrafos a esta sucesión histórica de testimonios.

Elegimos el capítulo *La antropofagía ritual de los tupinambaes,* del manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional de París, parcialmente publicado por Alfredo Métraux. Las noticias geográficas, las instrucciones náuticas, los datos relativos a las riquezas naturales, a las particularidades etnográficas del Brasil, otorgan real mérito al manuscrito, que tituló: *Historia de Andrés*

Thevet Angoumoisin, cosmógrafo del Rey, de dos viajes hechos por él a las Indias Australes y Occidentales. Conteniendo la forma de vivir de los pueblos Bárbaros, y la observación de los principales puntos que deben tener en su ruta los Pilotos y marineros para evitar el naufragio y otros peligros de ese gran océano, con una respuesta a los libelos de injurias, publicados contra el caballero Villegagnon.

Es el relato de los viajes efectuados por su autor a la América del Sur; el de 1550 con el piloto normando Guillermo Testu y el de cinco años después con el señor de Villegagnon. En el capítulo sobre la antropofagía se relata la visita que Thevet hizo al villaje de Mariampín, a orillas del Parahyba del norte, donde interrogó a cuatro prisioneros del interior condenados al sacrificio. Las solemnidades con que los indígenas acostumbraban rodear las ejecuciones rituales atrajeron los pasos del cosmógrafo, que dice bajo el subtítulo de *La manera como hacen la guerra, y la forma en que los prisioneros entran en los pueblos.*

"El más osado emprende la guerra, y lleva consigo el mayor número de hombres que puede. Pero antes de partir trazan un camino recto hacia el lugar al que desean ir. Y es cosa segura entre ellos que una vez hecho ese camino no desbaratan la empresa. Y así, después que han deliberado de llevar la lucha contra sus enemigos, comienzan a hacer provisión de harina de guerra. Hechos estos preparativos, parten y efectúan largas jornadas. Que si por ventura hallan alguna dificultad o una culebra en medio de su camino, súbitamente retroceden, diciendo que ese encuentro es un mal presagio para sus negocios. De regreso a su país, no acaban de llegar que *incontinenti* retornan y penetran hasta dentro del país de los tapuyas, sus enemigos. Observan los rastros que han dejado al pasar, luego los siguen. A menudo trepan a la copa de los árboles para poder descubrirlos mejor, y al advertir las humaredas que hacen, se aseguran del lugar donde se encuentran. Al alba cargan sobre ellos, y los sorprenden; matan a unos y toman vivos a otros. Si los tapuyas pueden tener un poco de respiro para empuñar sus armas, cargan furiosamente sobre los atacantes. Son mucho más valientes que nuestros amigos; pues

si éstos ven que han sido descubiertos, al instante se retiran, haciendo en tres o cuatro días el camino que hubieran tardado un mes en recorrer. Si los tapuyas los apresan, no los dejan penar. Pues no bien los atrapan les rompen la frente y allí los dejan, sin comerlos. Lo que no hacen los nuestros. Porque los comen con gran pompa y solemnidad, como podréis verlo en el capítulo siguiente.

"Esta nación de los tapuyas no come el cuerpo de sus enemigos cuando los han apresado; pero cuando ellos mueren, todos sus parientes se acercan y comen al muerto. Después que la carne y todo lo que puede comerse ha sido comido, cortan los cabellos muy menudo, y junto con esto machacan los huesos tan fino como pueden; estando todo así machacado, lo ponen en un potaje que hacen, de manera que nada se pierda. Dicen que la tierra no es digna de podrirlos. Volviendo a nuestros guerreros, en cuanto han tomado algunos prisioneros, envían inmediatamente a las poblaciones de los que están en guerra a advertir sobre lo que han hecho. Cumplido esto, hacen entrar a los prisioneros en la aldea, y los dejan conversar libremente con ellos, hasta el tiempo en que los deben matar. En ocasiones los guardan más de quince o veinte años, en otras no los conservan mucho tiempo. Esto depende de la voluntad del que los tiene. A menudo los casan con aquellas que les agradan: pero esto les significa poco placer, ya que a todos los hijos que con ellas tienen los matan y comen el día que dan muerte a los dichos prisioneros, sus padres, y los matan en su presencia, y ese día ponen en el potaje el resto de algún otro prisionero. Luego se congregan todos en la plaza en medio de sus pueblos, que llaman *Carbe*. Sentado el prisionero en medio de ellos, distribuyen a cada uno su parte y porción de lo que deberán recibir cuando sea ejecutado, de tal suerte que no queda miembro sobre él que no sea distribuído; sin embargo, no han de apresurarse a matarlo por eso.

"En el capítulo siguiente os describiré la forma en que los matan, y las ceremonias que observan cuando esto hacen, por haberlas visto y escrito con curiosidad todas sus ceremonias; pero habría sido necesario hacer esto con mayor amplitud."

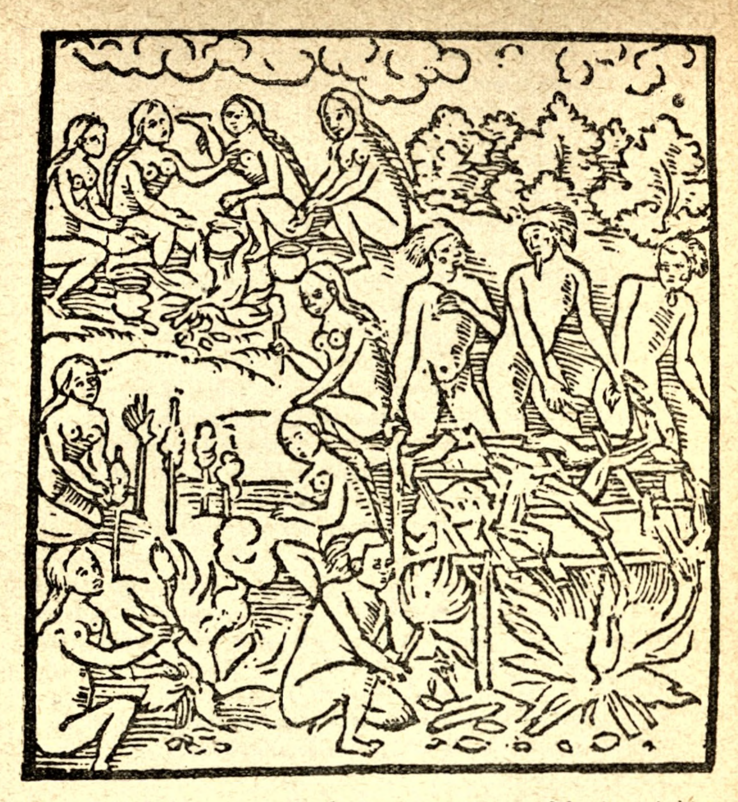
Prosecución de sus guerras y prisioneros

"Al día siguiente, que fué el de la ejecución, los prisioneros fueron conducidos a la plaza apenas aclaró. En ese lugar terminarían sus vidas.

"Aquellos que los acompañaban iban cantando y bailando. Eran portadores de la *musarana* (cuerda de algodón) sobre unos arbolitos. Al llegar al lugar mencionado quitaron la *musarana* de los pequeños árboles y la extendieron en toda su dimensión, y descendieron hasta la cintura de los prisioneros la cuerda que tenían atada al cuello, dejándoles libres los brazos. Sus esposas estaban junto a ellos, los tenían abrazados y lloraban con amargura. Las mujeres que habían adornado las espadas trajeron éstas y las cedieron a los que formaban fila, para que las manejasen. Consideran que trae fortuna a quienes las empuñan. Eso es presagio de que darán muerte a sus enemigos. Hecho esto presentaron la espada a uno de los principales, quien la entregó al escogido para hacer la ejecución. Después de haberla recibido fué hacia el prisionero, le mostró la espada, fingiendo querer golpearlo, y le dijo: "Ha llegado el momento en que es preciso que mueras, a fin de que venguemos a nuestros amigos, muertos por ti y tus amigos." "A esto, el prisionero, firme como una roca, respondió que no le apenaba su muerte, estando seguro de que sus amigos lo vengarían aunque tardasen." Terminadas estas palabras, *incontinenti* el que empuñaba la espada le golpeó los flancos, en tal forma que lo hizo trastabillar y caer por tierra. A fin de gozar del espectáculo trató de levantarlo por ver si podía tenerse en pie, lo que el prisionero no pudo lograr; viéndolo caído pasó encima de él por dos veces, luego le quebró la cabeza, cuya sangre, y lo que cayó del cerebro, no quedó mucho en tierra, pues una vieja lo recogió en una calabaza y, después de quitarle la arena, lo bebió crudo. Acto seguido pusieron el cuerpo sobre una gran hoguera, ya preparada desde antes de su muerte, con el objeto de pelarlo; tenían también una caldera con agua hirviente, para cocer lo que deseaban cocer. El resto lo entregaron a quienes había sido prometido tiempo atrás."

Desde una posición menos científica que la del cosmógrafo Thevet, para el estudio de las creencias religiosas y del misticismo de los tupiguaraníes, Juan Staden traduce en su libro *Vera historia de Juan Staden*, publicado en 1557, el volumen emocional de sus aventuras ocurridas entre las parcialidades indígenas de la costa del Brasil.

El alemán Juan Staden, natural de Homburgo, en Hesse, por dos veces viajó a tierra americana, la primera en una nave corsaria de bandera portuguesa; la segunda



Preparación de la carne sacrificada. En primer término el bucán; más lejos, los asadores de palo y luego las vasijas. (De Juan Staden).

en un navío de la armada de Diego de Sanabria, adelantado del Río de la Plata.

El 10 de abril de 1550 partieron las naves de la flota, que no vería nunca las riberas opalinas del gran río. El navío de Diego perdió la derrota, aportó meses después en la isla Margarita, de las Antillas. La nave en que tripulaba Staden fué despedazada por el oleaje en la costa brasileña, cerca de la isla de San Vicente. Acaecida esta desgracia, el arcabucero Juan Staden entró al servicio del rey de Portugal, en cuyos dominios se hallaba. Aliados los portugueses y mamelucos con los tupininquines, sostenían escaramuzas constantes con los tupinambaes que los asediaban desde el norte, y otras parcialidades tupiguaraníes que lo hacían por el sur. Staden ayudó a edificar una casa fuerte en la isla de San Amaro, cuya artillería y la del fortín de Bertioga, en tierra firme, protegían el acceso a la isla poblada de San Vicente, en cuyo contorno merodeaban indígenas adversarios.

Un día, mientras Staden atravesaba un arbolado, fué sorprendido y hecho prisionero por un grupo de tupinambaes. Vivió con sus amos por espacio de más de nueve meses. Destinado al sacrificio ritual, consiguió salvarse en virtud de la superstición de aquéllos, de la que supo aprovechar, y por cuyo medio atemorizó al jefe Nhaepepo Guazú.

Mediante una estratagema fué rescatado por el capitán de la nave francesa *Catalina Vatierville,* ya que su amo indio deseaba conservarlo consigo, pues lo amaba como a un hijo.

Las descripciones de Staden, sinceras y objetivas, están animadas de un punzante realismo. La zozobra de sus horas aciagas había grabado en su memoria los hechos insignificantes o graves que se sucedían y lo llevaban al suplicio. El capítulo XXIX de su libro es una síntesis verídica del rito sangriento. Lo reproducimos según la traducción de Edmundo Wernicke.

Con qué ceremonias matan a sus enemigos y los comen. Con qué los matan y cómo se manejan con ellos

"Ahora, cuando esto ha sucedido, hacen ellos un fuego, más o menos a dos pasos distante del esclavo; él debe ver el fuego. Luego viene corriendo una mujer con el palo *ibira pema,* dobla las orlas de las plumas hacia arriba, chilla de alegría, corre cruzando por delante del cautivo para que él lo vea.

"Cuando esto ha sucedido, toma un hombre el palo, va a pararse con él delante del cautivo, lo sostiene por delante de él (el esclavo) para que lo contemple. Mientras tanto aquel que quiere matarlo va con catorce o quince y engrisan con ceniza sus cuerpos... Luego viene el rey de las chozas y toma el palo y lo pasa a aquel que va a matar al cautivo, una vez por entre las piernas, lo que es un honor entre ellos. Entonces el que debe matar a éste vuelve a tomar el palo y dice luego: "¡Sí, aquí estoy yo!, yo quiero matarte, pues los tuyos también han muerto a muchos de mis amigos y los han comido." Él (cautivo) responde: "Cuando yo esté muerto, tendré todavía muchos amigos, éstos han de vengarme." Tras esto él le pega atrás en la cabeza, que le saltan los sesos. En seguida lo toman las mujeres (al muerto), lo arrastran sobre el fuego, le raspan toda la piel, lo dejan completamente blanco... Después, cuando la piel le ha sido raspada, lo ase un hombre, le corta las piernas por arriba de las rodillas y los brazos del cuerpo. Entonces vienen las cuatro mujeres y toman las cuatro postas y corren con ellos en derredor de las chozas y hacen una gran gritería de alegría. Después le cortan ellos el espaldar (separándolo) de la parte delantera; esto lo reparten entre ellos; pero las mujeres guardan las entrañas, las hierven y del caldo hacen una papilla, llamada *myngau;* ésa la beben ellas y los niños; ellas comen las entrañas, comen también la carne en derredor de la cabeza, los sesos en la cabeza, la lengua y lo que además se puede consumir lo comen los críos. Cuando todo esto ha sucedido, vuelve cada uno a su pago y lleva consigo su parte."

Los cronistas se suceden. A mediados del siglo XVI Juan de Léry tomó apuntes de excepcional sugestión, con los que redactó su *Histoire d'un voyage faict en la terre du Brésil.* En el mismo siglo el padre Manuel Nó-

brega escribió sus páginas, incluídas luego en las *Cartas Jesuíticas.* Los misioneros Yves d'Évreux, Claudio d'Abbeville y Fernando Cardim completaron el aporte de los primeros cronistas, a los que sucede la crónica jesuítica de los siglos siguientes.

Los investigadores eruditos, que el ansia de desentrañar los misterios de la América indígena hizo afluir a la parte noroeste del continente sudamericano, desbrozaron terreno para ulteriores estudios, como los de Alfredo Métraux, quien valiéndose de cronistas y etnólogos, ha publicado, en francés, trabajos altamente meritorios relativos a la vida material y, con más íntimo empeño, a la proyección espiritual de los pueblos tupiguaraníes.

IX

Al norte de México, en las llanuras, en las zonas de montaña, en las desmedidas costas golpeadas por océanos, que alcanzan las aguas polares, un mundo indio era agitado por la vida. Todos los climas, todas las características geológicas ofrecían su hospitalidad a innúmeras tribus. La prosperidad material o la penuria, las danzas y los gritos de victoria o la dura esclavitud, la invasión o el éxodo, la vida y la muerte se sucedían desde tiempo ignorado.

Impelidos por instintos primarios de conservación y de conquista, guiados por las partes más excelsas del espíritu rumbo a la superación, hacia los campos elevados del arte, de las industrias, de la armonía tribal, camino del mejoramiento de las formas de vida y del progreso intelectual, los hombres gastaban su existencia. De caracteres físicos dispares, de lenguas distintas, de concepciones ideológicas tampoco iguales, los pueblos del norte de América chocaban entre sí en busca de expansión o alimentos, tendiendo cada uno hacia el polo de sus ansias: la ballena, el salmón, el búfalo, la sementera, la sierra, la planicie, el río y el mar.

Agrupadas las familias, los clanes, las tribus en sectores raciales o lingüísticos, es dable apreciar en los mapas etnográficos el intrincado mosaico que invasiones y guerras formaron sobre el vasto territorio.

Las conquistas francesa e inglesa fueron en estas Indias Occidentales más tardías que la ibérica. Desde principios del siglo XVI, en que Juan Ponce de León marró en un intento de acostar en la Florida, repelido por el ataque de una flotilla de ochenta canoas de los indios calusas, un espacio de dos siglos transcurrió antes que los



La maza con que la víctima será ejecutada recibe los últimos adornos. En el segundo plano se engalana a un prisionero. (Según De Bry.)



Ejecución ritual de un guerrero vencido. Sus esposas accidentales lloran su muerte. (Según De Bry.)

foxes de Wisconsin o los tlinguites de Alaska u otras tribus indígenas fuesen descubiertas.

Ausentes lo monumental arquitectónico, los imperios, las grandes urbes, como existían en México, Yucatán, Colombia o Perú, poco interesó a los conquistadores el pasado de los pueblos nuevos; no trataron de indagar en su mentalidad ni en sus organismos sociales. La invasión española, con ser cruenta y enconada como toda conquista, llevaba también tras las rodelas de acero sentimientos de amor, de convivencia, el arraigado concepto de poblar, de fundar, de construir, sin que los naturales fuesen excluídos del nuevo mundo por crearse. Es verdad que las irradiaciones del oro encandilaban no ya la mirada, sino la conciencia de muchos; cierto es que las huestes españolas, miserables manojos de hombres en las medidas enormes de América, no habían padecido las zozobras del mar ni tenían las entrañas roídas por el hambre y la sed ni se desangraban por las heridas profundas de los ástiles indios ni veían morir a sus compañeros en las largas marchas sin una finalidad: la conquista, derecho tácito de los fuertes. Gestas maldecidas. Sin embargo, la historia del progreso de la humanidad las señala de continuo en el comienzo de toda evolución y de todo progreso.

España dió en la conquista de las Indias el cuadro singular del abrazo a la raza vencida. Así Domingo de Irala reconoció por sus hijos legítimos y muy amados a los que hubo de sus criadas guaraníes; así la fundadora de Buenos Aires fué una mestiza, doña Juana de Zárate, y así se produjeron en la primera generación hispanoamericana historiadores como el Inca Garcilaso de la Vega, y los ejemplos se multiplican. España puede mencionar con sobrado orgullo el nombre de fray Bernardino de Sahagún, el sabio investigador de la religión de los aztecas, y a fray Juan de Torquemada y al padre Las Casas y a los misioneros franciscanos y jesuítas y a un número crecido de hombres de gobierno que se preocu-

paron por el bienestar de los vencidos e investigaron las particularidades de su cultura, su historia o sus características raciales.

En la conquista de los países situados al norte de la frontera mexicana no pudo realizarse esa etapa que sigue a la lucha primera. Quizá la ausencia de verdaderas ciudades, de naciones, o la hostilidad de las tribus nómades y la falta de sumisión, o la premura en desbrozar los campos de malezas y de hombres, hizo que la destrucción del elemento humano fuese casi total. En alguna proporción, esta diferencia entre la conquista del continente desde el río Grande hacia el Sur y la efectuada desde ese límite hacia el Norte puede apreciarse con el recuento de los indígenas puros y de los mestizos existentes en la primera dirección y los pocos que en las reducciones oficiales se conservan hacia el Norte, como en museos vivientes.

La carencia de obra erudita en época de la conquista, de elementos materiales de juicio, con excepción de los túmulos del sudeste, hace que el pasado de las familias indígenas de la América del Norte, excluyendo a México, sea de difícil acceso. Se ha tratado de remediar en parte esa laguna con la investigación científica, en la que tiene lugar de privilegio el *Bureau of American Ethnology*. El presidente Tomás Jefferson predicó, desde 1804, el estudio de las tribus nativas, en todos sus aspectos. A fines del siglo pasado el *Bureau*, en colaboración con la *Smithsonian Institution*, comenzó a publicar sus grandes volúmenes, debidos a técnicos de probada competencia. El conocimiento de las lenguas nativas facilitó que los jefes relatasen la historia de su linaje, la forma de los mitos tribales, la tradición oral. Al ser agregados el estudio de la cultura material y el dato etnológico hízose de la biblioteca del *Bureau* una obra de real valía.

En muchos de esos relatos míticos y de esas leyendas aparece con insistencia el espíritu caníbal. Hombre, gi-

gante o ser extraterreno, el caníbal deja oír su grito y sus silbidos que estremecen. Este recuerdo, en hombres que ya no estaban poseídos por el fervor antropofágico, sugiere que en época pretérita lo estuvieron, o que la vecindad de tribus caníbales dejó en su memoria el horror del rito doloroso. La leyenda, que recorre el largo sendero de las generaciones, siempre guarda un fondo de verdad.

El panorama indio de los Estados Unidos y del Canadá deja entrever como por los agujeros de un harnero un mundo en que la antropofagía abarcaba dilatadas zonas. En numerosas partes del extenso territorio ha sido anotada la evidencia palmaria de actos de sacrificio ritual de prisioneros de guerra, seguidos del consumo de su carne. En la costa del Pacífico existían, hasta finar el siglo pasado, sociedades secretas caníbales que celebraban, regidas por estricto ceremonial, la devoración de cautivos y de cadáveres disecados. Los danzarines caníbales acostumbraban, en una de sus ceremonias, morder el brazo izquierdo de las personas de la aldea, y tragar el trozo arrancado.

Entre los tlinguites, los tsimshianes, los haidas de Alaska y la Colombia Británica, cremadores de sus muertos, fabricábanse maniquíes rellenos de salmón o caza, que comían en actos copiados de la ceremonia caníbal. Se anota que algunos cuaquíutles del sur y los catlolcs de familia salish, en tiempos recientes, remedaban la estructura de un cuerpo momificado, liando hipogloso seco a un esqueleto, y poniendo sobre el cráneo una cabellera escalpada. Podemos ver restos del prístino sacrificio ritual en las torturas con que muchos indígenas daban muerte a los prisioneros, por medio del fuego, arrancándoles jirones de piel y de carne, escalpándolos; y no es erróneo el advertir ansias de asimilar partículas del guerrero vencido en el hecho de que los miembros de la tribu, de los talkontinos como ejemplo, untasen su cara, pecho y brazos con la sangre de las despedazadas víctimas.

El endocanibalismo, acción mística de comer el cuerpo de los deudos muertos, se contaba entre las prácticas de los naturales de la América del Norte; surge de épocas muy antiguas, como sobrevivencia de otros estratos de cultura. En la escala de esta creencia figura la cremación de los cuerpos. Se asevera que entre los indios pomo del sudoeste de los Estados Unidos, ya puesto el pariente sobre la pira, sus familiares cortaban pedazos del muerto y los comían. En los estados del sur, sobre el golfo de México, los attacapas y los chitimachas bebían disueltas en líquidos las cenizas de sus deudos. Con la misma intención subconsciente, en algunas parcialidades caribes se calcinaba el corazón de parientes o amigos y se bebían las cenizas en agua, y los salivas del Orinoco pulverizaban los huesos de sus deudos y, mezclado con un líquido, ingerían ese polvo, denso para ellos de substrato espiritual, incorporándolo a su ser en piadoso homenaje.

Otros caribes de más al interior de Cayena extraían los huesos de los cuerpos ya descompuestos, los calcinaban y bebían, expresando así su arraigada convicción de que el físico y el flúido espiritual estaban misteriosamente ligados. De esta manera, parte del alma del desaparecido entraba a circular en la fuerza anímica de quien ingería trozos de su materia espíritu. Esos mismos indígenas conservaban huesos de sus familiares colgados dentro de sus bohíos, o los llevaban consigo, siguiendo su teoría animista. Los repartían también entre los amigos fieles y eran empleados en sus prácticas de hechicería y adivinación. En el norte de América los cuaquiutles septentrionales y los carrieres de la meseta del noroeste tenían en uso esta práctica. Cremados los cuerpos, técnica funeraria obtenida de los tsimshianes, los deudos, la esposa en particular, llevaban los huesos calcinados del muerto durante todo el tiempo del duelo.

El endocanibalismo, la ingestión de cenizas, el culto de los huesos están ligados entre sí como expresiones de



Dispersión de las tribus caníbales en América del Norte.

un mismo sentimiento de piedad; de éste, otra forma peculiar es la unción del rostro y del cuerpo con las exudaciones del cadáver, ya que por la piel pueden absorberse ciertas sustancias. Los simalkamines, de la familia chilcotin, los carrieres, los yokia pomos y otros más al sur, entendían, como en diversas partes del mundo antiguo extraamericano, que el untarse con la sangre o las exudaciones equivalía a incorporar parte del cuerpo anímico del muerto. Con este deseo la viuda pomo ungía su frente con una mezcla de alquitrán y cenizas del esposo fallecido.

En los territorios al norte de México, distintas razas, en alejados ciclos de cultura, vivían en contacto de amistad o de odio; agricultores avanzados, junto a nómades y cazadores inferiores; gente con menguados atisbos del concepto de la divinidad, frente a congregaciones regidas por profundo sentimiento religioso; hombres pequeños de ojos sesgados, cerca de individuos de atlética complexión, ojos horizontales y nariz aguileña. Como consecuencia de ese entrechoque de corrientes humanas dispares, remolinos, rápidos, estancamientos, mezclas íntimas de las aguas se formaron en la constante y avasalladora fermentación de la vida.

Dentro del sentimiento místico de la antropofagía, latente en los pueblos que pasan de la bestialidad al círculo auroral de la superación por las vías del espíritu, todas las parcelas del ciclo aparecían en el paisaje inmenso del continente americano al norte de los lindes mexicanos, desde comer un trozo del corazón aún palpitante del guerrero caído, hasta las más avanzadas comuniones. Las sociedades secretas caníbales, cuyo centro de dispersión se sitúa entre los heiltsukes, núcleo norteño de los cuaquíutles, ofrecen un ejemplo característico, ya que en las danzas llevadas por ellos a toda la costa noroeste coinciden diversos elementos unidos en un solo rito: el sacrificio ceremonial, la comida de cadáveres de parientes o no y el arrancar trozos de carne de las personas vivas.

Los datos históricos sobre los pueblos o las tribus de los Estados Unidos y el Canadá que han tenido por práctica algunas de las formas de la antropofagía pueden distribuirse, en ajustado resumen, de esta suerte: En la Florida y parte de la zona de los *mounds*, túmulos, los indios calusas, vistos por los españoles a principios del siglo XVI. Cumplían sacrificios humanos; en el combate escalpaban a los caídos, a quienes hacían padecer torturas y el despedazamiento. En época anterior a la conquista efectuaron el canibalismo ritual, como los túmulos atestiguan.

Las tribus attacapas se situaron en el sudoeste de Luisiana, sobre el golfo de México y hacia la margen occidental del río Red. Su nombre está formado por las palabras *hatak*, hombre, y *apa*, comer. Sobre estos comedores de hombres anota J. N. B. Hewitt en el resumen escrito para el *Handbook of American Indians:* "Dice Perricaut que, hacia el fin del año 1703, dos de los tres franceses que Bienville envió por el río Magdalena para descubrir qué naciones habitaban esa región, informaron al regresar que habían penetrado más de cien leguas, encontrando más de siete diferentes naciones y que en la última uno de sus camaradas había sido muerto y comido por los salvajes, que eran antropófagos. Esta nación se llamaba attacapa." El endocanibalismo era por ellos conocido, en el eslabón de las cenizas.

Los caddos tuvieron su primer habitáculo en el alto río Red, en Luisiana. Alicia C. Fletcher, especializada en el estudio de esta confederación de tribus, afirma que es de toda evidencia que ejercían el canibalismo ritual con prisioneros de guerra. La familia lingüística tonkawan, cuya principal tribu era la tonkawa, establecida durante los siglos XVIII y XIX en Tejas central, está señalada, tanto por la tradición como por las fuentes históricas, como antropófaga. Así ha sido considerada por sus vecinos. Junto a los tonkawas, hacia la frontera de México y a orillas del golfo vivían los

karankawas, guiados también por el instinto de la venganza y de la renovación.

En el sur, otro grupo de indígenas que estaba asociado al culto de la incorporación del alma de los muertos era el pomo. Entre la Cadena Costera y el Pacífico, en una zona que comienza en las proximidades del cabo Mendocino y termina en Santa Rosa, los indios pomos llevaban, en época postcolombina, su existencia de ideal pacífico. Cumplían el rito antiguo de conservar en ellos parte del espíritu del muerto querido. Ya que el alma era inmortal y habitaba en la materia humana, podía transferirse con sus esencias misteriosas a los que permanecían en la vida. Como exaltación del amor y del recuerdo ofrecíase un féretro viviente al que debía partir; y así después, cuando la fecha última llegase, una parte íntima del alma sobreviviría trasladada al espíritu de los amigos: consuelo que el hombre buscaba para sobrellevar la existencia y apoyarse en el trayecto.

Tribus de filiación caníbal domeñaban territorios al este del Canadá y de los Estados Unidos. La micmaque, de afinidad lingüística con la gran familia algonquina, tenía su residencia, cuando Sebastián Gaboto la visitó en 1497, en Nueva Brunswick, Nueva Escocia y la isla del Príncipe Eduardo, que rodean las aguas del golfo de San Lorenzo. Más al sur, en el Nuevo Hampshire, se sucedían los maines. Y luego, como una daga hundida en tierra algonquina, la familia iroquesa tenía por suyas las márgenes del río San Lorenzo, en todo su curso, y desbordaba los lagos Ontario y Erie. El navegante francés Jacobo Cartier descubrió a los iroqueses en 1534. Este pueblo, cuya dignidad y altos conceptos morales eran apreciados, cumplía la antropofagía ritual en mayor proporción que sus vecinos. Cuentan misioneros el sacrificio de una cautiva, cuyo cuerpo, seccionado, fué remitido por sus poseedores, como presente lleno de sugestión, a otros villajes. Con ellos la comida fúnebre fué realizada.

Hacia el centro del continente acrecentábase la densidad numérica de los comedores de hombres. Casi todos ellos pertenecían a la familia algonquina, que prolongaba sus dominios desde las Montañas Rocosas hasta el Atlántico y desde el río Churchill hasta el estado de Kentucky. Todos los datos serios coinciden en establecer que la sola idea de comer carne humana fuera de las prescripciones del rito era rechazada por los indígenas de la América del Norte.

De las márgenes del lago Hurón a las del Superior y sobre el actual estado de Minnesota, se hallaban establecidos los chippewas. Jaime Mooney y Cyrus Thomas, en el artículo concerniente a los chippewas, que firman en el *Handbook of American Indians*, al referirse a la idealidad antropofágica de aquéllos traen testimonios de los que dan fe: "Warren, nunca dispuesto a admitir datos tendientes a rebajar el carácter de su pueblo, afirma que, de acuerdo a la tradición, la parte de la tribu que vivía en La Pointe practicaba el canibalismo; mientras el padre Belcourt asegura que aunque los chippewas del Canadá trataban a los vencidos con la más horrible barbarie y, en ese tiempo, comían carne humana, miraban el canibalismo, fuera de esas condiciones, con horror." Este pueblo valiente, de garbosa apostura, laborioso, honraba al guerrero que daba muerte a un enemigo con el timbre heroico de serle permitido usar dos plumas de águila sobre la testa; pero cinco era el número de ellas cuando conseguía traer asido a un prisionero vivo, con el cual efectuar el sacrificio y el banquete solemnes.

Los miamis, que habitaban al sur del lago Míchigan y en el valle del Mississipí; los illinois, al sur del estado de Wisconsin, en parte de Iowa y Missouri y hasta la ribera oeste del Mississipí, y los menominis en el Wisconsin, todas tribus algonquinas, fueron en otros tiempo devotas del canibalismo ritual. Los menominis, hallados en la boca del río Missouri al principio del siglo

XVII, poseían una copiosa literatura oral, que recogió Walter J. Hoffman en su libro sobre estos indígenas, por desgracia muy tarde ya. No obstante, la presencia del espíritu caníbal cruza el recuerdo de lo ya abolido.

Los kickapos y los foxes, del grupo central de los algonquinos, situados entre los ríos Fox y Wisconsin, se unían por sus características religiosas a las tribus ya enumeradas como antropófagas; también lo hacían los cris, de la misma familia, que se trasladaron desde el río Saskatchewan y el lago Winnipeg hasta la bahía de Hudson.

Al occidente, en las fuentes del río Missouri, sobre las Montañas Rocosas, tuvieron su prístino habitáculo los kiowas. Descendieron hacia el sur en migración belicosa, arrastraron consigo a los comanches; sus incursiones fueron asolamiento de Tejas y de las fronteras con México, llegando hasta más allá de ellas. Guerreros sanguinarios, dejaron en los invasores blancos un amargo recuerdo de la lucha entablada. Los datos históricos los inscriben en la lista de los señalados como caníbales.

En el extremo norte del continente extendía su teoría de tribus la familia lingüística athabasca, desde la bahía de Hudson hasta Alaska y desde las tierras estériles vecinas del océano Ártico, ocupadas por los esquimales, hasta la frontera estadounidense. Mucho más al sur existía otro grupo de aquella familia, que ocupaba la región que limita, en un extremo, el río Colorado, en Arizona, y en el otro el tramo final del río Grande, con una franja de terreno dentro del México actual. Aquéllos del Canadá, sujetos a una existencia difícil, no elaboraron una cultura original, asimilaron las formas de vida y el sentido religioso de los cultos tlinguites y tsimshianes que se hallaban en la costa del Pacífico.

Hacia donde señalan las islas Aleutianas, en los contrafuertes costeros de los montes San Elías, hasta más al sur del río Skeena, toda la costa oceánica estaba en poder de tres grupos de tribus cuyo índice somático,

lengua y costumbres los unían estrechamente: los tlinguites, hasta el río Nass, los haidas de las islas Príncipe de Gales y Reina Carlota, y los tsimshianes, en tierra firme. Hombres pequeños, de párpado mongólico. Pescadores excepcionales, poseían perfeccionadas embarcaciones de troncos de cedro. Como pintores y escultores ningún otro pueblo de la costa noroeste logró superarlos. Finos en todas las expresiones del trabajo manual, sus casas, su indumentaria, los objetos de uso diario mostraban una hechura inteligente y un acabado artístico. La música, el canto y el baile alcanzaron en ellos alto nivel, y su misticismo profundo dió a las manifestaciones de su espíritu un sentido elevado, donde la fantasía y el magismo se unieron en la creación de un mundo mitológico. Guerreros también y heroicos defensores de su prez, mantuvieron sus tierras con firmeza y no cayeron en la esclavitud. La invasión blanca llevó hasta ellos las naves vatídicas de su ruina en 1741; Chirihoff y Bering los encontraron. En 1744 Juan Pérez acostó su carabela *Santiago* en las islas de los haidas.

A estos tres grupos de tribus, que formaban uno solo, seguía la familia lingüística wakashan, que comprendía a los cuaquíutles y a los nutkas, de la Colombia Británica. Habitaban la costa al sur del río Skeena, la isla de Vancouver y el extremo norte del estado de Wáshington. Tampoco diferían éstos de sus vecinos del norte, con quienes grandes afinidades eran visibles en su cultura material y, especialmente, en la espiritual.

En algunos rasgos, estos pueblos manifestaban similitud con los tupiguaraníes y los aztecas. Entre los más definidos pueden enumerarse: el culto caníbal, las ideas sobre el más allá y la existencia del alma, la exacerbada religiosidad y la observancia estricta del ceremonial dispuesto para todos los actos de la vida tribal, el heroísmo y el poco temor a la muerte, el genio musical y artístico, desarrollado de acuerdo al mayor o menor grado cultural de cada sector, la obsesión de la danza de carácter

místico y la existencia de casas de baile, como las *cuicacalli* mexicanas y la casa mítica del gran hechicero Guyraypoti, transportada en vuelo a las llanuras del Gran Transformador. Los silbatos y las sonajas eran usados en el acompañamiento de los bailes. Las maracas tupiguaraníes, como las sonajas de Tenochtitlán o de los cuaquíutles, eran objeto de hechizos. Las aztecas tenían la forma de adormideras grandes o estaban unidas al bastón de ritmo, conocido también por esos tres grupos americanos; en este último caso se la llamaba *chicahuaztli.* Tanto en los tupiguaraníes como en los mejicanos o los indígenas de la Colombia Británica, la costumbre supersticiosa de cambiar de nombres en especiales circunstancias era común. Adoptaban el nombre del adversario cuando le habían dado muerte, sacrificado o comido. En las historias de familia de los tsimshianes o los cuaquíutles, los personajes toman tantos diversos nombres que, en ocasiones, es difícil identificarlos. La familia del ejecutor o el villaje entero tomaban un nuevo apelativo en oportunidad de efectuarse un sacrifico ritual, para evitar la venganza del muerto o un castigo predicho por los hechiceros. Para esta existencia o para la ignorada, dioses y mortales mexicanos tenían nombres adecuados a sus transformaciones.

Existe copiosa información referente a los tsimshianes, a los haidas y a los cuaquíutles, ya que por haber entrado tarde en contacto con los europeos se hallaban poco destruídos cuando en los Estados Unidos hubo interés por el estudio de los aborígenes.

Diversas formas de la antigua idealidad antropofágica convergieron y se pusieron en armonía en las danzas caníbales que las sociedades secretas hicieron difundir en el siglo pasado.

Por todo el territorio de la América al norte de México existían cofradías de carácter secreto, y con sentido esotérico, destinadas a penetrar los abstrusos senderos de la religión y a transmitirlos a los miembros que se sucedían a través de las generaciones. Eran centros de

elegidos, de personas principales, de jefes y shamanes, ensalmadores, donde las tradiciones tribales perduraban y se enriquecía el acervo cultural. Propósitos de curanderismo animaban a unas logias, mientras que de otras el obtener de las potencias invisibles la lluvia y la abundancia era la misión. En las llanuras predominaban las sociedades guerreras, existentes también en otras zonas. El noviciado, la iniciación, el adquirir grados constituían momentos trascendentes en la vida de los miembros, verdaderos hierofantes en ese sacerdocio.

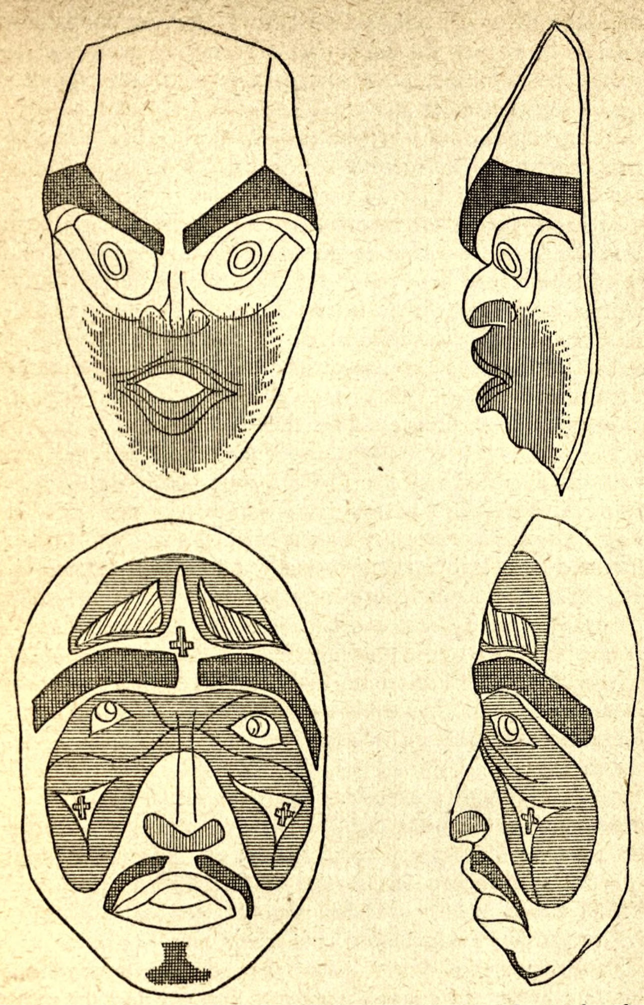
Entre los cuaquíutles existían sociedades secretas cuya creación se atribuía a seres supraterrenos. La principal de ellas había sido inspirada por el espíritu del Gran Caníbal; reunía las tradiciones populares y las formas, propias o adquiridas, de la antropofagía ritual o piadosa. El núcleo cuaquíutl del norte, que hablaba el dialecto heiltsuk, compuesto por las tribus bellabella, china hat, wikeno y koskimo, fué el iniciador de las cofradías caníbales; individualmente los bellabella. De ellos, por vía de casamiento o de guerra, la forma del rito pasó, hacia el norte, a los tsimshianes, a los haidas, a los carrieres del alto Skeena y a los tlinguites. En dirección sur extendióse también el ritmo de la danza y los agudos gritos del caníbal; adoptaron la nueva institución los cuaquíutles del sur, los nutkas de la isla de Vancouver y los comoxes y bellaculas, tribus de familia salish asomadas a la costa. Durante todo el siglo XIX propagóse el imperio de las sociedades que inspiró el Gran Caníbal.

Los mitos y las leyendas cuentan de diversa manera el milagro de la anunciación. Unas veces es un cazador de osos que se encuentra, en lo más intrincado del bosque, en una alta montaña, con la casa de baile del Gran Caníbal, que vive allí rodeado del Oso, del Cuervo, del Hoxhok, un ave mítica, y de otros espectrales personajes. El cazador alcanza la iniciación en los misterios del baile sagrado, que luego, profeta entre los hombres, transmite a éstos. Otras veces es en sueños que el

mortal adquiere el conocimiento místico, o en las nebulosidades del mito los seres extraterrenos hacen aparecer la casa de baile en la aldea, y dentro de ella queda el ungido con las máscaras de los cuarenta iniciados ultramundanos, que usan otros tantos danzarines, hombres y mujeres, los primeros iniciados humanos y fundadores de la sociedad.

Los modos de la antropofagía usados en las sociedades secretas reúnen a muchas costumbres anacrónicas entre sí, empleadas por las tribus de la costa en distintas épocas o llegadas hasta allí desde el interior del continente. El endocanibalismo, tan antiguo en la historia del hombre, era practicado por los pueblos costeros e ingresó en el ritual danzante. Esa práctica funeraria disponía que de los cadáveres fuesen extraídas las vísceras y quemadas, mientras que el cuerpo, relleno de corteza de cedro y vestido con las mejores galas, era puesto entre las ramas de los árboles en una caja decorada. Este procedimiento convertía al cuerpo en una momia, lo que se acentuaba en ocasiones al lavarlo con sal y secarlo por medio del fuego. De estas momias comía el caníbal en la ceremonia ritual. La cremación total de los cadáveres se usaba también, hacia el norte con mayor frecuencia, mientras la conservación de los cuerpos era privativa de jefes y shamanes. Pequeñas construcciones funerarias, a manera de bóvedas, se levantaban con madera de cedro, cerca del mar.

La antropofagía ritual con prisioneros de guerra era comúnmente efectuada. Los esclavos podían ser adquiridos por los danzarines caníbales, que comían cruda la carne del sacrificado, hombre o mujer. Guillermo Christie Mac Leod, de la Universidad de Pensilvania, en su erudito trabajo *La antropofagía mortuoria y ritual en la costa noroeste de Norte América*, repite descripciones de Franz Boas, donde se ve al propietario de un esclavo herir mortalmente a éste, que se dirige tambaleante hacia la playa para morir. Los asistentes del caníbal lo si-



Máscaras usadas por los bellaculas en el baile caníbal. Arriba: la del danzarín caníbal. Abajo: la del asistente. (Del American Museum of Natural History.)

guen de cerca, y una vez muerto lo llevan para ser comido. Los huesos de cautivos y esclavos eran arrojados a lo hondo del mar; pues se temía que, de ser albergados en una sepultura, el alma del muerto volviese.

Entre algunas tribus cuaquíutles, al igual que en la religión azteca, la víctima era obligada a bailar y participar en las ceremonias de su propia ejecución. E. C. Curtis da los detalles del sacrificio de una esclava en el año 1875. La mujer debió bañarse y peinarse. Luego bailó por cuatro veces en torno del fuego en la casa templo. Después la ultimaron de un hachazo. Su cuerpo fué despedazado y se hicieron tiras de la carne, que los concurrentes comieron, sin masticar, como el rito indicaba. Relata Curtis, asimismo, la escena en que un danzarín caníbal mató a una esclava mordiéndole el cuello. El caníbal arrancaba con sus dientes trozos de piel del antebrazo izquierdo o del pecho de las personas de su tribu, cicatrices que luego mostrarían con orgullo.

Las sociedades secretas, constituídas por las clases superiores de las tribus, llegaron a ser todopoderosas, y los danzarines caníbales que ocupaban los grados más altos en ellas venían a ser los directores, no sólo espirituales, sino también políticos, y entendían en las cosas de la guerra. Durante la estación sagrada invernal, las sociedades eran el único gobierno de los clanes.

Las congregaciones caníbales estaban integradas por un número exacto de miembros, que difería según la inspiración que las había creado. Junto al Gran Caníbal tomaban asiento iniciados cubiertos con las máscaras representativas de los seres entrevistos en el mito. Como uno de los más importantes personajes se hallaba una mujer, señalada como la hermana del caníbal; era la Mujer Rica, llamada también Kincalala. Ella era la encargada de traer en sus brazos el cadáver que había de ser devorado, y del que ella comía cuatro pedazos. En calidad de acompañantes figuraban los *nunlemala*, locos, guardias armados de hachas y lanzas, que tenían la misión, dentro de



Despedazamiento del caído. (Según De Bry.)



La comida ritual. (Según De Bry.)

la casa de baile, de cortar y distribuir el cuerpo de las víctimas. Una docena de *heliga,* servidores, estaban encargados del cuidado de los cadáveres destinados al rito.

El período del noviciado comprendía un espacio de tiempo en que el elegido debía alejarse de su aldea y vivir retirado en los bosques, pues se suponía que era llevado lejos por un espíritu sobrenatural. A su regreso, voluntario o traído por los miembros de la congregación que le daban caza, la comida mística tenía lugar. La ceremonia de la iniciación podía ocurrir en el bosque mismo, donde los maestros decapitaban un cuerpo, daban la cabeza al neófito, verificando el viejo culto a los cráneos, y las extremidades y el resto de la carne eran comidos por aquéllos.

Aunque con distinto nombre, pues en el norte se llamaba *olala* y en el sur *hamatsa,* el sentido político, místico, social o guerrero del danzarín caníbal y de la sociedad secreta en que él ocupaba la más alta jerarquía era el mismo, con pequeñas variantes en los atavíos, en el baile, en la música, en el número de iniciados.

De las fuentes auténticas, en convivencia con las tribus de Fuerte Ruppert, en la Colombia Británica, Jorge Hunt, de sangre cuaquíutl, poseedor de la lengua indígena, tomó al dictado los relatos de los jefes que hablaban con orgullo de las tradiciones familiares. Al responder a preguntas exactas, pudo obtenerse datos copiosos sobre la vida material, costumbres y creencias de los cuaquíutles. Toda esta información fué prolijamente revisada por el sabio Franz Boas, que agregó anotaciones, y luego, estructurada la obra, se publicó en 1921, en el 35º *Informe anual* del *Bureau of American Ethnology* al *Smithsonian Institution,* en dos grandes volúmenes, donde el texto cuaquíutl figura junto al texto inglés.

Se reproduce a continuación el relato mítico, entrelazado con el recuerdo histórico, de la iniciación de los somxolidexes por Cuxelal, esposa de Baxbakwalanuxiwe,

el Caníbal del Extremo Norte del Mundo. Este nombre puede ser interpretado también como "El primero que comió un hombre en la boca del río". Mac Leod, en apoyo de opiniones de Boas y Curtis, dice que los cuaquíutles sentían al océano como un gran río corriendo hacia el septentrión; era el río del Caníbal y su boca estaba en el norte. Concebir el océano como un río hace entrever en la intuición de los cuaquíutles una ribera lejana. Concepto que en la Europa medieval no se tenía del mar de occidente; por el contrario, la idea de un derrumbe de las aguas amilanaba a los mareantes.

El mito del Caníbal del Extremo Norte del Mundo era repetido en la costa como uno de los milagros de la revelación.

BAXBAKWALANUXIWE

"Los somxolidexes vivían en un lugar llamado Somxol, y su jefe era Paselal. Siempre estaban felices porque su número era grande. Sólo usaban el ceremonial *lewelaxa*; no tenían ceremonial de invierno. Súbitamente, aquellos que se alejaban de sus casas comenzaron a desaparecer; y no mucho antes la hija de Nenwacawa, una muchacha núbil, había sido arrebatada. En aquel entonces el jefe Paselal era el último de su estirpe; por eso, el jefe Paselal fué sin temer nada, ya que era un guerrero; su nombre de guerrero era Yagis. Llevaba una filosa maza de hueso para matar al que estaba haciendo desaparecer a la gente de su tribu. No regresó, aun cuando llegó la noche, y por eso los tres hijos de Nenwacawa dijeron que a la mañana siguiente irían a buscar a su jefe Paselal; porque Nenwacawa, su mujer y sus tres hijos eran los únicos que aún vivían. En vano Nenwacawa aconsejó a sus tres hijos que no fuesen. Sin obedecer, dijeron: "Iremos cuando llegue el día." Aguzaron sus flechas, repararon las cuerdas de sus arcos, y cuando el día llegó, los tres hermanos partieron. El mayor, Powedzid, fué el conductor. Lo seguía Aekoca, y después Wakas, detrás de sus hermanos mayores. Llevaban listos sus arcos. Encontraron las huellas de Paselal, que siguieron por buen espacio. Hicieron largo camino dentro del bosque, y encontraron una mujer sentada en el suelo a mano derecha del rastro. Era una anciana. Los tres hermanos fueron llamados por la mujer; y el más joven, Wakas, hizo una

demanda a sus hermanos mayores: "¡Vayamos hacia ella, y oigamos lo que tenga que decirnos!", así dijo. Los hermanos mayores no querían detenerse, porque caminaban aprisa, tratando de descubrir a quién pertenecían las huellas que seguían. Así dijeron los hermanos mayores. Wakas replicó: "¡No digáis eso! Nosotros no sabemos qué desea decirnos la mujer, sea bueno o malo. ¡Vayamos y escuchémosla!" Así dijo. Entonces fueron al lugar donde estaba sentada en el suelo; y la mujer habló, y dijo: "¿A dónde vais, muchachos?" Así dijo. En seguida el más joven, Wakas, respondió, y dijo: "Vamos a cazar cabras." Los tres hermanos temían que ella fuese la mujer de alguno que hubiese matado a los hombres de su tribu; por eso Wakas dijo que iban a cazar cabras. Entonces la mujer habló, y dijo: "¡Muchachos, tened cuidado con quien está matando a los hombres de vuestra tribu! Yo os advertiré, muchachos. No vayáis del lado de la casa cuyo humo parece sangre, y semeja el arco iris, porque es malo. Es la casa del Caníbal del Extremo Norte del Mundo. Y no vayáis hacia la casa con el humo de color negro, porque es la casa del Oso Gris. Si fueseis, seríais heridos por él. Id a la casa con el humo color blanco, porque ése es el humo de la casa de la Cabra de la Montaña. Ahora os daré esto —dijo la mujer, mostrando un peine— y esta piedra, y este trozo de madera de cedro y también esto último, este cosmético. Si os equivocáis, y entráis en casa del Caníbal del Extremo Norte del Mundo, salid nuevamente, y corred presto a vuestra casa. Y cuando el Caníbal del Extremo Norte del Mundo os persiga y esté próximo a alcanzaros, tirad entonces el peine detrás de vosotros, y se convertirá en intrincada maleza, y el Caníbal del Extremo Norte del Mundo quedará lejos detrás. Y cuando de nuevo se acerque, tirad la piedra entre vosotros y él. Se alzará como una gran montaña. Haced lo mismo con la vara de cedro y el cosmético." Entonces Wakas, el más joven de los hermanos, habló y dijo: "¡Bueno, acompáñanos hacia donde vamos!" La mujer contestó: "Quisiera; pero no puedo moverme, porque estoy arraigada en el suelo. ¡Id, muchachos!", dijo la que había echado raíces en el suelo a los tres hermanos. Entonces se fueron; y no habían ido lejos cuando vieron el humo coloreado de arco iris; e inmediatamente Powedzid, el mayor de los hermanos, habló, y dijo: "¡Oh hermanos, vayamos allá!, porque nosotros buscamos al que ha dado muerte a los hombres de nuestra tribu." Así dijo. Wakas y su hermano Aekoca no lo deseaban; pero Powedzid no cedió. Entonces continuaron, y vieron la casa al pie de una gran montaña, y Powedzid, el hermano mayor, iba adelante, dirigiéndose hacia la casa.

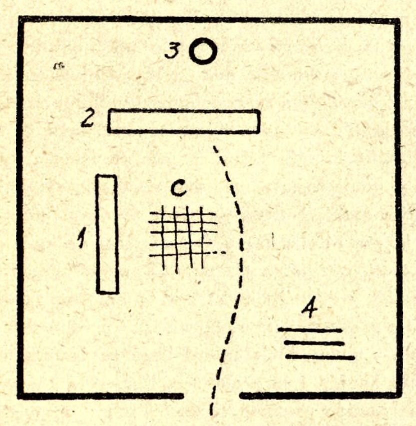
Vieron entonces a su hermana Cuxelal sentada allí; junto a ella estaba su hijo; y el niño lloraba, señalando con su dedo la rodilla de Wakas, porque Wakas se había herido en la rodilla, y la sangre manaba de ella. Es por eso que el niño lloraba, porque estaba ávido de sangre. Y Cuxelal pidió a su hermano Wakas que rayera un poco de esa sangre; y Wakas tomó un trozo de madera de cedro del piso de la casa, y rayó sangre de su rodilla, y la dió al niño. Entonces el niño dejó de llorar, y lamió la sangre del trozo de madera de cedro. Los tres hermanos entraron en la gran casa y vieron los cuerpos secos que colgaban sobre el fuego; y Wakas habló a sus hermanos mayores, y dijo: "¡Tiremos a través del vano de la puerta!" Así dijo. Entonces sus hermanos mayores adivinaron lo que quería decir, y tiraron sus flechas a través del vano; y cuando hubieron tirado sus flechas, dijo Wakas a sus hermanos mayores: "¡Vamos a recoger nuestras flechas!" Así dijo, y salieron de la casa; y cuando hubieron salido todos, recogieron sus flechas y se dieron a la huída. Y entonces oyeron a Cuxelal que de pie fuera de la casa exclamaba en alta voz: "¡Caníbal del Extremo Norte del Mundo, ha llegado comida para ti! ¡Caníbal del Extremo Norte del Mundo! ¡En vano ha llegado comida para ti, Caníbal del Extremo Norte del Mundo!" Así dijo ella. Y en el mismo instante en que Cuxelal gritaba, el Cuervo del Extremo Norte del Mundo gritó: "¡Gao, gao!", y el Hoxhok del Cielo gritó: "¡Hoe, hoe, hoe!", y el Pico Encorvado del Cielo gritó: "¡Ho, ho, ho, ho!", y el Oso Gris de la Puerta sopló sus silbatos, y gritó: "¡Nen, nen, nen!", y la Mujer Rica gritó: "¡Hai, hai, hai, hai!", y el Danzarín del Fuego sopló sus silbatos, y gritó: "¡He, he, he!", y el Danzarín Mendigo sopló sus silbatos, y gritó: "¡Ha, ha!, ¡danza de mendigos!, ¡danza de mendigos!", y el Domador y Aquél que oprime a la Enfermedad cantaron sus cánticos sagrados. Y después que Cuxelal terminó sus exclamaciones, el Caníbal del Extremo Norte del Mundo gritó: "¡Hap, hap, hap, hap, hap, hap,!", y sus muchos silbatos sonaron en la cima de la gran montaña. Como volando bajó hasta el pie de la montaña. Su mujer, Cuxelal, estaba en la puerta de la casa, esperándolo; y cuando su marido, el Caníbal del Extremo Norte del Mundo, llegó, Cuxelal le dijo: "¡Ve por allí! ¡Por allí se fueron!" Así dijo. Entonces el Caníbal del Extremo Norte del Mundo comenzó a correr; y cuando ya llegaba cerca de los tres hermanos, e iba a echar mano sobre Wakas, éste tiró el peine hacia atrás, e inmediatamente se convirtió en una grande, mala y densa maleza, detrás de los tres hermanos; y el Caníbal del Extremo Norte del Mundo buscaba un camino para atravesar la densa

maleza. Mientras tanto, los tres hermanos habían ido lejos; pero el llamado del Caníbal del Extremo Norte del Mundo: "¡Hap, hap, hap, hap, hap, hap!" llegó otra vez, y cuando ya atrapaba al menor de los hermanos, Wakas, el último, arrojó la piedra entre él y el Caníbal del Extremo Norte del Mundo, e inmediatamente una gran montaña se alzó entre los tres hermanos y el Caníbal del Extremo Norte del Mundo. Quedaron en los opuestos lados de la gran montaña, y estaban en verdad alejados los tres hermanos que eran perseguidos. Ya iban lejos, cuando el grito del Caníbal del Extremo Norte del Mundo fué oído nuevamente detrás de ellos. Cuando ya asía a Wakas, el último, tiró la vara de cedro entre él y el Caníbal del Extremo Norte del Mundo, y al instante la vara de cedro se volvió un largo y grueso bloque de cedro, que se movía hacia adelante y hacia atrás cuando el Caníbal del Extremo Norte del Mundo trataba de arribar a su fin. Siempre estaba a través de su camino. Ya los tres hermanos habían ido lejos, cuando el grito caníbal llegó hasta ellos. En el momento en que iba a echarle mano a Wakas, volcaron el cosmético entre ellos y el Caníbal del Extremo Norte del Mundo, y en el acto se convirtió en un extenso lago; y los tres hermanos estaban de un lado, y el Caníbal del Extremo Norte del Mundo, que los perseguía, del otro. Cuando llegaron cerca de su casa, Powedzid, el hermano mayor, llamó en alta voz a su padre Nenwacawa, diciendo: "¡Nenwacawa, ata nuestra casa, Nenwacawa!" Así dijo. Nenwacawa oyó perfectamente el llamamiento. Por eso tomó una larga soga de corteza de cedro y la puso alrededor de su casa; y estaba liando la soga cuando aparecieron sus tres hijos. Ayudaron a su padre, y cuando estuvo terminado entraron en la casa, y después de haber atrancado la puerta, el más joven de los muchachos, Wakas, refirió a su padre lo que habían visto. Cuando Wakas hubo dicho esto, desde el techo de la casa de Nenwacawa el Caníbal del Extremo Norte del Mundo lanzó su grito. Entreabrió el techo y mostró su cara. Entonces Nenwacawa habló y dijo: "¡Oh mi yerno, Caníbal del Extremo Norte del Mundo, no te apresures! ¡Vuelve mañana con tu mujer y mi nieto, y a la mañana comerás mis tres hijos. Ahora vete!" En seguida el Caníbal del Extremo Norte del Mundo lanzó el grito caníbal, y se fué a su casa. Acto seguido, Nenwacawa ordenó a su mujer, Kanelkas, que diera de comer algo a sus tres hijos, "así puedo sentarme en ese rincón e imaginar qué puedo hacer, porque he invitado a una fiesta al Caníbal del Extremo Norte del Mundo". Así dijo, mientras iba a sentarse en un rincón de la casa. No había estado allí mucho tiempo, cuando volvió y se sentó entre

sus hijos; y Nenwacawa habló y dijo: "¡Ahora prestad atención, muchachos, de lo contrario seremos vencidos por el que llamáis Caníbal del Extremo Norte del Mundo; ya he pensado lo que haremos cuando llegue. Comed, porque tenemos mucho trabajo!" Así dijo a sus hijos. Y después que hubieron comido, Nenwacawa pidió a Powedzid, el mayor de sus hijos, que cavase un hoyo en medio de la parte trasera de la casa, y que lo hiciese hondo, y que la abertura en el piso tuviese una braza; dijo a Aekoca que trajese leña; y dijo a Wakas, el más joven de sus hijos, que trajese piedras. Inmediatamente hicieron lo que su padre les había dicho, y no tardó mucho antes que terminasen su trabajo. Era tarde en la noche, pusieron fuego en el hoyo, y cuando el fuego llameaba, pusieron muchas piedras dentro del hoyo. Entonces Nenwacawa colocó tablas cortas en el piso cerca del hoyo donde el fuego abrasaba. Pidió luego a sus tres hijos que matasen tres perros, y que les sacasen los intestinos. Prosiguió: "Cuando venga, por la mañana, os tenderéis de espaldas a mano derecha de la puerta, y cada uno pondrá sobre su vientre los intestinos de los perros."

"Y luego que Nenwacawa hubo advertido a sus hijos, el grito caníbal del Caníbal del Extremo Norte del Mundo oyóse detrás de la casa, y éste entró en ella; primero entró el Caníbal del Extremo Norte del Mundo, luego su hijo y por último su mujer, Cuxelal. No bien hubo entrado, el Caníbal del Extremo Norte del Mundo vió los tres hijos de Nenwacawa, desnudos, yaciendo sobre las tablas cortas, y deseó ir a devorarlos; pero Nenwacawa habló, y dijo: "¡No, mi yerno! ¡No hacemos así cuando estamos invitados. Ven al lugar en que hemos de sentarnos!" Así dijo. Y en seguida el Caníbal del Extremo Norte del Mundo fué y se sentó en las esteras tendidas sobre los lechos. A su izquierda sentóse su hijo; su mujer, Cuxelal, tomó asiento en la otra estera. El Caníbal del Extremo Norte del Mundo recostóse; y Nenwacawa habló, y dijo: "Te explicaré lo que hacemos cada vez que tenemos invitados. Siempre les contamos primero un cuento. ¡Ahora escucha, mi yerno!" Así dijo, y Nenwacawa comenzó a contar un cuento al Caníbal del Extremo Norte del Mundo. No habló mucho rato antes que el Caníbal del Extremo Norte del Mundo se adormeciera, y también su mujer y su hijo, y Nenwacawa continuaba hablando. Nenwacawa, a propósito, apoyaba su rodilla contra la de aquél a quien contaba el cuento —el Caníbal del Extremo Norte del Mundo—; pero éste no se movía. Y comenzó a roncar. Entonces Nenwacawa llamó a sus hijos. Éstos vinieron, sacaron las tablas que cubrían el hoyo con fuego en su fondo; y los tres hermanos tomaron los extremos de la estera

en que estaba con su hijo, y los tiraron al fuego en el fondo del pozo. Y Nenwacawa y su mujer Kanelkas pusieron las tablas cortas cubriendo el pozo. El Caníbal del Extremo Norte del Mundo continuaba lanzando su grito caníbal y silbando, y por largo espacio su sonido no se detuvo; pero su mujer, Cuxelal, no se despertó hasta que su marido, el Caníbal del Extremo Norte del Mundo, y su hijo murieron. Y cuando el Caníbal del Extremo Norte del Mundo dejó de gritar, entonces Nenwacawa pidió a sus hijos que quitaran las tablas cortas que cubrían al Caníbal del Extremo Norte del Mundo muerto. Las quitaron. Entonces Nenwacawa tomó su aderezado sombrero de raíces y lo agitó dentro del hoyo, y las cenizas del Caníbal del Extremo Norte del Mundo se convirtieron en mosquitos. Y Nenwacawa dijo: "Seréis mosquitos, y comeréis hombres en posteriores generaciones." Así dijo. Y las cenizas del Caníbal del Extremo Norte del Mundo se volvieron realmente mosquitos.



Casa de Nenwacawa. 1, 2. - Lechos. 3. - Pozo. 4. - Hijos de Nenwacawa. C.-Hogar.

"Después que esto fué hecho, Cuxelal se despertó, y no en vano preguntó a Nenwacawa dónde había ido su marido; Nenwacawa no la engañó; le contó en seguida lo que había hecho; y Cuxelal se enojó de verdad por lo que Nenwacawa y sus tres hijos habían hecho. Y Cuxelal dijo a su padre Nenwacawa: "Has cometido un gran error en lo que has hecho a mi esposo, ya que él quería pagarte el precio matrimonial por mí dán-

dote muchas pieles curtidas y también la gran danza caníbal, y su gran nombre Caníbal del Extremo Norte del Mundo. Éstos habrían sido tuyos si tú no hubieras obrado así. La causa de todo lo acaecido es que, cuando se estaba aprestando la noche pasada para venir aquí, tuvo una disputa con sus hermanos, y mató al Hoxhok del Cielo y a Pico Encorvado del Cielo y al Oso Gris de la Puerta y a la Mujer Rica y al Danzarín del Fuego y al Danzarín Mendigo. Los seis fueron muertos por Caníbal del Extremo Norte del Mundo; mas los otros salieron a tiempo de casa — el Cuervo del Extremo Norte del Mundo, el Domador y Aquél que Oprime a la Enfermedad y la Mujer del Sonido de Cobre y el Arrojador—. Ya no éramos más que tres: yo, mi marido y mi tesoro, mi hijo. Ahora sólo yo vivo. Es por vuestra culpa que mi marido tuvo dificultades, porque él decía que solamente nosotros estábamos invitados por ti; ése fué el motivo por el cual se enojaron."

"Entonces la mujer de Nenwacawa, Kanelkas, habló, y dijo: "¡Oh Cuxelal, mi hija!, no te duelas en vano por lo que tu padre ha hecho a tu marido; obró así porque temía lo que tu marido hubiera podido hacer a tus hermanos! Hablemos de esto, que hallamos junto al lugar en que tu marido estuvo sentado." Así dijo, y mostró a Cuxelal lo que había hallado. Cuando Cuxelal lo vió, dijo: "Es uno de los silbatos de mi marido." Así habló, y yendo hacia su padre Nenwacawa, Cuxelal dijo: "Guárdalo, porque ¿quién podría poseerlo sino tú? Vayamos en la mañana a casa, para sacar todo lo que en ella hay y las máscaras de mi marido y de sus hermanos, porque están todas en sus cuartos sagrados." Así dijo. Nenwacawa también habló, y dijo: "¡Gracias por lo que has dicho, hija! ¡Vayamos en la mañana, y que mi tesoro sea mío!" En la noche, cuando estuvo oscuro, se acostaron, y cuando la aurora llegó en la mañana, Nenwacawa llamó a sus cuatro hijos y a su mujer Kanelkas, y comieron presto, y una vez que hubieron comido partieron. Cuxelal iba delante, pues conocía el buen camino; por eso le habían pedido que los guiara. No era aún mediodía cuando llegaron a la casa del Caníbal del Extremo Norte del Mundo. Entonces Nenwacawa sentóse a mano derecha de la puerta de la gran casa, y se sintió desfallecer al ver a muchos de los hombres de su tribu secándose sobre el fuego de la gran casa. Cuxelal advirtió cómo estaba de abatido su padre; fué hasta el lugar en que se hallaba sentado y le dijo: "¿Por qué estás abatido?", y Nenwacawa replicó: "El motivo por el cual me duele el corazón es ver así a los hombres de mi tribu." Así dijo. Entonces Cuxelal pidió a sus tres hermanos que bajaran los cuerpos

y los colocaran en hilera, de espaldas. Y cuando hicieron esto, vino Cuxelal trayendo una vejiga de cabra montañesa que estaba llena de algo. Dió esto a su padre y le dijo: "¡Rocía a los hombres de la tribu con el agua de vida!" En seguida Nenwacawa roció los cuerpos secos con el agua de vida, y cuando el agua de vida tocó los cuerpos secos éstos se sentaron, y se frotaron los ojos con las manos, diciendo que habían dormido largo tiempo. Toda la tribu de Nenwacawa volvió a la vida. Nenwacawa se sintió alegre. Luego recogió todas las máscaras y los adornos de corteza de cedro que estaban en los distintos cuartos sagrados, que eran once; porque cada cual tenía un cuarto sagrado, excepción hecha de la Mujer Rica, que tenía uno conjuntamente con el Caníbal del Extremo Norte del Mundo. Nenwacawa observó todo en los cuartos sagrados. Ordenó luego a los hombres de su tribu, a quienes había vuelto a la vida, que cargaran en sus espaldas los cueros de alce curtidos, las máscaras y la totalidad de la carne seca de cabra; y se fueron todos a casa, y Cuxelal recondujo a su padre y a la tribu. No era aún de noche cuando llegaron. Inmediatamente Cuxelal pidió a su padre Nenwacawa que diese un baile de invierno, y que sus tres hermanos mayores desapareciesen. Powedzid sería el Caníbal del Extremo Norte del Mundo; el que le seguía, Aekoca, sería el Oso Gris de la Puerta; y el más joven, Wakas, sería el Danzarín del Fuego. "Yo seré la Mujer Rica, y tú serás el Danzarín Curandero y Aquél que Oprime a la Enfermedad, porque el lugar de los que he nombrado está siempre en el baile caníbal." Así dijo Cuxelal a su padre. Nenwacawa aceptó el consejo de Cuxelal y convocó a los jefes para que viniesen a su casa, tarde en la noche. Cuando todos estuvieron en la casa, Nenwacawa habló a los jefes, y dijo: "¡Gracias, jefes! El motivo por el cual os he llamado es para que sepáis lo que nuestra hija ha dicho. Dice que ellos cuatro —ella y sus tres hermanos— y dos más, seis en total, van a desaparecer; esto va siempre unido al baile caníbal. Es la costumbre de su antiguo marido, el Caníbal del Extremo Norte del Mundo." En consecuencia, el primer baile invernal de los somxolidexes comenzó esa noche, en que las seis personas desaparecieron.

"En secreto, Cuxelal advirtió a su padre, Nenwacawa, sobre los pormenores del baile. Después que (*las seis personas*) estuvieron ausentes por cuatro meses, fueron capturadas. Entonces Cuxelal, la Mujer Rica, trajo en sus brazos un cuerpo, guiando al Caníbal. Y el Domador iba a mano derecha del Caníbal del Extremo Norte del Mundo y Aquél que Oprime a la Enfermedad, a su mano izquierda, siguiendo a la Mujer Rica, que

traía un cuerpo en sus brazos; también la seguía el Danzarín del Fuego y el Oso Gris de la Puerta, porque cada uno de estos cuatro comen parte del cadáver, a saber: el Caníbal del Extremo Norte del Mundo, la Mujer Rica, el Danzarín del Fuego y el Oso Gris de la Puerta. Pero el Domador y Aquél que Oprime a la Enfermedad no comen del cuerpo, sólo cantan sus cánticos sagrados. La Mujer Rica fué la primera en entrar en la casa; era seguida por el Caníbal del Extremo Norte del Mundo y Aquél que Oprime a la Enfermedad, luego venía el Oso y, al final, el Danzarín del Fuego. Entonces la Mujer Rica le sacó la cabeza al cadáver y la entregó al Caníbal del Extremo Norte del Mundo; y la Mujer Rica juntó los miembros del cadáver y dió una pierna al Oso Gris de la Puerta y la otra al Danzarín del Fuego, y ella tomó un brazo y lo comió. El Caníbal del Extremo Norte del Mundo comió la cabeza. Luego ella tomó el tronco del cadáver, con un brazo adherido, y el Caníbal del Extremo Norte del Mundo comió de él. Mientras comían cantaron sus cantares, y cuando todos sus cantos fueron cantados, cada uno fué a su cuarto sagrado. Los conductores del canto no cantaron durante un largo momento, hasta que el Caníbal del Extremo Norte del Mundo salió bailando de su cuarto. Vestía una manta de piel de oso negro, orlada con corteza de cedro tejida; llevaba un collar de corteza roja de cedro, y su diadema constaba de tres partes, una sobre la otra; y sobre la diadema llevaba una máscara llamada Máscara del Diente —tenía una boca abierta, como la cabeza de un perro, con largos dientes—. Bajo la cabeza de perro estaba la cara de un hombre, y de cada lado había un cráneo de hombre; y detrás, en la nuca, otro cráneo. El Caníbal del Extremo Norte del Mundo bailó en derredor del fuego, y volvió a su cuarto sagrado de corteza roja de cedro; y cuando se fué a su cuarto, la Mujer Rica gritó: "¡Hai, hai!" Entonces los conductores del canto cantaron su canción, y ella salió bailando de su cuarto sagrado de corteza roja de cedro. Su diadema era roja y blanca, como su collar, vestía una manta de piel de oso negro mientras bailaba en torno al fuego que estaba en medio de la casa. Y después que bailó con dos cantos, gritó, mirando hacia arriba: "¡Hai, hai, hai!" Entonces una sonaja, grande y redonda, cayó del techo de la casa; y cuando cayó al piso, la Mujer Rica la asió y agitó, mientras cantaba su canción sagrada, que cantaba para tranquilizarse a sí misma; cuando hubo terminado su canción, puso en el piso la gran sonaja, que inmediatamente subió a través del techo de la casa.

"Entonces el Danzarín del Fuego gritó: "¡Wai, wai, wai!", desde su

cuarto sagrado, a medio camino hacia el fondo, a mano izquierda. Inmediatamente los conductores del baile cantaron su canto, y salió encogido, caminando de espaldas y giró en torno al fuego en medio de la casa. Luego volvió la cara contra el fuego y tendió las manos. Cuando su canto hubo terminado gritó: "¡Wai, wai, wai!", y en el mismo momento hizo oír el sonido de sus dos silbatos. Entonces tomó tizones y no paró hasta que hubo extinguido el fuego. Hizo esto desnudo; su diadema y su collar de corteza roja de cedro no eran gruesos. Luego fuése a su cuarto sagrado. Entonces encendieron nuevamente el fuego en medio de la casa.

"Durante cuatro inviernos bailaron cuatro veces, y cuando los cuatro inviernos pasaron, quemaron las máscaras y los cuartos sagrados y el mástil caníbal y las mantas de piel de oso negro. Conservaron las diademas y los collares de corteza roja de cedro. Éste es el final del cuento."

Casa del Caníbal del Extremo Norte del Mundo

a.-Mástil caníbal. b.-Lugar del visitante. c.-Hogar. 1, 3.-El Caníbal del Extremo Norte del Mundo y la Mujer Rica. 2.-El Cuervo del Extremo Norte del Mundo. 4.-Pico Encorvado del Cielo. 5.-El Oso Gris de la Puerta. 6.-El Hoxhok del Cielo. 7.-El Danzarín del Fuego. 8.-El Danzarín Mendigo. 9.-El Domador. 10.-Aquél que Oprime a la Enfermedad. 11.-La Mujer del Sonido de Cobre. 12.-Mamaga.

Henry W. Tate, natural de Puerto Simpson, coleccionó los mitos de los tsimshianes, redactándolos en tsimshian, que era su lengua materna. Sus papeles fueron tra-

ducidos por el sabio Franz Boas, que agregó notas de enorme interés, e ilustraciones. Esta magna obra fué publicada por la *Smithsonian Institution* en 1910.

Entre los mitos tsimshianes poblados por los fantasmas de la antropofagía hemos traducido el siguiente:

EL CANÍBAL

"En la aldea de Gitcada había un joven príncipe llamado Recogido en el Agua. Un invierno, cuando llegó el tiempo del baile, su padre llamó a los caníbales para que su hijo fuera con ellos. Por esto, un día lo llevaron por toda la aldea, llamando a las casas, y después de haber estado en todas ellas, los hombres gritaron y dijeron que el joven se había ido por los aires o que el poder sobrenatural lo había arrebatado, llevándolo a su casa en las montañas. Engañaron a mucha gente sencilla. Estos bailarines eran princesas, jefes y hombres principales, viejos y jóvenes. Llevaron al príncipe y lo colocaron, secretamente, en el tronco de un árbol grande. Pusieron una larga escala contra el árbol e hicieron subir por ella al joven. Subió y entró en una pequeña choza. Entonces quitaron la escala, diciendo que regresarían a los diez días.

"El joven permaneció en el árbol, y la primera noche que pasó allí alguien subió a su choza y le preguntó: "¿Qué haces aquí, joven?" Respondió: "Soy un danzarín." Entonces el visitante se rió de él, y dijo: "No es ésta la forma de tu baile, permaneciendo el danzarín en un árbol. ¡Espera a que retorne! Te enseñaré la forma de ser un verdadero danzarín." Y se fué. Pronto regresó con un niño muerto, y dijo al joven que vivía en la choza del árbol: "¡Abre la boca y cómete este niño muerto!" El joven sentía miedo. La persona que tenía al niño en los brazos dijo: "¡Si no lo haces, te comeré ahora mismo!" Por eso el joven abrió la boca y se tragó al niño. El ser sobrenatural preguntó: "¿Te encuentras satisfecho ahora?" El joven respondió: "No, estoy como si no hubiese comido nada." "Bueno, ven conmigo", dijo el ser sobrenatural. Entonces volaron hacia el pueblo, y el ser sobrenatural dijo: "¡Ahora grita y atrapa a uno del pueblo!" Gritó: "¡Hap, hap!", y asió a uno de los jóvenes y se lo comió como un gato come a una laucha. Esto hizo con el joven; y actuó como el ser sobrenatural, que estuvo contento al ver que había comido a un hombre entero. Volvieron al árbol, y el ser sobrenatural le dijo: "Cada vez que tengas hambre, toma una persona y cómela enfrente de la aldea." Entonces el ser se alejó.

"El pueblo de la aldea oía siempre un temible silbido en el árbol detrás de la aldea, y todos habían advertido que antes de descender gritaba por dos veces, después bajaba volando y daba muerte a alguien frente a la aldea, y todos le temían. Su fama corrió por diferentes aldeas, y todos los caníbales reunidos decidieron matarlo.

"Estos grupos de danzarines se reunieron en una casa, prepararon una mezcla de yerbas venenosas y otros malos ingredientes, y luego comenzaron a cantar. Mientras cantaban, oyeron un grito que llegaba desde el árbol. Oyeron luego un ruido desde el techo de la casa en que estaban reunidos, y el Caníbal se arrojó sobre una persona. Entonces echaron sobre él la mixtura y lo asieron. Le vertieron la mixtura en la boca; le colocaron un pesado collar de corteza roja de cedro mezclada con blanco, le dieron una piel de oso gris para que la vistiese, le ataron en cada pierna ligaduras de corteza roja de cedro y anillos de corteza roja de cedro en cada mano; y todos quedaron satisfechos porque lo habían liado de pies y manos.

"Mientras él dormía, oyóse un terrible silbido en el aire; sin embargo estaba solo. Lo vigilaron cuatro noches. No le dieron más medicamentos, y se fueron a dormir. Entonces el Caníbal arrojó su collar de corteza roja de cedro y la piel de oso gris y las ligaduras de corteza roja de cedro de sus manos y pies. Luego gritó y atrapó a uno de los hombres que lo tenían atado por los pies y se lo comió en el acto. Después voló hasta su casa en el árbol, y el sonido de sus silbos produjo terror a los que estaban en sus casas.

"Volvía dos veces diarias a prender hombres, y los comía. Y fué por todas partes devorando gente.

"Entonces el jefe dijo: "¡Vayámonos mañana todos los de la aldea!". A la mañana siguiente se fueron, dejando al joven; pero éste voló a todas partes, cazó gente y la devoró. Una vez voló hasta una montaña muy alta, en el río Nass. Al regresar vió un pescado sobre la arena en la baja marea. Recogió leña, encendió un pequeño fuego al pie de un árbol y asió el pescado. Entonces un ser sobrenatural se presentó a él y le preguntó: "¿Qué haces aquí?" Replicó el Caníbal: "Estoy asando este pescado." El ser sobrenatural dijo: "Este pescado no es para ti. ¿No te avergüenza? ¿Es ésta la manera de ser de los danzarines? ¡Vuela hasta tu árbol!" Entonces voló de nuevo hasta el árbol grande.

"Continuó comiendo gente viva así como el cuerpo de los muertos; todas las aldeas estaban angustiadas a causa de él.

"Mantuvieron un consejo para determinar la forma de apresarlo. Hicie-

ron una trampa de madera; y en la noche, después de haber terminado la trampa, los bailarines se reunieron. Cantaron y marcaron el ritmo en sus tambores de madera, y con varas golpearon en las tablas. El Caníbal descendió desde el techo; la trampa se cerró y él quedó dentro de ella. Entonces todos se le arrojaron encima y le echaron el medicamento. Invitaron a todos los círculos de danzarines de la aldea y a otros círculos para que se reunieran a la hora fijada. Llevaron esclavos para alimentar a los danzarines; y cuando todos llegaron, el Caníbal avanzó y le dieron esclavos. Los comió todos. Ahora su estómago estaba lleno de la carne de los esclavos, y quedó satisfecho. Le pusieron entonces una amplia manta de piel de oso gris, y un ancho anillo de corteza roja de cedro en el cuello y otro en la cabeza, y otros en las muñecas y tobillos; y al fin del cuarto día batieron un tambor de madera y golpearon sus varas en las tablas produciendo un ruido ensordecedor para espantar su sobrenatural poder. Y el Caníbal se fué solo, caminando hacia la playa; y en una roca, grande y redonda, que emergía de la baja marea, sentóse de cara al pueblo, y todos fueron a verle. La marea alzóse y la roca en que estaba sentado flotó sobre las aguas; y cuando la marea descendió la roca volvió a posarse en el mismo lugar en que antes estuvo. A la puesta del sol caminó el Caníbal hacia la casa donde el pueblo se había reunido. No bien llegó, todos se abalanzaron sobre él. Tomaron un pesado mástil, tiraron al suelo al Caníbal, y le pusieron sobre el cuello el mástil, tratando de darle muerte; pero el poder sobrenatural vino y lo ayudó a salvarse. Escapó, y volvió nuevamente a la aldea; pero no atrapó tanta gente como antes. Mataba algunos, pero no los comía. Muchos años pasaron, y él seguía viviendo en el árbol. Después que hubieron pasado dos generaciones su voz cesó. Éste es el fin."

En la leyenda de Gexsem cuéntase la iniciación del príncipe Kwakwabalas, quien, disgustado con su padre Tsexed, se retiró a los bosques. Mientras vagaba pensó que quizá podría obtener, gracias al azar, un tesoro mágico.

Remontó el curso del río Wawale, halló un extenso lago, en el que se bañó, y como la noche llegara tendióse a dormir en la ribera. En sueños vió acercársele a un gallardo personaje, que le habló, interrogándole: "¿Por qué has venido a este lugar sobrenatural?" Y el príncipe contestó: "¡Oh amigo! ¡Vengo a obtener de ti sobrenatural

poder!" Durante cuatro jornadas Kwakwabalas se purificó en las aguas del lago. En las noches recibió en su mundo onírico la visita de otros tantos seres. El último fué una mujer que lo condujo a la casa invernal de baile del Caníbal del Extremo Norte del Mundo. El príncipe fué invitado a sentarse en el gran salón, a mano derecha. Reconoció a los visitantes nocturnos, en medio de los cuarenta espíritus sentados allí. Alguien preguntó si conocían el motivo de esa presencia humana. Alguien respondió: "Desea obtener, como un tesoro, nuestro baile invernal y esta gran casa de baile y nuestros nombres."

El príncipe conoció los secretos del baile ritual. Uno a uno, los cuarenta espíritus, cubierto el rostro por máscaras simbólicas y vistiendo los atavíos ordenados, aparecieron a la puerta del pequeño templo alzado dentro de la sala, sus paredes eran de cicuta y de bandas de corteza roja de cedro cubiertas con plumón de águila.

Luego uno a uno ejecutaron sus danzas de sentido abstruso, siguiendo la melodía de su propio canto, al compás de los bastones de ritmo, de las sonajas, en torno al fuego que iluminaba los rostros espectrales.

Terminadas las ceremonias místicas, el príncipe recibió en obsequio el baile *alaqem* y dos nuevos nombres, Alotemdalagils y Gwaexsdaas. Fué purificado sobre la estera mágica, muerto primero, resucitado luego por la potencia sobrenatural de Yaxwaxanowil y de su amiga la Mujer Rica. Y el príncipe volvió a la vida con el poder de un gran shamán.

Junto con los nombres y la danza se le ofreció la gran casa de baile. El príncipe expresó el deseo de que ella se alzase en la parte superior del río Keket, en el pueblo de los awikenoxes. En taumatúrgico vuelo la casa situóse en el lugar deseado. Y ante el prodigio, los hombres de la tribu rodearon en silencio la casa milagrosa y oyeron en la noche los himnos sagrados y la voz del Ximselilela, el jefe incorpóreo, que llamaba a los bailarines: "¡Te llamo, amigo Caníbal, para que vengas y bailes!", y oyeron

también el estridente: "¡Hoho!" con que los cuarenta espíritus contestaban.

Al amanecer, los bailarines inmateriales partieron, y el príncipe fué hallado por los jefes sentado en el templete, ornado con el collar y la diadema rojos, con las máscaras de los espíritus en su contorno. Enviado del más allá, transmitió a la tribu el tesoro del baile *alaqem*.

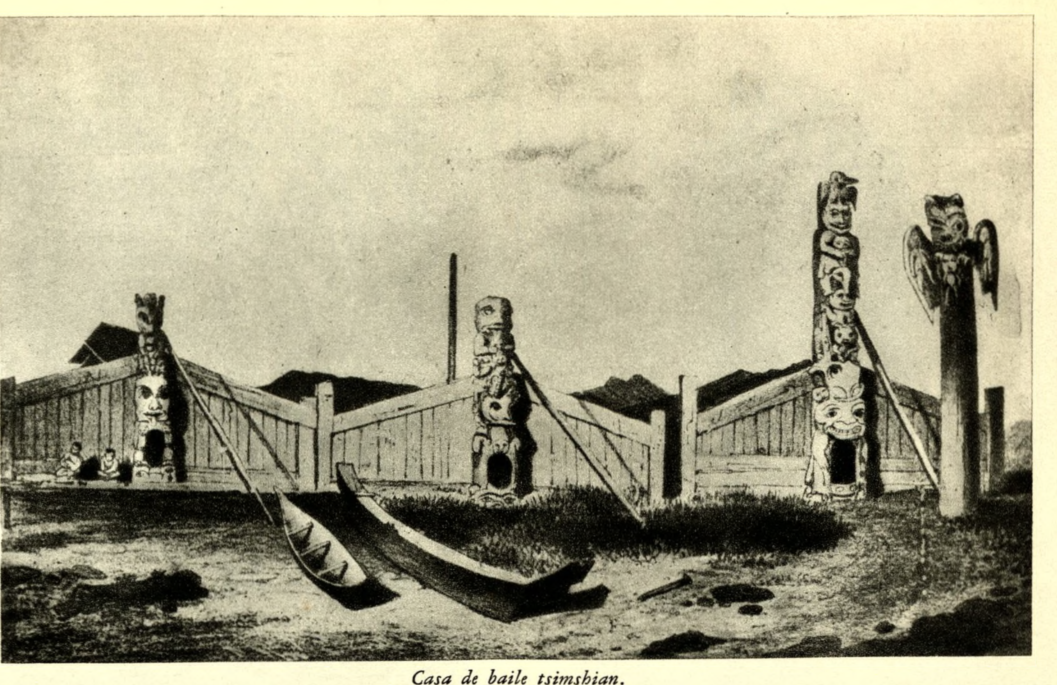
Veinticuatro hombres y dieciséis mujeres elegidos para llevar las máscaras fueron los primeros cuarenta iniciados.

Reconstruída con las descripciones del relator indio, la casa del baile invernal tendría la disposición que puede verse en la página siguiente.

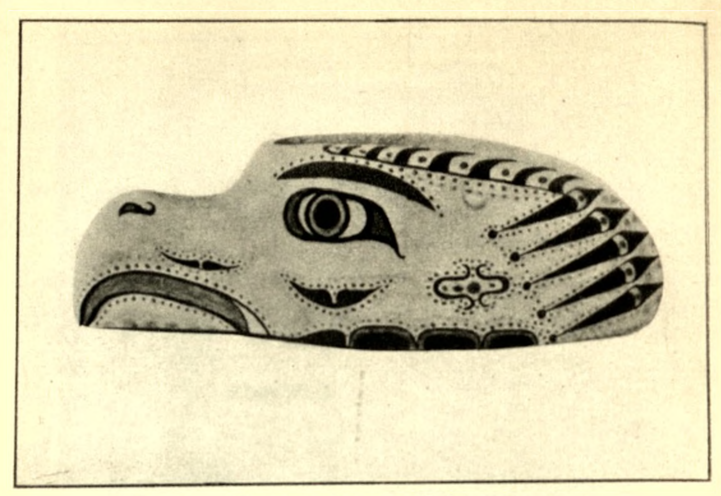
Como tipo de adquisición del rito danzante, como bien parafernal, Jorge Hunt ha recogido, entre las historias de familia: "*El casamiento con los nakwaxdaxes.*"

"Ahora os hablaré sobre los nakwaxdaxes, que tienen muchos nombres derivados de los awikenoxes y de los bellaculas. (El relato enumera los casamientos entre las familias de los jefes de las tribus.)

"Los nakwaxdaxes vivían en la aldea de Teguxste. Partieron al amanecer, y llegaron a Wanuk, donde está situado el pueblo de los awikenoxes. Cuando llegaron, el portavoz de Maxwa, llamado Guemalas, púsose en pie y habló. Dijo: "¡Vengo a ti, gran numanio Lakwagila Wiokwitem Awikenox! Mi jefe Maxwa viene a desposarse con tu princesa Lakwagilayuwa!" Así dijo. Luego pagó el dinero nupcial en mantas cosidas. Lakwagila salió de su casa llevando un puñado de plumón de águila. Cantó su canto sagrado, moviendo el plumón de águila como una sonaja. Permaneció frente a su casa; llevaba alrededor de su cuello un ancho collar de corteza roja de cedro. Al dejar de cantar habló, y dijo: "¡Ven, mi yerno Maxwa, entra en esta casa, que será la tuya! Los bailes del invierno acaban de comenzar para ti, porque has venido a desposarte con mi princesa Lakwagilayuwa." Así dijo. Entonces Maxwa se irguió en su canoa nupcial —eran cuatro de éstas— y dijo a la tripulación que obedeciera las palabras de su suegro. Dicho esto saltó en el agua con su gente, y fueron a la playa, hacia Lakwagila, que los esperaba. Entonces Lakwagila entró en la casa primero, Maxwa lo siguió, y todo su séquito entró. Luego Lakwagila pidió a Maxwa que fuese hacia su mujer Lakwagilayuwa, que estaba sentada en una tarima al fondo de la



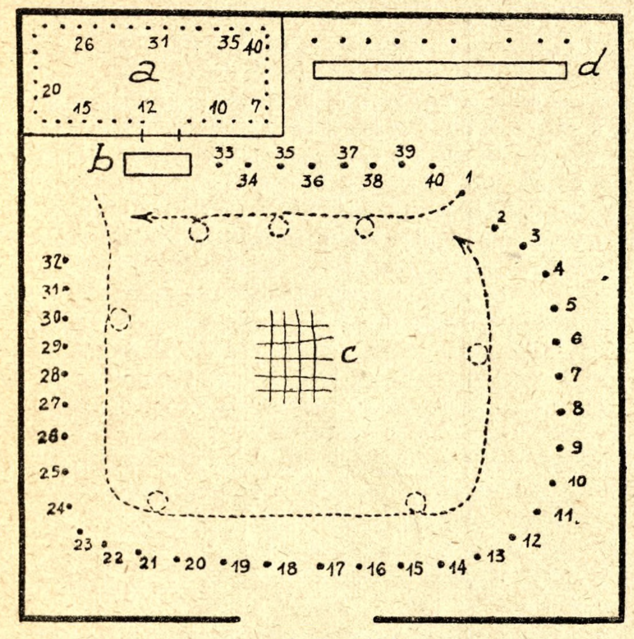
Casa de baile tsimshian.



Casco que representa al Cuervo.

Capa de baile decorada.
(De Francisca Densmore, "Nootka and Quilente Music".)

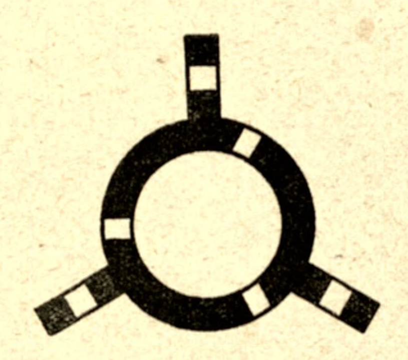
sala. Fué y tomó asiento a su lado. Sus acompañantes se sentaron también en el fondo de la sala. Cuando todos estuvieron sentados, oyéronse los silbidos del Danzarín Caníbal. Venían desde la cortina de estera que cubría el rincón izquierdo de la sala; y resonaron los silbidos del Danzarín del Fuego y de la Mujer Rica, y el Danzarín Shamán cantó su canto sagrado.



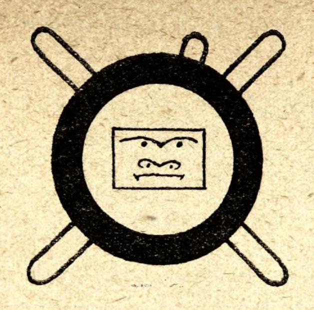
Casa de Ximselilela

a.-Cuarto sagrado. b.-Estera mágica de Kwakwabalas. c.-Fuego. d.-Cantores. .....Línea de baile. 1.-Ximselilela. 2.-El que llama. 3.-Tronco del Bosque. 4.-La Mujer Riente del Bosque. 5.-Caníbal. 6.-Bailarín de la Casa. 7.-Cuervo. 8.-El que da Larga vida. 9.-Fuego de la Casa. 10.-Musgo de los Bosques. 11.-Roca de los Bosques. 12.-La Mujer Rana. 13.-Pico Ganchudo del Cielo. 14.-Hoxhok del Cielo. 15.-La Mujer Rica. 16.-La Mujer que da a Luz. 17.-La Partera. 18.-La Mujer Salmón. 19.-La Mujer Gorrión. 20.-Salmón. 21.-El Escucha. 22.-El Asperjador. 23.-El Cazador de Cabos Montañesas. 24.-La que Ata. 25.-Kalmodilanaga. 26.-El Ayudante. 27.-El Guardián de las Puertas del Bosque. 28.-Perdiz. 29.-Zorzal Marino. 30.-Lechuza. 31.-Tsatsaxlegda. 32.-La que Contesta. 33-40?

Entonces Lakwagila se levantó y fué caminando hasta un lugar frente al fuego que estaba en medio de la sala. Allí permaneció quieto. Cuando el sonido de los silbos hubo cesado Lakwagila habló y dijo: "¡Ahora, yerno Maxwa, atiende al poder sobrenatural de tu esposa! Has obtenido por casamiento el Danzarín Caníbal, que has oído, y su nombre Hamtsestaselagilis, y la máscara del Hoxhok Caníbal y la máscara del Cuervo y la máscara del Pico Encorvado y la de Gelogudzewis —hay cuatro clases diferentes de máscaras para el Danzarín Caníbal, y también tiene el collar de corteza roja de cedro tejido y mezclado con corteza blanca. El nombre de este collar es *kosenxawe;* la diadema tiene tres anillos, uno sobre otro; la pulsera da cuatro vueltas al brazo, está hecha con corteza roja de cedro trenzada; las tobilleras dan cuatro vueltas, están hechas también de corteza roja de cedro trenzada. Los adornos de corteza roja de cedro de la Mujer Rica serán éstos: un grueso collar mezclado con blanco, y en tres lugares tres bandas colgando del collar mezclado con rojo y blanco, de esta manera:



"Su diadema será también roja y blanca, dos anillos, uno sobre otro. El de abajo será más pequeño que el de arriba. Las tobilleras y jarreteras de corteza de cedro roja tendrán blanco en el medio, y darán cuatro vueltas; su nombre será *Cominowagaselal.* El cuarto sagrado del Danzarín Caníbal debe tener una luna pintada; y la caja que contiene los objetos del baile de invierno debe estar pintada en esta forma:



"El cuarto sagrado debe encontrarse a mano izquierda de la casa, del interior de la puerta de tu casa, Maxwa, mi yerno; y en el baile invernal tu nombre será Kaneweso." Así dijo. Entonces volvióse hacia su tribu, los awikenoxes, habló y dijo: "¡Dad alimentos a mi yerno y a su gente!" En seguida les dieron alimentos; y después de haber comido, el Danzarín Caníbal lanzó su grito desde el cuarto sagrado, a mano izquierda del interior de la casa. Entonces tomaron sus bastones y estrechas varas para marcar el tiempo, los pusieron fuera del cuarto sagrado, y los conductores del canto tomaron asiento junto al cuarto sagrado. Cuando los bastones fueron repartidos, Lakwagila se puso de pie. Habló y dijo: "Ahora míranos, mi yerno, y vosotros, los de la tribu, para que veáis nuestros usos, pues deseo que aprendas a guiar estos cuatro bailes de invierno que te he dado." Así dijo; y después que habló, el Danzarín Caníbal lanzó su grito. Inmediatamente los conductores del canto marcaron el ritmo y comenzaron a bailar. Entonces el Danzarín Caníbal salió del cuarto sagrado. Bailó acurrucado dentro del cuarto. Cuando terminó el primer canto entonado por los conductores del canto, el Danzarín Caníbal corrió con sus asistentes. Corrieron en torno al fuego que estaba en medio de la sala; y después que el Danzarín Caníbal corrió en torno por cuatro veces, volvió al cuarto sagrado. En el momento en que penetraba en él, se escuchó el castañeteo de las bocas de las cuatro máscaras.

"Primero apareció la máscara del Hoxhok, la seguía la de Pico Encorvado, luego la del Cuervo y por último la de Gelogudzewis. Todos volvieron al cuarto sagrado después de haber girado alrededor del fuego. Luego el Danzarín Caníbal apareció desnudo y salió corriendo de la casa. No tardó

mucho en volver llevando en sus brazos un cadáver; cuando llegó a la puerta de la casa, el Danzarín Shamán y la Mujer Rica cantaron sus cánticos y salieron del cuarto sagrado —primero el Danzarín Shamán, después la Mujer Rica—. Ésta se dirigió hacia el Danzarín Caníbal y tomó el cadáver de sus brazos. Luego dió una vuelta alrededor del fuego, y fué a sentarse a la puerta del cuarto con frente pintado. Arrancó pedazos de carne del cadáver y los probó. El Danzarín Caníbal continuaba sentado cerca de la puerta, y la Danzarina Shamán seguía de pie a la puerta del cuarto sagrado. Después que la Danzarina Rica hubo tragado por cuatro veces trozos del cadáver, el Danzarín Caníbal se levantó y fué por el lado derecho del fuego hacia la Danzarina Rica. Tomó el cadáver en sus brazos y se sentó a mano derecha del fuego que hay en el medio de la casa. Y comenzó a comerlo. No estuvo comiéndolo mucho tiempo cuando la Danzarina Rica levantóse y fué a sentarse frente al Danzarín Caníbal, que estaba comiendo el cadáver, y le ayudó a comerlo. En esos momentos la Bailarina Shamán estuvo en pie detrás del Danzarín Caníbal cantando su canto sagrado, y no dejó de cantar hasta que el cadáver fué comido por el Danzarín Caníbal y la Danzarina Rica. Cuando lo comieron completamente, la Danzarina Shamán trajo una canasta y recogió los huesos; luego los entregó a uno de los asistentes del Danzarín Caníbal. Éste salió de la casa con la canasta que contenía los huesos. Luego regresó, y asiendo al Danzarín Caníbal de los cabellos, encima de la frente, lo llevó hasta la orilla del río Wanuk. Penetraron en el agua y, cuando ésta les llegó a la cintura, el asistente del Danzarín Caníbal, que lo tenía asido del cabello, le sumergió la cabeza, y giró hacia la derecha; y cuando se detuvo, enfrentaba nuevamente al este. Entonces levantó la cabeza del Danzarín Caníbal, y cuando la boca de éste surgió a la superficie del agua, el Danzarín Caníbal lanzó el grito caníbal. Entonces le pidieron a Maxwa que saliese fuera de la casa, para ver cómo el Danzarín Caníbal era purificado después de haber comido el cadáver. El Danzarín Caníbal fué sumergido por cuatro veces en el agua, y después de haber sido sumergido estas cuatro veces regresaron a la casa de baile, y el Danzarín Caníbal fué al cuarto sagrado. La Danzarina Rica y la Danzarina Shamán volvieron también al cuarto sagrado.

"Lakwagila habló, y dijo: "¿Has visto los privilegios que te he dado, mi yerno Maxwa? Ahora lleva a tu casa la caja que contiene los privilegios y con ellos lleva las cuatro danzas que has visto esta noche." Así habló Lakwagila a Maxwa. En seguida Maxwa le agradeció lo que había dicho;

porque ésta era la primera danza caníbal con silbatos que ingresó en los nakwakdaxes."

Las campañas guerreras eran decididas con la finalidad de obtener prisioneros. Tradiciones familiares refieren que en vísperas de ser iniciado como danzarín caníbal el sobrino del jefe Tlalilitl, éste organizó una expedición militar para conseguir las víctimas necesarias.

A la misma historia de familia de los nakwaxdaxes pertenece el relato que sigue, donde se anota un ejemplo de obtención del privilegio caníbal por las armas.

"Un guerrero de los nakwaxdaxes, cuyo nombre era Kilem, dijo: "¡Oídme, Nenolo y Nandze! —nombrando a sus camaradas—. Me avergüenzo porque no hemos sido invitados por los bellacula. Deseo que penséis en nuestra vergüenza, y en atacar a los dalwidexes." Así dijo. Inmediatamente Lakwagila aprobó lo dicho, porque las canoas estaban ancladas cerca de la entrada al villaje de los dalwidexes. Cuando oscureció, las seis canoas avanzaron a impulso de las paletas, con intención de combatir a los dalwidexes esa noche. La gente del pueblo no se había dormido aún cuando llegaron. Los guerreros anclaron al otro lado del lugar. Cuando todo estuvo quieto, Kilem y sus amigos Nandze y Nenolo partieron, y Lakwagila los siguió con su gente. No pasó mucho tiempo antes de que el pueblo estuviese en llamas, y entonces los guerreros comenzaron a matar a los hombres. Lakwagila entró en la casa del jefe de los dalwidexes, tomó un cofre grande, tallado, lo llevó a su canoa y lo puso a bordo. Al poco tiempo llegó Nandze, trayendo tres cabezas que había cortado; y Kilem llegó, trayendo cuatro cabezas; y Nenolo llegó, trayendo dos cabezas y una esclava; y todos los guerreros se apoderaron de muchos alimentos, que trajeron sobre sus hombros hasta las canoas. Entonces Nenolo regaló la esclava a Lakwagila; y cuando todos estuvieron a bordo partieron antes del alba. Remaron toda la noche, y habían hecho un largo camino antes que el día llegase. No descansaron hasta la tarde. Alcanzaron esa noche la boca de la bahía de Bellacula. Allí descansaron; y cuando era cerca de la medianoche, partieron nuevamente. Al amanecer llegaron a un lugar cerca de la bahía de Rivers. Siguieron, y tomaron un descanso en la boca de la bahía de Gwascha. Allí se sintieron seguros, y pensaron que no serían perseguidos por los dalwidexes. Entonces los guerreros escalparon las cabezas que habían

cortado; y después de hecho esto Lakwagila habló, y dijo: "Gracias por lo que habéis hecho. Ahora ya no tenemos vergüenza, aunque no nos invite Goxolane. Quiero decir que yo también he cortado una cabeza." Mientras decía esto, alzaba una cabeza por los cabellos. Entonces preguntaron a la esclava el nombre de aquél a quien Lakwagila había cortado la cabeza; y la esclava dijo: "Ésta es la cabeza del jefe de los dalwidexes, su nombre es Hamatsa." Entonces Lakwagila abrió el cofre grande y tallado; lo primero que vió fué un collar de corteza roja de cedro y una diadema. No los sacó, sólo tocó alrededor de los objetos de corteza de cedro, y allí sintió los silbatos del danzarín caníbal. Tomó uno y sopló en él. Entonces lanzó el grito caníbal, porque lo había obtenido en guerra. Los numanios estaban contentos, porque Lakwagila había cortado la cabeza al dueño del gran cofre tallado. Lakwagila puso de nuevo los silbatos en el cofre grande, y partieron otra vez. En la tarde llegaron a Teguxte, su pueblo, e inmediatamente Lakwagila desapareció en el invierno. Luego dió un baile invernal, porque Lakwagila era ya un danzarín caníbal; la esclava aconsejó a Lakwagila sobre todo lo que debía hacer, y le dijo que el nombre del danzarín caníbal era Hamatsa; y los cantos fueron cantados por la esclava ante los conductores del canto. Ciertamente, ¿por qué no aprenderían los cantos del danzarín caníbal? Lo obtuvieron matando en la guerra, y esto es más preciado que obteniéndolo por casamiento. Cuando Lakwagila aprendió la forma en que el baile caníbal era ejecutado por los dalwidexes, y los cantos, se sintió arrastrado hacia él. Mató a la esclava y la comió; Lakwagila mismo comió toda la esclava. Entonces cambió su nombre, porque había comido a la esclava; y después de esto el nombre caníbal de Lakwagila fué Lawiok."

Francisca Densmore ha estudiado con éxito la música de los indígenas de una parte de la costa del Pacífico, los makas, que habitan en torno a la bahía Neah, en el estrecho de Juan de Fuca, y de los nutkas de la isla Vancouver, ambos pertenecientes a la familia cuaquíutl. Coleccionó cantos de esos grandes marinos que fueron los cuaquíutles, pescadores de ballena, de salmón, de hipogloso, a cuyas canoas de cedro el océano fué incapaz de detener. En la guerra, en las fiestas, en las ceremonias místicas, el canto y la música los acompañó siempre.

Era en el clima propicio de las sociedades secretas, en

sus casas de baile, donde ascendieron en más afinados contornos las expresiones musicales de esas tribus. Artistas verdaderos, todo utensilio, toda construcción, toda costumbre o acontecimiento era aprovechado para asociar a él una nota estética. Así las tallas en madera o en hueso, los mástiles esculpidos, los remos, las proas, los puñales o los arpones eran hermosas obras; así los hechos de guerra o las partidas de caza se recordaban en leyendas o en cantos de victoria, y así el amor y la naturaleza ennoblecieron su voz, y el mítico pájaro trueno, la ballena y los animales protectores fueron invocados, y los niños se alegraron y fueron adormecidos por las dulcísimas canciones de cuna.

Los *potlach*, fiestas ofrecidas durante la temporada sagrada de invierno, en que el anfitrión obsequiaba a sus huéspedes, con largueza, mantas, y vaciaba para ellos sus cofres labrados, eran ocasiones en que cantores y músicos mostraban su destreza. En las prolongadas liturgias del sacrificio sangriento, en los cantares, los himnos y las danzas, obedientes al estricto ceremonial, trasuntábase el sentido religioso del pueblo.

Los instrumentos de percusión empleados eran de diverso tipo: el gran tambor hecho con un tronco de cedro de cuatro pies de alto por cerca del doble de largo, abierto en uno de sus extremos. Tres hombres sentábanse sobre él y lo golpeaban con sus talones y puños, o con mazos. Usábase tambores individuales, de cuero. Para acompañar ciertos bailes, gran número de personas, sentadas a lo oriental, marcaban el ritmo golpeando con gruesas baquetas sobre tres largas tablas elevadas algunos centímetros del piso. En el centro de esta gran U, los bailarines ejecutaban sus danzas rítmicas. Lanzas y bastones servían también como instrumento de ritmo.

Varias formas de sonajas eran usadas, unas grandes, que manejaban dos personas; cajas de seis pies de largo y veinte pulgadas de ancho y profundidad; dentro de ellas rodaban piedras al ser inclinada la sonaja hacia am-

CANTO HAMATSA (CANÍBAL DEL SUR)



bos extremos. Otras pequeñas, para sostener en las manos, representaban cabezas de pájaros. La madera, el cuero de alce eran los materiales más usados en su fabricación. Silbatos de diverso tipo completaban el instrumental.

Algunos cantos caníbales, registrados por Carlos Swan y Edwin Hayte, sirven para ilustrar el sentido musical de los cuaquíutles contemporáneos.

El significado de los cantares y los himnos de los cuaquíutles aparece hoy, ante hombres de otra cultura, como abstruso, inadaptable a un pensamiento que tanta distancia separa. Sin embargo, aquéllos conmueven o desazonan por la idealidad y el vigor de vida que exhalan cuando por un instante nos transportan a la casa del baile invernal y se ven los rostros de los iniciados envueltos en bruma y en resplandores rojos, entregados al rito sangriento, fervorosamente, como a una ofrenda de íntima religiosidad.

En la *Historia de los maamtgilas*, recogida por Hunt y transmitida por Boas, Chiton, esposa del jefe Holelid, de la Sociedad de la Ballena, entona su canto.

Historia de los Maamtgilas

"Hacía un mes desde que los hijos de Holelid habían desaparecido. Entonces Chiton dijo a su marido Holelid que llamase a la Sociedad de la Ballena, a saber: los jefes de los numanios y los conductores del canto, y les pidiera que acudiesen a la casa de baile. Cuando todos llegaron, Chiton habló, y dijo: "Gracias, jefes, por haber venido a oír lo que voy a deciros. Poi cierto, nuestro baile de invierno pertenece a los lalasicuala, por eso os he llamado, para que oigáis cómo mi tribu lalasicuala ejecuta el baile dedicado a los tres que han desaparecido. Os pido que vayáis mañana a prenderlos. Nosotros no bailamos toda la noche antes de atraparlos, como hacen los cuaquíutles. Los prenderemos en la misma forma en que fué prendido el Danzarín Fantasma. Holelid llamará a nuestra tribu en la mañana; y habrá nuevamente cuatro danzarines guerreros y cuatro danzarines ranas y cuatro danzarines arrojadores. Tendrán sus cantos sagrados y cuatro sonajas; y cuando cada uno haya cantado su canto sa-

grado, entonces el Danzarín Caníbal se excitará. Irán delante los doce bailarines cantando sus cantos sagrados, y nosotros, miembros de la Sociedad del Gorrión, correremos tras ellos hacia el lugar en donde aquellos que buscamos eleven sus cantos. Esto es todo. Esta noche cantaré nuestros cantos con nuestros amigos." Así dijo. Entonces Yoxyagwas le agradeció por lo que había dicho: "Ciertamente, por matrimonio he obtenido esto de la grande y sobrenatural tribu lalasicuala. Por eso tu discurso, Chiton, es bueno. ¿Por qué no haré todo como lo hace la tribu lalasicuala? ¿No he de seguir la palabra de Chiton?" Así dijo. Cuando terminaron sus arengas era ya tarde en la noche. Entonces Chiton tomó los bastones y dió uno a cada uno de los conductores del canto. Y Yoxyagwas habló, y dijo: "¡Oh Chiton!, no cantemos en esta casa, pues podríamos ser oídos por la tribu. ¡Vayamos esta noche al lugar sobrenatural!" Así dijo. Y esto alegró a Chiton. "No te lo dije antes, porque así lo hacemos en mi tribu lalasicuala". Así dijo. Entonces todos se levantaron y salieron de la casa de baile, y a través del bosque se dirigieron al lugar sobrenatural. Allí todos tomaron asiento. Chiton sentóse en medio de los conductores del canto. Chiton habló, y dijo: "Cantaré los cantos de mi padre cuando era danzarín caníbal; él tenía cuatro cantos caníbales." Así dijo, y cantó con ritmo acelerado, de esta manera:

"¿Quién trata de encontrar comida para el que otorga sobrenatural poder? *¡Hama hamae hama hama!*

Fuí a buscar comida para el Caníbal del Extremo Norte del Mundo.

¡Hamae hama hamae ambama hamae ambama hamae hama hamae hamae hamahamae!

Fuí turbado por el Caníbal del Extremo Norte del Mundo. *¡Hamae hama hamae!*

Fuí retenido por el Caníbal del Extremo Norte del Mundo. *¡Hamae hama hamae!*

Fuí llevado al cuarto sagrado por el Caníbal del Extremo Norte del Mundo.

¡Hamae hama hamae ambama hamae ambama hamae hama hamae hamae hamahamae!

¿Adónde irás a tratar de encontrar un cráneo para aquél que otorga sobrenatural poder? *¡Hamae hama hamae!*

Fuí allí a obtener un cráneo para el Caníbal del Extremo Norte del Mundo. *¡Hamae hama hamae!*

Fuí allí, y el Caníbal del Extremo Norte del Mundo me puso cortezas rojas de cedro. *¡Hamae hama hamae!*

Fuí allí, y el grito del Hoxhok fué dado por el Caníbal del Extremo Norte del Mundo. *¡Hamae hamae hama!*

Fuí allí, y el Caníbal del Extremo Norte del Mundo lanzó el grito caníbal. *¡Hamae hama hamae amhama hama hamae!*

"Y cuando los conductores del canto aprendieron este canto, Chiton entonó otro cántico, con ritmo lento. Es así:

¡Amae a hame hama hamae hamahame!

Alimentos buscaba el verdadero sobrenatural Caníbal del Extremo Norte del Mundo. *¡Hamae hame hama!*

¡Oh! ¡Alimentos buscaba el verdadero sobrenatural Caníbal del Extremo Norte del Mundo!

¡Hama hamae he he he amae a hame hama hamae hama hama!

¡Am hama hame amae a hame hama hamae hama hame!

Carne humana buscaba el verdadero sobrenatural Caníbal del Extremo Norte del Mundo. *¡Hamae hamae hama!*

¡Oh! ¡Carne humana buscaba el verdadero sobrenatural Caníbal del Extremo Norte del Mundo!

¡Hama hamae he he he amae a hame hama hamae hama hama!

¡Am hama hame amae a hame hama hamae hama hame!

Vino trayendo un cuerpo en sus brazos, el verdadero sobrenatural Caníbal del Extremo Norte del Mundo. *¡Hamae hamae hama!*

¡Oh! ¡Para mí traía un cuerpo en sus brazos el verdadero sobrenatural Caníbal del Extremo Norte del Mundo!

¡Hama hamae he he he amae a hame hama hamae hamahame!

¡Am hama hame amae a hame hama hamae hama hame!

Vino trayendo un cuerpo en cada brazo, el verdadero sobrenatural Caníbal del Extremo Norte del Mundo. *¡Hamae hamae hama!*

¡Oh, trajo un cuerpo en cada brazo, el verdadero sobrenatural Caníbal del Extremo Norte del Mundo!

¡Hama hamae he he he amae a hame hama hamae hama hame!

¡Am hama hame amae a hame hama hamae hama hame!

¡Oh, el verdadero sobrenatural Caníbal del Extremo Norte del Mundo me predispuso a comer cadáveres por ambos lados de mi boca! *¡Hamae hamae hama!*

¡Oh, el verdadero sobrenatural Caníbal del Extremo Norte del Mundo me predispuso a comer cadáver por ambos lados de mi boca!

¡Hama hamae he he he amae a hame hama hamae hama hame!"

X

"Vitzilopuchi, yaquetlaya, yyaconay, ynohvihvi
hvia: anenicuic, tociquemitla, yya, ayya, yya.
yyo via, qucyanoca, oyatonaqui yyaya, yya, yyo.
Quitoznequi, Inivitzilopochtli ayac novivi, i, ayac, nechnenevilia
ayac iuhqui, anenicuic, i.
amocanenonicuic. yn quezalli in chalchivitl
in ixquich ynotlatqui, tociquemitl, queyanoca
oyatonaqui."

"Huitzilopochtli, el guerrero. Nadie es igual a mí.
No en vano me he puesto el vestido de plumas amarillas,
pues por mí ha salido el sol.
Quiero decir, yo, Huitzilopochtli, nadie es igual a mí.
nadie es como yo,
no en balde me he puesto las plumas de
quetzale, las piedras preciosas verdes, todo mi traje,
el vestido de plumas amarillas."

SON los versos primeros del himno a la más grande divinidad de los aztecas.

Amanece en el cielo de México. Vístese al dios con la manta de plumas amarillas y resplandecientes, significando que la hora del sacrificio ha llegado. El alba entreabre sus puertas doradas, es el cielo de los héroes caídos en la lid y de los hombres inmolados en la piedra sagrada, sobre el templo. Un guerrero ha de morir, ya asciende las gradas de la pirámide. Trae albo plumón exornando su cabeza, el rostro y el cuerpo espolvoreados con creta blanca, símbolos de la aurora que lo espera. Bandas ocre amarillo le cruzan el pecho como rayos de sol, tiene los labios y la barba tintados de rojo, y con trazos negros estampada en la frente la estrella matutina. Los sacerdo-

tes aguardan. Con hieráticos e impostergables gestos se consuma el sacrificio. Puesto sobre la copa de águila, el corazón es ofrecido a Huitzilopochtli.

Los sacrificadores levantan el cuerpo de la víctima. Es el momento en que le dicen: "Despierta, ya comienza a amanecer, ya es alba, ya empiezan a cantar las aves de plumas amarillas, ya andan volando las mariposas de diversos colores." Una ruta feliz se extiende ante el guerrero, por sobre la cual ha de alcanzar el paraíso tendido sobre los horizontes del oriente.

El *tlamani,* combatiente que logró en medio del estruendo y el horror de la batalla asir a ese enemigo cuyo cuerpo recoge ahora, se ha tocado con plumón y ha puesto sobre su rostro la creta blanca. Esos signos lo predestinan a perecer en el combate o a que su pecho florezca de sangre en la piedra lustral. Forma de expiación terrena, y esperanza de alcanzar el paraíso de los héroes.

El cuerpo del sacrificado era comido en el banquete solemne que ofrecía el vencedor. Al ingerir esa carne, los participantes asimilaban virtudes y heroísmo, galas del caído; materia impregnada de sustancia espiritual. No obstante, el alma del muerto era indestructible en su conformación. Por eso el prisionero tupiguaraní enfrentaba sin temor la danza de la muerte. Su materia humana se disgregaría en las bocas ansiosas, y su ánimo, con todas las características, con la estructura del cuerpo, su vigor y su juventud, viviría en la tierra sin mal. En México veíase a muchos condenados pedir limosna por las calles para su inmolación, dádivas generosas que aquéllos obsequiaban a los hierofantes. El mancebo que llevaba durante un año regalada existencia, vestido y adorado como el dios Tezcatlipoca, al llegarle su irremediable término en el mes *tóxcatl* subía tranquilo por las gradas que no se descienden, y sobre ellas quebraba las flautas con que alegró su tiempo feliz.

En los rosados pórticos del cielo de los guerreros, tras

un estacionamiento de cuatro años transcurridos entre bailes, cantos y hosannas en homenaje al sol, los muertos heroicos se transformaban en colibríes, en el rojo picocuchara, en pájaros flores, en pájaros amarillos de bellísimo plumaje, que se identificaban por tener un círculo negro rodeándoles los ojos como el signo de la estrella de la mañana, y también en mariposas grandes. Pájaros y mariposas que libaban la ambrosía de las flores del jardín celeste y descendían a la tierra a beber el néctar de las plantas y los árboles floridos, como dice el viejo himno:

"La flor, mi corazón, se ha abierto,
él, el señor de la medianoche.
Ha venido nuestra madre,
ha venido la diosa Tlacoltéotl.
Ha nacido el dios del Maíz
en la casa del descenso *(casa del nacimiento)*,
en el lugar donde están las flores *(el jardín, el paraíso)*,
(el dios) una flor.
Ha nacido el dios del Maíz,
en el lugar de la lluvia y de la niebla,
donde se hace a los hijos de los hombres,
en el lugar donde se pescan los peces de piedra preciosa.

Al punto se hace de día, levántase la aurora
y (*en las flores*) chupan los diversos pájaros quechol (*los bienaventurados*)
en el lugar donde están las flores.
Debe reinar la alegría entre los árboles floridos,
las diversas especies de pájaros quechól,
débese alegrar los pájaros quechol.
Oye la palabra de nuestro dios,
oye la palabra del pájaro quechol *(del bienaventurado)*,
no se debe a tu hermano, nuestro muerto, disparar,
no debe tu hermano ser cazado con la cerbatana."

A estos pájaros sagrados, almas de los muertos en el sacrificio, convertidos en dioses, nadie interrumpía los vuelos.

Muy lejos, en la leyenda, pasa por la tierra la figura guerrera y victoriosa de Huitzilopochtli en su marcha hacia la divinización. Ascendió al pálido paraíso de los héroes y fué dios de la guerra. No se ha olvidado su origen terreno y su transmutación en pájaro, pues aparecía su rostro terrible por entre el pico abierto de un colibrí, y ése es su nombre, Huitzil. Él participaba también de un mito astral, el del sol naciente. No tuvo padre. Una borla de plumas rojas cayó del cenit y lo engendró en una mortal. Nació Huitzilopochtli armado con una culebra ígnea en la mano. Con ella dió muerte a su hermana, su enemiga, y precipitó en los abismos a sus cuatrocientos hermanos. Las plumas amarillas del dios sumieron en la muerte a la noche, espantaron las estrellas.

Otros seres se elevaban al nivel de los astros: los prisioneros sacrificados en la fiesta de Xiuhtecutli, el numen del fuego. Se los arrojaba vivos sobre la hoguera, y en medio de los estertores de la agonía eran sacados con garfios para recibir la muerte ritual. Esas víctimas habían de alcanzar el cielo mudadas en compañeras del águila y del sol. El legendario Quetzalcóatl se quemó y fué a morar en las alturas. Las mujeres muertas de parto tenían reservada en la mitología azteca eminente jerarquía, similar a la de los caídos en la batalla o sacrificados en la piedra. Se les daba el nombre de *mociuaquetzqui*, "el guerrero que ha tomado forma de mujer", y el de *ciuatéotl*, "la mujer muerta convertida en dios". Sobre el ocaso erguíanse los portales de su cielo; era la mansión de la muerte, representada por un árbol tronchado cuya raíz manaba sangre. Los mexicanos, con notable intuición, situaron hacia el lugar del sol poniente un agujero del cual brotaba la vida humana.

En las ceremonias de la siembra tenía perduración el sacrificio cruento: la fiesta de Xipe Tótec, "Nuestro Señor el Desollado", celebraba la fecundación de la tierra y el incesante germinar. Era antes del arribo de la pri-

mavera. Desollábase esclavos, cuyas pieles eran vestidas por guerreros que combatían con otras víctimas amarradas por la cintura a la piedra lustral. Cuando la muerte ponía fin a la vida de los condenados, ataban a éstos en cruz y eran acribillados con saetas; representación de la tierra que se labra y de la lluvia fecundante cayendo sobre ella. Dice el cantar de Xipe Tótec, el desollado, el bebedor nocturno:

"Dios mío, tu agua de piedras preciosas descendió.
Hase *(tornado)* en quetzale el alto ciprés.
La serpiente de fuego *(se ha transformado)* en *(serpiente)* quetzale,
me dejó libre *(la serpiente de fuego, el hambre)*."

A la sierpe de fuego le han brotado plumas verdes de quetzal; llega la primavera y todo reverdece.

Las deidades mexicanas, seres celestiales, aunque constituídos con las calidades humanas prodigiosamente fortalecidas, eran, como en otras religiones, jefes, hombres divinizados cuya vida en los espacios míticos transcurría con similitud a la existencia terrenal. En el Olimpo los dioses asistían a banquetes, invitados en ocasiones por los mortales, y gustaban de las inmolaciones que se cumplían en su honor. La imperecedera *Ilíada* trae de esto copiosa noticia. Se lee en el canto XXIII:

"... Sus clamores
Iris oyó, y en vuelo vagoroso
a avisar fué a los vientos, que en la cueva
del borrascoso Céfiro en convite
estaban reunidos. Y llegada
Iris, paróse en el umbral de piedra;
mas apenas la vieron, de la silla
se alzaron presurosos y al banquete
la convidaban, que aceptar no quiso,
y así decía: "Detenerme ahora
no es posible; que voy del Océano
volando por encima la corriente,

a la tierra en que habitan los piadosos
etíopes. Ofrecen sacrificios
este día a los Dioses inmortales,
y ser yo de las víctimas deseo
partícipe también . . ."

Los que moraban en el Erebo bebían la sangre de las ofrendas. El prudente Ulises convocó a las almas de los muertos y los atrajo con la savia roja que fluía de los cuellos de un carnero y de una oveja negros. Cuenta el Laertíada por boca del aedo:

"Nos decíamos estas tristes palabras, teniendo yo mi espada sobre la sangre, mientras al otro lado de la fosa mi compañero hablaba largamente. Llegó después el alma de mi difunta madre, de Antilea, hija del magnánimo Antólico, a quien yo dejé viva cuando partí hacia la sagrada Ilios. Y lloré viéndola, lleno de piedad mi corazón; pero, a pesar de mi pena, no le dejé beber la sangre antes que yo escuchara a Tiresias. Y el alma del tebano Tiresias se acercó, llevando un cetro de oro. Me reconoció y me dijo: —¿Por qué, ¡oh desdichado!, dejando la luz de Helios, has venido a ver a los muertos en la región tristísima? Apártate de la fosa, retira tu espada, para que beba esa sangre y luego te diga la verdad."

La creencia de que en su existencia de ultratumba los muertos continuaban sometidos a las leyes biológicas, que se nutrían, se demuestra en manera palmaria con las ofrendas fúnebres de objetos de uso personal y alimentos, practicadas por inmensa cantidad de pueblos antiguos.

Los númenes de esencia antropomorfa debían ser nutridos con aquello que les era más grato. Es así como, para los mejicanos caníbales, el ofrecerles sangre y corazones de guerreros vencidos en la dura pelea habría de serles halagüeño. Los dioses bebían la sangre y comían los corazones de las víctimas propiciatorias, y éstas, convertidas a su vez en dioses, se elevaban al cielo matutino.

Los *Cantares a los Dioses,* recogidos por fray Bernardino de Sahagún en lengua náuatl, que Eduardo Seler

tradujo al alemán y luego fueron vertidos al castellano por Isabel Gott, contienen piezas de alto sentido poético. Su simbolismo es tan sutil, la concepción y el objeto del cantar tan ajenos a los no iniciados, que el padre Bernardino anotó sobre ellos: "que son cantados sin que uno pueda entender lo que en ellos se contiene, excepto los nativos del país y los familiarizados con ese lenguaje, de manera que indudablemente se canta lo que él quiere, sea guerra o paz, alabanza de Satanás o injuria de Cristo, sin que los demás entiendan absolutamente nada". El hondo nervio religioso de esas composiciones ha podido ser revelado. En el *Canto del Príncipe de los otomíes* se dibuja, como en una máscara de mosaico, la estilización de la ofrenda del corazón del guerrero y el vuelo de éste hacia la luz auroral:

"En la copa de pino formada como escudo,
se corporificó el que cayó a la tierra.
En Nonoualco se corporificó la tuna,
la vaina de cacao (*el corazón de la víctima*),
el que cayó a la tierra.
Soy el tepaneca, el brazalete de piedra preciosa (*el muerto*
[*convertido en dios*);
soy Quetzalcóatl, el brazalete de piedra preciosa (*el muerto*
[*convertido en dios*);
¿Dónde se abrió él como flor?,
¿dónde se abrió él como flor?
En el país de los otomíes, ¡oh mexicanos!,
fué él ofrendado en el país vecino,
¡oh mexicanos!
Con el escudo y con la pintura sagrada,
fué él ofrendado en el país limítrofe,
¡oh mexicanos!"

En más accesible manera, el acto de nutrir al dios está aquí expresado:

"Y el corazón del prisionero (*sacrificado*) llámanlo preciosa tuna de árbol (*o de águila*). Lo elevan para consagrarlo al Sol, príncipe de la Tur-

quesa, águila que asciende; con él lo regalan, con él lo alimentan. Y después que ha sido ofrendado, lo ponen en la copa de águila, y a los prisioneros sacrificados los llaman gente águila."

En la fiesta *panquetzaliztli* hacíase con semilla de bledo molida una masa, sustancia con que se plasmaba la imagen de Huitzilopochtli. Un largo ayuno y dolorosas penitencias marcaban la llegada de esa fiesta de la teofagía; celebrábase con matanzas excepcionales, con cantos y danzas. En presencia del monarca y de los dignatarios de la religión, la deidad era sacrificada con un dardo. La parte correspondiente al corazón era comida por el rey y el resto del cuerpo se repartía entre los ministros de los templos de México y Tlatelolco, quienes comían el pedazo pequeño que les tocaba de los restos de Huitzilopochtli.

Así los mejicanos cumplían la teofagía; y al recibir trozos del numen se consubstanciaban con él, acercándose a su perfección.

Fueron sentimientos que se manifestaron en el período intelectivo, cuando el hombre aspiraba a llegar a grados más altos de superación, por el medio inmediato de apropiarse las calidades de otros seres al ingerir su carne preñada de sustancia espiritual, o a devorar el cuerpo del dios para asimilar su esencia divina.

Los símbolos sustituyeron a las expresiones de ese estado anímico por el que estos pueblos, en un momento de su evolución, han debido pasar.

BIBLIOGRAFÍA

Relaciones y Cartas de CRISTÓBAL COLÓN. Biblioteca Clásica, t. CLXIV. Madrid, 1892.

Carta de AMÉRICO VESPUCIO (1504), en STEFAN ZWEIG, *Américo Vespucio.* Buenos Aires, 1942.

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, *Verdadera Historia de los Sucesos de la conquista de la Nueva España.* Biblioteca de autores españoles, t. XXVI. Madrid, 1862.

FRANCISCO LÓPEZ DE GOMARA, *Hispania Victrix. Primera y segunda parte de la Historia General de las Indias.* Biblioteca de autores españoles, t. XXII. Madrid, 1858.

FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN, *Historia General de las Cosas de Nueva España.* México, 1938.

FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN, *Historia General de las Cosas de la Nueva España.* Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes de México. (*Códices Matritensis en Lengua Mexicana.* Edición Parcial en Facsímile). *Primeros Memoriales.* México, 1905.

FRAY JUAN DE TORQUEMADA, *Monarquía Indiana.* Madrid, 1723.

GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano,* Madrid, 1851.

INCA GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales de los Incas,* Buenos Aires, 1943.

LICENCIADO D. ANTONIO DE LEÓN PINELO, *El Paraíso en el Nuevo Mundo.* Publícalo Raúl Porras Barrenechea. Bajo los auspicios del Comité del IV Centenario del descubrimiento del Amazonas, Lima, 1943.

PEDRO CIEZA DE LEÓN, *Segunda parte de la crónica del Perú.* Biblioteca Hispano-ultramarina, Madrid, 1888.

JOSÉ TORIBIO MEDINA, *El Veneciano Sebastián Gaboto al servicio de España.* Santiago de Chile, 1908.

Carta de LUIS RAMÍREZ, *en* EDUARDO MADERO, *Historia del Puerto de Buenos Aires.* Buenos Aires, 1892.

Carta de FRANCISCO DE VILLALTA, Asunción, 1556, en ULRICH SCHMIDL, *Viaje al Río de la Plata.* Traducido por Samuel A. Lafone Quevedo. Buenos Aires, 1903.

Ulrico Schmidl, *Derrotero y Viaje a España y las Indias.* Traducido y comentado por Edmundo Wernicke. Santa Fe, 1938.

Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios.* Madrid-Barcelona, 1932.

Martín del Barco Centenera, *Argentina y Conquista del Río de la Plata.* Reimpresión facsimilar de la primera edición, Lisboa, 1602, en Biblioteca de la Junta de Historia y Numismática Americana. Buenos Aires, 1912.

Cartas do Brasil do Padre Manoel Nobrega (1549-1560), en *Cartas Jesuíticas I.* Río de Janeiro, 1886.

André Thevet, *Les singularitez de la France antarctique.* Nouvelle édition avec notes et comentaires par Paul Gaffarel. París, 1878.

André Thevet, *L'anthropophagie rituelle des Tupinamba.* Extrait du manuscrit inédit de Thevet intitulé: *Histoire d'André Thevet Angoumoisin, Cosmographe du Roy, de deux voyages par lui faits aux Indes australes et occidentales...* en apéndice de A. Métraux. *La réligion des Tupinamba...* París, 1928.

Vera Historia de Juan Staden, Traducido por Edmundo Wernicke. Sociedad Argentina de Antropología. Buenos Aires, 1944.

Jean de Lery, *Histoire d'un voyage fait en la terre du Brésil.* París, 1879. Yves D'evreux, *Voyage dans le nord du Brésil, fait durant les annés* 1613 *et* 1614. Leipzig y París, 1864.

Claude D'Abbeville, *Histoire de la mission des Pères Capucins en l'isle de Maragnan et terres circonvoisines.* París, 1614.

Fernao Cardim, *Tratado da terra e gente do Brazil.* Río de Janeiro, 1925.

Enformação do Brazil, e de suas Capitanias (1584), *par un Jésuite anonyme.* Revista do Instituto historico e geographico brazileiro. t. VI. Río de Janeiro, 1844.

Gabriel Soarez de Souza, *Tratado descriptivo do Brazil en* 1587. Revista do Instituto historico e geographico brazileiro. t. XIV. Río de Janeiro, 1851.

Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay, Chile y Tucumán, de la Compañía de Jesús. (1609-1614 y 1615-1637). Documentos para la Historia Argentina t. XIX y XX. Buenos Aires, 1929.

Antonio Ruiz de Montoya, *Conquista espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús en las Provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape.* Bilbao, 1892.

P. Pablo Hernández, *Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús.* Barcelona, 1913.

P. Nicolás del Techo, *Historia de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús*. Biblioteca Paraguaya. Madrid, 1897.

Herman Ploetz et Alfred Métraux, *La civilisation matérielle et la vie sociale des indiens Ze du Brésil Méridional et Oriental*, en *Revista del Instituto de Etnología*. t. I. Tucumán, 1929.

Alfred Métraux, *Études sur la civilisation des indiens Chiriguano*, en *Revista del Instituto de Etnología*. t. I. Tucumán, 1929.

Enrique de Gandía, *Historia de Santa Cruz de la Sierra*. Buenos Aires, 1935.

Alfred Métraux, *Les migrations historiques des Tupi-guarani*, en *Journal de la Société des Américanistes*. Nouvelle série, t. XIX. París, 1927.

Fulgencio R. Moreno, *Cuestión de límites con Bolivia*. Asunción, 1929.

Enrique de Gandía, *Historia de la Conquista del Río de la Plata y del Paraguay*. Buenos Aires, 1932.

Alfred Métraux, *La civilisation matérielle des tribus Tupi-guarani*. París, 1928.

Alfred Métraux, *La religion des Tupinamba et ses rapports avec celle des autres tribus Tupi-guarani*. París, 1928.

José Imbelloni, *Le genti indigene dell' América*, en *Le razze ed i Popoli della terra*, bajo la dirección del Prof. Renato Biasutti. Turín, 1941.

José Imbelloni, *Tabla clasificadora de los indios. Regiones biológicas y grupos raciales de América*, en PHYSIS, t. II. Buenos Aires, 1940.

Jacques Perret, *Observations et documents sur les Indiens Émerillon de la Guyane française*, en *Journal de la Société des Américanistes*. nouvelle serie, t. XXV. París, 1933.

Walter E. Roth, *An inquiry into the animism and Folk-lore of the Guiana indians*. Thirtieth Annual Report of the *Bureau of American Ethnology*. Washington, 1915.

Arthur Ramos, *Introdução ã Antropologia Brasileira*. t. I. *As culturas não-européias*. Río de Janeiro, 1943.

Fernando Márquez Miranda, *Los aborígenes de América del Sur*, en *Historia de América*, dirigida por Ricardo Levene. t. II. Buenos Aires, 1940.

Blanco Villalta, *Conquista del Río de la Plata*. Buenos Aires, 1943.

H. Bancroft, *The native races of the Pacific States of North America*. New York, 1875-76.

Frederick W. Hodge, *Handbook of American Indians North of Mexico*. *Bureau of American Ethnology*. Bulletin 30. Washington, 1910.

JOHN R. SWANTON, *Aboriginal culture of the Southeast.* Forty-Second Annual Report of the *Bureau of American Ethnology.* Washington, 1928.

FRANZ BOAS, *The Mythology of the Bella Coola Indians.* Memoirs of the *American Museum of Natural History.* Vol. II, New York, 1898.

FRANZ BOAS–GEORGE HUNT, *Kwakiutl texts. Memoirs of the American Museum of Natural History.* Vol. V. Washington, 1902.

WILLIAM CHRISTIE MAC LEOD, *Mortuary and Sacrificial Anthropophagy on the Northwest coast of North America and its culture-historical sources,* en *Journal de la Société des Américanistes.* Nouvelle série. t. XXV. París, 1933.

JAMES MOONEY, *Myths of the Cherokee.* Nineteenth Annual Report of the *Bureau of American Ethnology.* Washington, 1900.

WALTER JAMES HOFFMAN, *The Menomini Indians.* Fourteenth Annual Report of the *Bureau of American Ethnology.* Washington, 1896.

FRANZ BOAS, *Tsimshian Mythology.* (Based on texts recorded by HENRY W. TATE). Thirty-First Annual Report of the *Bureau of American Ethnology.* Washington, 1916.

ALFRED MÉTRAUX, *Le bâton de rythme,* en *Journal de la Société des Américanistes.* Nouvelle série. t. XIX. París, 1927.

H. BEAUCHAT, *Manuel d'Archéologie Américaine.* París, 1912.

FRANCES DENSMORE, *Nootka and Quileute Music. Bureau of American Ethnology.* Bulletin 124. Washington, 1939.

FRANZ BOAS, *The Ethnology of the Kwakiutl,* Thirty-Fifth Annual Report of the *Bureau of American Ethnology.* Washington, 1913-1914.

La mayor parte de estos libros se encuentra en la Biblioteca del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

ÍNDICE

COLECCIÓN BUEN AIRE

Imágenes y espíritu de América

1.—Buenos Aires visto por viajeros ingleses, *prólogo de Sigfrido A. Radaelli.* (Nueva edición.)
2.—Cancionero del tiempo de Rosas. *Selección de José Luis Lanuza.* (2ª ed.)
3.—La Pampa. *Selección y prólogo de Miguel D. Etchebarne.* (Nueva edición.)
4.—Los Conversadores. *Selección y noticia de Luis M. Baudizzone.* (2ª ed.)
5.—Estados Unidos, *por Domingo F. Sarmiento.* (2ª ed.).
6.—Música sudamericana, *por Carlos Vega.*
7.—Viaje al Río de la Plata, *por Ulrico Schmidl.* (2ª ed.)
8.—Lira romántica sudamericana. *Selección y prólogo de Manuel Mujica Láinez.* (Nueva edición.)
9.—Relación del primer viaje de Cristóbal Colón, *por Fray Bartolomé de las Casas.* (2ª ed.)
10.—Antropofagía ritual americana, *por Blanco Villalta.*
11.—Alôs afro-brasileños, *por Newton Freitas.* (2ª ed.)
12.—Autobiografía de Manuel Belgrano. (2ª ed.)
13.—O'Higgins, *por Enrique Campos Menéndez.* (2ª ed.)
14.—Cancionero de Manuelita Rosas. *Selección y notas de Rodolfo Trostiné.*
15.—Mitos sobre el origen del fuego en América, *por Sir George James Frazer.* (2ª ed.)
16.—Cancionerillo de Amor. *Selección y prólogo de Alberto Franco.* (2ª ed.)
17.—Retablo de Navidad. *Selección, prólogo y notas de Alberto Franco.* (2ª ed.)
18.—Médicos, magos y curanderos, *por Luis Gudiño Kramer.* (2ª ed.)
19.—Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas, *por el P. Cristóbal de Acuña.* (2ª ed.)
20.—El Norte argentino. *Selección y prólogo de Bernardo Canal Feijóo* (2ª ed. en prensa.)
21.—Instantáneas de historia, *por José Luis Lanuza.*
22.—Aventuras de Jaime Rasquín, *por Enrique de Gandía.* (2ª ed. en prensa.)
23.—Los Braganza, *por Newton Freitas.* (2ª ed.)
24.—Viaje por el Virreinato del Río de la Plata, *por Tadeo Haenke.*

25.—Vida de San Martín, *por Eugenio Orrego Vicuña.* (2ª ed.)

26.—Las realidades de la Atlántida, *por J. Imbelloni.*

27.—El general Miranda, *por Carlos A. Pueyrredon.* (2ª ed.)

28.—Tihuanacu. *Selección y prólogo de Gustavo Adolfo Otero.*

29.—Iconografía argentina, *por Alejo B. González Garaño.* (2ª ed.)

30.—Poetas argentinos en Montevideo. *Selección y prólogo de Manuel Mujica Láinez.*

31.—Pueblos primitivos de Sudamérica. *Selección y prólogo de Armando Vivante.* (2ª ed.)

32.—Vida de Brown, *por Héctor R. Ratto.*

33.—Santa Rosa de Lima, *por Leopoldo Marechal.* (2ª ed.)

34.—La Patria desconocida, *por Fernández Moreno.*

35.—La Asunción de antaño, *por R. de Lafuente Machain.*

36.—Vida de Bolívar, *por Pablo Rojas Paz.* (Nueva edición.)

37.—Las ideas políticas y sociales de Mariano Moreno, *por Ricardo Levene.*

38.—Antiguas ciudades de América. *Selección y prólogo de Emma Felce y León Benarós.* (2ª ed.)

39.—Historia de Selkirk (el verdadero Robinsón), *por Ernesto Morales.*

40.—San José de Flores, *por Fernández Moreno.*

41.—Fábulas nativas, *por Joaquín V. González.* (2ª ed.)

42.—Las dos fundaciones de Buenos Aires, *por Enrique Larreta.*

43.—La ciudad encantada de la Patagonia, *por Ernesto Morales.*

44.—Julio Verne y América. *Selección y glosas de César Fernández Moreno.*

45.—Memoria autógrafa de Cornelio Saavedra.

46.—El cielo en la mitología americana, *por Félix Molina-Téllez.*

47.—Voces de supervivencia indígena, *por Julio Aramburu.*

48.—Patagonia. *Selección y prólogo de Teodoro Caillet-Bois.*

49.—La Madrid, el valor legendario, *por José Gabriel.*

50.—Viaje a América, *por el Vizconde de Chateaubriand. Selección de Sigfrido A. Radaelli.*

51.—Viaje de Magallanes y de Sebastián de Elcano, *por Martín Fernández de Navarrete.*

52.—La Campaña de los Andes, *por Carlos A. Pueyrredon.*

53.—Sor Juana Inés de la Cruz, *por Clara Campoamor.*

54.—Locos de verano, *por Gregorio de Laferrère.*

55.—Manual de la lengua pampa, *por Federico Barbará.*

56.—Impresiones sobre la Argentina, *por Edmundo de Amicis.*

57.—Los viajes de Cartier al Canadá. *Introducción y anotaciones de Julián Pedrero.*

58.—San Juan. Leyenda - Intimidad - Tragedia, *por Juan Pablo Echagüe.*

59.—Mitre en estampas, *por Adolfo Mitre.*

60.—Los hermanos Pinzón en el descubrimiento de América, *por Cesáreo Fernández Duro.*

61.—Santa María del Buen Aire, *por Enrique Larreta.*

62.—La expedición de Malaspina, *por Héctor R. Ratto.*

63.—Vasco Núñez de Balboa, *por Manuel J. Quintana.*

64.—El compadrito. Su destino — Sus barrios — Su música. *Selección de Silvina Bullrich y Jorge Luis Borges.*

65.—Bernardino Rivadavia, *por Juan María Gutiérrez.*

66.—Lincoln, *por Enrique Campos Menéndez.*

67.—De la cabaña al rascacielos, *por Mario J. Buschiazzo.*

67.—From log cabins to Skyscrapers, *by Mario J. Buschiazzo. Versión inglesa de Osvaldo Moyano.*

68.—Salta, *por Miguel Solá.*

69.—Leyendas americanas, *por Fernán Silva Valdés.*

70.—Martí, o el genio humilde, *por José María Capo.*

71.—El reino de la Araucanía y Patagonia, *por Armando Braun Menéndez.*

72.—Caminos de América, *por Agustín Zapata Gollán.*

73.—El Popol-Vuh, *por Arturo Capdevila.*

74.—Lima, Ciudad de los Reyes, *por Aurelio Miró Quesada.*

75.—Bulnes, *por Alfonso Bulnes.*

76.—Pájaros criollos. *Selección y prólogo de León Benarós.*

77.—El General Quiroga, *por Ramón J. Cárcano.*

78.—Viaje pintoresco a través del Brasil, *por Juan Mauricio Rugendas.*

79.—El Gaucho. *Selección y prólogo de Eduardo Jorge Bosco.*

Este libro se terminó de imprimir el día 9 de abril del año mil novecientos cuarenta y ocho, en la Imprenta López, Perú 666. Las ilustraciones en huecograbado fueron impresas en los talleres de Platt, S. A. — México 444, Buenos Aires.

EE

$ 4.50 m/arg.